

**DE TU ESPÍRITU, SEÑOR,
ESTÁ LLENA LA TIERRA**

© Comitato del Grande Giubileo dell' Anno 2000
Città del Vaticano.
Tradujo CELINA MARCOS del original italiano:
«Del tuo Spirito, Signore, é Piena la Terra»
Traducción cedida al CELAM por la
Biblioteca de Autores Cristianos (BAC)
Don Ramón de la Cruz, 57
28001, Madrid - España

© Consejo Episcopal Latinoamericano - CELAM
Carrera 5a. No. 118-31
Apartado Aéreo 51086
Tels: (57-1) 6121620 / Fax: (57-1) 6121929
E-mail: celam@celam.org

Diseño y Diagramación
DISEÑO CENTRO DE PUBLICACIONES DEL CELAM
Alexis Cerquera Trujillo
Carátula:

ISBN: 958-625-380-5

Impresión:

Panamericana Formas e Impresos S.A.

Santafé de Bogotá, D.C. / COLOMBIA
Impreso en Colombia. Printed in Colombia.



CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO

DE TU ESPÍRITU, SEÑOR, ESTÁ LLENA LA TIERRA

Comité Central del Gran Jubileo del Año 2000

**PRESENTACIÓN DEL CARDENAL ROGER ETCHEGARAY
PRESIDENTE DEL COMITÉ PARA EL JUBILEO DEL AÑO 2000**

**Colección Documentos CELAM No. 146
Santafé de Bogotá, D.C. octubre 1997**

TABLA DE CONTENIDO

PRESENTACIÓN	7
SIGLAS Y ABREVIATURAS	9
INTRODUCCIÓN	11
1. LA MEDIACIÓN DEL ESPÍRITU EN LA TRINIDAD Y EN LA SALVACIÓN	15
2. EL ESPÍRITU Y LA CREACIÓN	31
3. EL ESPÍRITU Y EL HOMBRE	45
4. EL ESPÍRITU SANTO Y CRISTO	57
5. EL ESPÍRITU SANTO Y LA IGLESIA	69
6. MARÍA Y EL ESPÍRITU SANTO	91
7. EL ESPÍRITU SANTO EN LA LITURGIA	105
8. EL ESPÍRITU EN LA VIDA DEL CRISTIANO	135
9. LA ESPOSA Y EL ESPÍRITU DICEN: ¡VEN!	167
ÍNDICE GENERAL	179

PRESENTACIÓN

La verdadera presentación de este libro jubilar sobre el Espíritu Santo ha sido escrita... por Juan Pablo II, ¡hace ya once años!. A mí me toca invitaros a leer particularmente toda la tercera parte de su Encíclica *Dominum et Vivificantem* (del 18 de Mayo de 1986): los números 49-66 fijan nuestras miradas hacia el Gran Jubileo del año 2000 al que el Papa, desde ese momento, designaba con trazos marcados a fuego un doble perfil cristológico y pneumatológico. “La Iglesia desea prepararse a este Jubileo en el Espíritu Santo puesto que el mismo Espíritu Santo fue el que preparó a la Virgen de Nazaret, en la cual el Verbo se hizo carne” (n. 66).

Es decir, el interés de este libro, que pone su savia más fecunda en la tradición del Oriente cristiano, viene a dar vigor y verdor a nuestra fe trinitaria. Cuando queremos hablar del Espíritu Santo nos cuesta encontrar las palabras justas y nuestro lenguaje se extravía en nociones abstractas, aunque es una persona concreta tanto y como el Padre y el Hijo. No hay icono de Él ni representación alguna, porque Él no se ha hecho carne. Y sin embargo, cuando Él viene y cuando llena de su presencia la tierra, todo llega a ser Su icono y Su revelación, comunión con Él y conocimiento de Él.

Nada puede ser llevado a cumplimiento en la Iglesia sin una “*epiclesis*”, es decir, sin una invocación al Espíritu Santo en Quien y por Quien Cristo actúa en su Cuerpo. Este libro, al hacer descubrir la omnipresencia del Espíritu Santo, nos impulsa a buscarlo y a encontrarlo, sobre todo dentro de nosotros mismos, y a reconocerlo como nuestro Maestro interior. La tierra no es la tierra si no existe un horizonte que la sobrepasa, y esta línea del horizonte no está a lo lejos

sino en lo profundo de nosotros mismos. La vida espiritual es mucho más que un aspecto de nuestra vida, es más bien nuestra vida toda entera animada por el Espíritu.

¿Quién no se acuerda de las palabras inaugurales del ministerio del Papa Juan Pablo II: "No tengáis miedo! Abrid de par en par todas las puertas a Cristo? Esta llamada se dirige hoy día a cada uno de nosotros, de modo más apremiante en el umbral del Año 2000. En el vacío mismo de nuestra debilidad, dejémonos investir por la fuerza del Espíritu que "renueva la faz de la tierra". Sólo Él puede abrir las puertas más pesadas y más cerradas.

¡Espíritu de Jesús!, no tengo miedo a las corrientes del viento.

Roger Card. Etchegaray
Presidente del Comité para
el Gran Jubileo del Año 2000

Junio, 1997

SIGLAS Y ABREVIATURAS

CEC	<i>Catecismo de la Iglesia Católica</i> , 1992.
ChL	<i>Christifideles laici</i> (Exhortación Apostólica post-sinodal de Juan Pablo II sobre la vocación y misión de los laicos), 1988.
CT	<i>Catechesi tradendae</i> (Exhortación Apostólica post-sinodal de Juan Pablo II sobre la Catequesis), 1979.
DeV	<i>Dominum et vivificantem</i> (Carta encíclica de Juan Pablo II sobre el Espíritu Santo en la vida de la Iglesia y del mundo), 1986.
DV	<i>Dei Verbum</i> (Constitución dogmática del Concilio Ecuménico Vaticano II sobre la Divina Revelación), 1965.
Dz	<i>Enchiridion symbolorum, definitionum et declarationum de rebus fidei et morum</i> , ed. H. Dezinger - A. Schönmetzer.
EN	<i>Evangelii Nuntiandi</i> (Exhortación Apostólica de Pablo VI sobre el compromiso de anunciar el evangelio), 1975.
EV	<i>Evangelium Vitae</i> (Carta encíclica de Juan Pablo II sobre el valor y el carácter inviolable de la vida humana), 1995.
GS	<i>Gaudium et Spes</i> (Constitución pastoral del Concilio Ecuménico Vaticano II sobre la Iglesia en el mundo actual), 1965.
LG	<i>Lumen Gentium</i> (Constitución dogmática del Concilio Ecuménico Vaticano II sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo), 1964.
MC	<i>Marialis cultus</i> (Exhortación apostólica de Pablo VI sobre el culto mariano), 1974.
OL	<i>Orientale Lumen</i> (Carta apostólica de Juan Pablo II en el centenario de la « <i>Orientalium dignitas</i> » del papa León XIII), 1995.
PO	<i>Presbyterorum Ordinis</i> (Decreto de Concilio Ecuménico Vaticano II sobre el ministerio y vida de los presbíteros), 1965.

- RM *Redemptoris Missio* (Carta encíclica de Juan Pablo II sobre la permanente validez del mandato misionero), 1990.
- RMa *Redemptoris Mater* (Carta encíclica de Juan Pablo II sobre la Bienaventurada Virgen María en la vida de la Iglesia peregrina), 1987.
- SC *Sacrosanctum Concilium* (Constitución del Concilio Ecuménico Vaticano II sobre la Sagrada Liturgia), 1963.
- SE *El Espíritu Santo, prenda de la esperanza escatológica y fuente de la perseverancia final* (Discurso de Juan Pablo II en la audiencia general del 3 de Julio de 1991, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, XIV, Libreria Editrice Vaticana, 1993, 27-31).
- TMA *Tertio Millennio Adveniente* (Carta apostólica de Juan Pablo II como preparación del Gran Jubileo del Año 2000), 1994.
- UR *Unitatis Redintegratio* (Decreto del Concilio Ecuménico Vaticano II sobre el ecumenismo), 1964.
- UUS *Ut unum sint* (Carta encíclica de Juan Pablo II sobre el compromiso ecuménico), 1995.
- VC *Vita Consecrata* (Exhortación apostólica post-sinodal de Juan Pablo II sobre la vida religiosa y su misión en la Iglesia y en el mundo), 1996.
- WA *Martin Luthers Werke. Kristische Gesamtausgabe*, Weimar 1883, ss.

INTRODUCCIÓN

«**E**l 1998, *segundo año* de la fase preparatoria, se dedicará de modo particular al *Espíritu Santo* y a su presencia santificadora dentro de la comunidad de los discípulos de Cristo» (TMA 44), escribe Juan Pablo II refiriéndose a la preparación inmediata para el Jubileo. Un año dedicado al Espíritu aparece absolutamente necesario para que, como afirma el mismo Pontífice, «la Iglesia no puede prepararse (al jubileo futuro) de otro modo, si no es por el Espíritu Santo» (DeV 51). El Gran Jubileo, de hecho, además de tener una connotación cristológica, tiene una *dimensión pneumatológica*, ya que el misterio de la Encarnación se realizó ‘por obra del Espíritu Santo’ (DeV 50). Por este motivo «se incluye, por tanto, entre los objetivos primarios de la preparación del Jubileo el *reconocimiento de la presencia y acción del Espíritu*, que actúa en la Iglesia tanto sacramentalmente, sobre todo por la Confirmación, como a través de los diversos carismas, tareas y ministerios que Él ha suscitado para su bien» (TMA 45).

El magisterio actual «quiere suscitar una particular sensibilidad a todo lo que el Espíritu dice a la Iglesia y a las Iglesias (cf Ap 2, 7 ss.), así como a los individuos por medio de los carismas al servicio de toda la comunidad. Se pretende subrayar aquello que el Espíritu sugiere a las distintas comunidades, desde las más pequeñas, como la familia, a las más grandes, como las naciones y las organizaciones internacionales, sin olvidar las culturas, las civilizaciones y las sanas tradiciones. La humanidad, a pesar de las apariencias, sigue esperando la revelación de los hijos de Dios y vive de esta esperanza, como se sufren los dolores del parto, según la imagen utilizada con tanta fuerza por San Pablo en la Carta a los Romanos (cf 8, 19-22)» (TMA 23).

La finalidad de las páginas siguientes consiste en ofrecer un recorrido de reflexión y de profundización en la enseñanza del Santo Padre, más que presentar una doctrina completa sobre el Espíritu Santo. Quieren ser solamente un instrumento de meditación y, al mismo tiempo, una ayuda para la catequesis. No es fácil hablar del Espíritu Santo. Mientras que los términos «Padre» e «Hijo», aplicados a las dos primeras Personas de la Santísima Trinidad, reclaman algo de «personal» y muy familiar, la palabra «Espíritu», en cambio, alude, sobre todo en el lenguaje bíblico, al «soplo» y al «viento».

Se dice, y se verá en estas páginas, que el Espíritu desvela la profundidad de Dios, pero, por lo que respecta a su naturaleza Él permanece escondido. Es Él quien desvela y, sin embargo, permanece en la sombra; concreta a la Palabra, pero permanece absolutamente otro; historiza el plan de Dios, pero no se hace historia; hace posible la Encarnación del Verbo, pero permanece absolutamente «Señor». Él está en el corazón mismo de toda creatura y vivifica a todo viviente, pero permanece «Espíritu». Su naturaleza está escondida de tal modo que de Él se puede hablar sólo indirectamente, a partir de su acción y en la medida en que se hace experimentar en sus efectos. Es más, se puede decir que no se puede hablar del Espíritu si no es en el Espíritu mismo, sin correr el riesgo de considerarlo como una simple fuerza de Dios. Él es una «Persona» distinta del Padre y del Hijo.

Por esto, más que preocuparse de decir «quién» es el Espíritu Santo, se expondrá: «qué hace Él por nosotros». Se intentará explicitar los temas centrales de la doctrina cristiana a partir de la experiencia del Espíritu, o en verdad como «discurso en virtud del Espíritu».

Al presentar el misterio de la Tercera Persona divina, además de hacer un recuerdo a la revelación bíblica y a los documentos del Magisterio, se quiere alcanzar palma-

riamente la enseñanza de los Padres de la Iglesia, quienes, habiendo tenido una experiencia única e irrepetible del Espíritu, han hablado de Él de modo insuperable. En el arco de nuestra reflexión han sido tenidos presentes mayormente los Padres de tradición oriental, sin olvidar a los latinos: esto se debe al hecho de que los Padres griegos se han encontrado en la necesidad de ocuparse más frecuentemente del Espíritu. Y esto desea ser también una elección «ecuménica», en el sentido de que se ha querido exponer la doctrina del Espíritu Santo calcando las huellas de los hermanos cristianos del Oriente, con el fin de que el himno al Espíritu sea elevado al unísono en Oriente y en Occidente.

Este texto, por tanto, quiere ser un instrumento para reflexionar y orar, a fin de que el don del Espíritu penetre en la vida de todo creyente. Según las palabras de Jesús, de hecho, si el padre terreno escucha en verdad la plegaria de los propios hijos «cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu a quienes se lo piden» (Lc 11,13). Es importante, así, la oración para suplicar el don del Espíritu, pues existe una variante en el Padrenuestro, seguida por muchos Padres de la Iglesia, donde, en lugar de la invocación «Venga a nosotros tu Reino», se lee «Venga tu Espíritu sobre nosotros y nos purifique» (cf Gregorio de Nisa, *Homilías sobre el Padre Nuestro*, III, 6). En esta perspectiva se pueden comprender, entonces, las palabras de un santo ruso del siglo pasado, Serafín de Sarov (1833): «El verdadero fin de la vida cristiana es conseguir el Espíritu Santo. La oración, el ayuno, las vigili­as, la limosna y toda otra buena acción hecha en el nombre de Cristo, son sólo medios para conseguir el Espíritu Santo».

El Gran Jubileo sólo cumplirá su función si está impregnado totalmente de la presencia y de la acción del Espíritu. Por lo demás «el año de gracia» no tiene otra finalidad que crear las condiciones más favorables para la Iglesia, cuerpo de Cristo, a fin de que el Espíritu, una vez

más, la renueve y la purifique reactualizando en el tiempo jubilar aquella obra de liberación y de curación que había actuado a través de la Persona de Jesús de Nazaret hace veinte siglos:

*El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido.
Me ha enviado para dar la Buena Nueva a los pobres, para
anunciar a los cautivos la libertad y a los ciegos la vista.
Para dar la libertad a los oprimidos; para anunciar el año de
gracia del Señor*

(Lc 4, 18-19)

LA MEDIACIÓN DEL ESPÍRITU EN LA
TRINIDAD Y EN LA SALVACIÓN

La revelación cristiana no habla nunca de un Dios impersonal, de una potencia que avasalla o que infunde terror, sino que desvela una maravillosa realidad divina, que envuelve personalmente. El Dios manifestado por Jesucristo es un Dios personal, aún más, es la comunión de Tres Personas; esto quiere decir que la esencia de Dios es la *comunión* (*Koinônia*), es decir, la Trinidad.

1. Dios “es” Trinidad

La vida íntima, eterna, lo que constituye a Dios, es su ser en comunión. El Dios revelado por Jesucristo, el único y verdadero, es esencial y absolutamente diverso del Dios de cualquier otra religión. Esta afirmación es fundamental: todo se sostiene o cae en la medida en que la realidad de Dios sea o no sea Trinidad.

Pero, ¿qué significa que Dios es Trinidad? ¿No puede nacer la sospecha de equivocar o malentender la unicidad de Dios? Aceptar el sentido y significado de la revelación trinitaria de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo sólo es posible en la referencia al contenido del mensaje neotestamentario. Es cierto que el núcleo de la fe de la primitiva comunidad cristiana se ha concentrado en Cristo y en su unicidad en relación a Dios y a la historia de la salvación. Pero es también evidente que el misterio absolutamente singular de Cristo reenvía al ser mismo de Dios, definiendo así la misma divinidad. “Jesús ha revelado que Dios es “Padre” en un sentido inaudito: no lo es sólo en cuanto Creador; es eternamente Padre en relación a su Hijo unigénito, que recíprocamente no es Hijo más que en relación al Padre” (CEC 240). Con otras palabras, la “buena noticia” cristiana es el evangelio trinitario y la divinidad de Dios no puede

ser pensada, creída y profesada más que como divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Éste es el inefable misterio de Dios: si “Dios es la Trinidad”, “la Trinidad es el único y solo Dios” (San Agustín, *La Trinidad*, 7,6,12; 1,6,10).

En esta perspectiva, se comprende por qué en la base de la esencia trinitaria de Dios está el acontecimiento de la Pascua como momento culminante de la vida histórica de Jesucristo. En el gesto gratuito del don de sí, Jesús, el Hijo, expresa la total obediencia y disponibilidad a la voluntad del Padre, es decir, al proyecto de amor en el que aparece el sentido último de la salvación. En él, el misterio de la cruz (*theologia crucis*) asume un valor paradigmático. Sobre todo, porque en ella se revela la paternidad de Dios. En la entrega del Hijo a la muerte, se manifiesta no un Dios impasible, indiferente al hombre, sino el Dios de la bondad y del amor, cuya infinitud está en el amor por cada uno de nosotros. Se da así “un paradójico misterio de amor: en Cristo sufre Dios rechazado por la propia criatura” (DeV 41). Al mismo tiempo, en la muerte Jesús entrega el Espíritu (cf Jn 19, 30), con un abandono confiado y filial en la espera de aquella reconciliación que, en la resurrección, llegará a ser plena y definitiva. “Ahora estáis en Cristo Jesús. Ahora, por la sangre de Cristo, estáis cerca los que antes estabais lejos... Así, unos y otros, podemos acercarnos al Padre con un mismo Espíritu” (Ef 2, 13.18).

Así, pues, el acontecimiento pascual en lo paradójico del Crucificado-Resucitado revela la historia trinitaria de Dios, en la que la comunión y la alteridad expresan la “verdad” que es Dios (cf CEC 214-215), marcada por un amor único e impensable. “En verdad ves a la Trinidad, si ves el amor” (San Agustín, *La Trinidad*, 8, 8, 12). Esta es la economía de la salvación (cf. CEC 236) en la que queda custodiado el sentido último de la entera realidad: si la esencia de Dios es comunión (*koinônia*), entonces el hombre, en cuanto criatura de Dios-Comunión, será llamado a la comunión con su

Creador y con los otros hombres. El Dios de la revelación cristiana “es uno, pero no solitario” (*Fides Damasi*, Dz 71). En el *Credo* se profesa un Dios que en su esencia *es* Padre, Hijo y Espíritu Santo. Este es nuestro Dios: es misterio de Amor, porque es comunión de tres Personas, y por esto es misterio de vida sin fin.

Es posible hacerse cuenta, en cierto sentido, sobre qué quiere decir la afirmación de que, Dios en su esencia, es Trinidad-Comunión si se considera que, según la revelación, “Dios es Amor” (1ª Jn 4, 16). Esta expresión significa que Dios es Dios, precisamente porque, desde toda la eternidad, el Padre genera en el amor, libremente, al Hijo y, con el Hijo espira al Espíritu Santo.

En este sentir se coloca la teología de los primeros concilios ecuménicos y la de los Padres de la Iglesia. Es una profesión de fe trinitaria, por la cual la expresión de Gregorio Nacianceno (ca. 390): “Cuando digo *Dios* entiendo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo” (*Discursos*, XLV, 4), llega a ser absolutamente normativa para la ortodoxia cristiana.

2. Cada Persona divina posee algo propio que la distingue

Creemos en un solo Dios, pero su vida íntima es tan rica que está constituida por tres Personas *realmente* distintas entre ellas. Tomar en serio cuanto profesamos en el *Símbolo*, es decir la fe en un Dios en tres Personas iguales pero *distintas*, significa ver en cada Persona divina, a la luz de la Revelación, aquello que le es propio y la distingue de las otras.

En la tradición teológico-ecclesial el término persona constituye un momento importante para la comprensión del incomprensible misterio de Dios. Como la Escritura muestra la automanifestación de Dios en constante diálogo con el hombre, así la reflexión de la Iglesia subraya que Dios

es persona porque es el Ser en diálogo y en relación. “La Iglesia utiliza el término “substancia” (traducido a veces también por “esencia” o por “naturaleza”) para designar al ser divino en su unidad; el término “persona” o “hipóstasis” para designar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo en su real distinción recíproca; el término “relación” para designar el hecho de que la distinción entre las Personas divinas reside en la referencia de cada una a las otras” (CEC 252). Las tres Personas divinas, por tanto, existen en la única divinidad como puras relaciones, sin yuxtaposición alguna. En este sentido, el ser del Padre es el *principio* de todo, la esencia de la segunda Persona es la *filiación*, es decir, el hecho de ser Hijo, mientras que lo específico de la tercera Persona es ser “*espirada*” (o tener el propio origen) por el Padre y por el Hijo.

En lo que respecta al origen eterno del Espíritu Santo, hacia finales del siglo VIII, se agregó al Credo Niceno-Constantinopolitano, que dice sencillamente *procede del Padre*, la fórmula: *procede del Padre y del Hijo* (“*Filioque*”). A decir verdad, la fórmula “y del Hijo”, estaba ya en uso en el siglo V en Occidente, en los símbolos de algunas iglesias locales. Fue introducida oficialmente en el símbolo de la Iglesia de Roma en torno al año 1013, por presiones externas sobre el Papa Benedicto VIII, por parte del emperador Enrique II. Durante mucho tiempo, este añadido, con la consiguiente doctrina sobre la procesión del Espíritu *del Padre y del Hijo*, ha constituido un motivo grave de disenso para las iglesias ortodoxas.

En realidad, se trata de dos modos complementarios de profesar lo mismo y el mismo misterio. El *Catecismo de la Iglesia Católica* afirma a este respecto: “La tradición oriental pone de relieve antes que nada que el Padre, en relación al Espíritu Santo, es el origen primero. Al confesar que el Espíritu “procede del Padre” (Jn 15, 26), esta tradición afirma que el Espíritu *procede* del Padre *por* medio del Hijo (cf AG 2). La tradición occidental concede más relieve a la comunión

consustancial entre el Padre y el Hijo, afirmando que el Espíritu procede del Padre y del Hijo (*Filioque*)... Esta legítima complementariedad, si no se desorbita, no afecta a la identidad de la fe en la realidad del mismo misterio confesado" (CEC 248).

Las consideraciones hechas más arriba se refieren a Dios "en sí". Pero también en la historia de la salvación la Trinidad se manifiesta como "misterio de comunión", por lo cual se dice "la Santísima Trinidad toda entera se une con el espíritu [del hombre] todo entero" (Gregorio Nacianceno, *Discursos*, XVI, 9; cf CEC 2565). Y aunque, como afirma San Agustín (430), "las operaciones de la Trinidad son inseparables" (*Discursos*, 71, 16), eso no significa que sean también indistintas. Cada Persona divina, precisamente porque es *distinta* de las otras, posee, por *apropiación*, una propia actividad en la historia de la salvación, tiene una relación con la creación y, sobre todo, con el hombre.

La diferenciación de la acción de las tres Personas se podría describir así. Todo proviene del Padre, todo es cumplido y actualizado por el Hijo, todo alcanza al hombre y se hace presencia y experiencia en Él a través del Espíritu Santo. Mientras el retorno a Dios sigue el proceso inverso: en el Espíritu, a través del Hijo se llega al Padre. De aquí la plegaria litúrgica: "ad Patrem, per Filium, in Spiritu Sancto" ("al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo"). En este sentido, el Padre es siempre el que tiene la iniciativa en la historia de la salvación: todo procede de Él que *quiere* comunicar al hombre su vida trinitaria. El Hijo consiente, o sea, *quiere junto al Padre*, ser Aquel "en el cual" y "por el cual" se realiza el *proyecto* o el plan del Padre, la unión de Dios con el hombre (y en el hombre con todo lo creado). El Espíritu, por su parte, es Aquel que libera a la creación de sus límites creaturales y la vuelve "*capax Dei*" (capaz de recibir a Dios) (cf San Agustín, *La Trinidad*, 14, 8, 11). Más sencillamente se puede afirmar que el Espíritu Santo es Aquel que hace eficaz y realiza la acción del Padre y del Hijo a lo largo de todo el

arco de la historia de la salvación. Todo esto es expresado por los Padres con la fórmula: "todo el bien desciende del Padre, a través del Hijo, [y nos alcanza] en el Espíritu Santo" (San Atanasio, *Cartas a Serapión*, I, 24). Por tanto, si el movimiento de Dios hacia el hombre es descendente, porque pasando por medio de Cristo alcanza su objetivo en el Espíritu, el del hombre es movido por una dinámica inversa, es ascendente: viviendo en el Espíritu él se eleva, se acerca a Dios, y por medio del Hijo tiene acceso al Padre.

A este propósito, San Ireneo (155) testimonia la antigua tradición de la Iglesia: "Los presbíteros, discípulos de los apóstoles, dicen que éste es el orden y el ritmo de aquellos que se salvan, que progresan a través de tales grados que, a través del Espíritu, ascienden al Hijo y, a través del Hijo al Padre". (*Contra las herejías*, V, 36, 2). Y San Basilio Magno (379), sintetizando el doble movimiento trinitario, del Padre hasta nosotros y de nosotros al Padre, afirma: "El camino del conocimiento de Dios va, por tanto, desde el único Espíritu, a través del único Hijo, al único Padre. Y por el contrario, la bondad natural y la santidad según naturaleza y dignidad reales se difunde desde el Padre, por el Unigénito, al Espíritu" (*El Espíritu Santo*, XVIII, 47).

En definitiva, la economía divina es obra común de las tres Personas divinas, comprometidas en la misma misión: acompañar al hombre al descubrimiento del amor y a la comprensión de quién es Dios, fundamento de la realidad y verdad del ser: "Toda la economía divina, a la vez obra común y personal, hace conocer tanto la propiedad de las Personas divinas como su única naturaleza. De manera semejante, toda la vida cristiana es comunión con cada una de las Personas divinas, sin separarlas de modo alguno. Quien da gloria al Padre lo hace por el Hijo en el Espíritu Santo; quien sigue a Cristo, lo hace porque el Padre lo atrae (cf Jn 6, 44) y porque el Espíritu lo conduce" (CEC 259).

3. “En el Espíritu Santo”

Antes de abordar los distintos temas referentes al papel propio del Espíritu Santo, es oportuno detenerse a reflexionar sobre el significado de la expresión “en el Espíritu”, también porque en estas páginas aparecerá con frecuencia. En síntesis, con esta expresión se quiere decir que el misterio inefable de Dios llega a ser *experiencia* para el creyente sólo con la potencia de su Espíritu. A través del Espíritu Santo es como Dios, invisible, inefable e incommunicable, en su inmensa misericordia, se acerca al hombre y llega a ser el Dios-con-nosotros: “Como está escrito: ‘Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman’. Y Dios nos lo ha revelado por el Espíritu, y el Espíritu todo lo penetra, hasta la profundidad de Dios. Pues ¿qué hombre conoce lo que en el hombre hay sino el espíritu del hombre, que en él está? Así también las cosas de Dios nadie las conoce sino el Espíritu de Dios”. (1ª Cor 2, 9-11).

Pero ¿cómo revela el Espíritu las “profundidades de Dios”?

3.1 Dios llega a ser, se hace, “don” en el Espíritu

Juan Pablo II afirma: “Dios en su vida íntima, *es amor*, amor esencial, común a las tres Personas divinas. El Espíritu Santo es amor personal como Espíritu del Padre y del Hijo. Por esto *sondea hasta las profundidades de Dios*, como *amor-don-increado*. Puede decirse que en el Espíritu Santo la vida íntima de Dios uno y trino se hace enteramente don, intercambio del amor recíproco entre las Personas divinas, y que por el Espíritu Santo Dios “existe” como don. El Espíritu Santo es pues la *expresión personal* de esta donación, de este ser-amor. Es Persona-amor. Es persona-don. Tenemos aquí una riqueza insondable de la realidad y una profundización inefable del concepto de persona en Dios, que solamente conocemos por la Revelación” (DeV 10).

La expresión “en el Espíritu Santo”, por tanto, significa sobre todo que Dios en su inmensidad acoge a cada uno y se hace su “don” por gracia, uniéndose a él. Él, aun permaneciendo totalmente Otro, el inefable, el incomunicable, precisamente porque es *amor-comunión*, encuentra el modo de realizar lo irrealizable: donarse a su creatura y unirse a ella. Ello es posible “en el Espíritu” porque Éste representa al eterno mutuo amor entre el Padre y el Hijo, es su *ser-en-comunión*. Éste será también el papel del Espíritu en la Economía de la salvación: Dios se pone en comunión con sus creaturas, “en el Espíritu” colma la infinita distancia que separa al Increado del creado, Dios del Hombre, y llega a ser Dios-por-nosotros, Dios-con-nosotros, Dios-en-nosotros. A este respecto, san Cirilo de Jerusalén (387) en vez de usar la expresión “en el Espíritu”, en cuanto que Dios alcanza al hombre y se hace su don *con el Espíritu*, afirma: “Nos alcanza toda gracia el Padre a través del Hijo con el Espíritu Santo” (*Catechesis* XVI, 24).

Por tanto, no sólo no existe comunicación alguna de Dios en sus criaturas si no es “en el Espíritu”, sino que también se puede decir, y por las mismas razones, que no existe experiencia alguna referente a Dios y a las cosas de Dios si no es en el mismo Espíritu.

3.2 Dios llega a ser experiencia viva, a través de su Palabra, en el Espíritu

No se puede tener experiencia de Dios en la Escritura si ella no está *inspirada* por Él. “La Sagrada Escritura es la Palabra de Dios, en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo” (DV 9). La Sagrada Escritura, de hecho, en cuanto Palabra de Dios dirigida al hombre, ofrece a éstos la posibilidad de encontrar a Dios en un diálogo vital y libre. Ahora bien, si es imposible que el revelarse de Dios en su Palabra suceda sin el Espíritu que vuelve visible lo invisible y palpable lo impalpable, es porque en la Escritura está

presente un dinamismo único que, desde el Padre llega al Hijo y, desde el Hijo, alcanza a cada hombre en el Espíritu. Esto significa que la experiencia de Dios a través de su Palabra es dada por la moción del Espíritu Santo que orienta al hombre a la búsqueda de la verdad.

Esta idea es subrayada repetidas veces en el Nuevo Testamento. San Pedro, al decir que ninguna profecía de la Escritura puede ser objeto de interpretación privada, pone de relieve también cómo ninguna comprensión de Dios puede dejar de lado la acción del Espíritu Santo (cf 2ª Pd 1, 20). San Pablo enseña, a su vez, que “toda la Escritura está divinamente inspirada” (2ª Tm 3, 16), usando la expresión técnica *theopneustos* (inspirado por Dios), para indicar el acto particular con el que Dios inspira la Escritura “útil para enseñar, convencer, corregir y formar para la justicia, para que el hombre de Dios sea completo y bien preparado para toda obra buena”. Ahora bien, estas funciones de la Escritura parecen reclamar la acción del Espíritu como “boca de Dios”, como se expresa Simeón el Nuevo Teólogo (1022): “La boca de Dios es el Espíritu Santo y su Palabra y el Verbo es su Hijo, también Él Dios. Pero ¿por qué el Espíritu es llamado boca de Dios y el Hijo Palabra y Verbo? De la misma manera que nuestro discurso interior sale de nuestra boca y se revela a los otros, sin que nosotros podamos pronunciarlo o manifestarlo con otro medio que no sea el de la boca, lo mismo el Hijo de Dios, si no es expresado o revelado por el Espíritu Santo, como por una boca, no puede ser conocido ni entendido” (*Libro de Ética*, III).

En el Espíritu la Palabra de Dios llega a ser “viva”

Sin embargo, no se trata de una inspiración que el Espíritu ejercita sólo en el momento del nacimiento de la Biblia sino también de una asistencia en la *lectura misma de la Biblia*. La “vivificación” de la Palabra de Dios es obra del Espíritu Santo: la Biblia se quedaría letra muerta si no se la hiciera

actualmente eficaz por el Espíritu Santo. La Palabra está viva por medio del Espíritu que reposa en ella como se ha posado sobre el Hijo en el momento de su bautismo: "Todas las palabras de Dios contenidas en las Escrituras... están llenas del Espíritu Santo", afirma San Hilario de Poitiers (367/368), (*Comentario sobre los Salmos*, 118). En otros términos, llega a ser realidad viva y salvífica para cada uno, sólo gracias a la acción del Espíritu que es acogido y secundado dócilmente, puesto que no se puede "entenderla sin la ayuda del Espíritu santo" (San Jerónimo, *Cartas*, 120) o, según Guillermo de Saint Thierry (1148), "Las Escrituras, de hecho, desean ser leídas mediante el mismo Espíritu con que han sido escritas; y mediante Él deben ser comprendidas" (*Carta de oro*, n. 121).

Interpretar la Escritura en el Espíritu significa interpretarla a la luz de la fe, buscando descubrir su sentido último. Esto es posible sólo si se tiene presente que Jesucristo es el principio unitario de toda la Escritura. A partir del acontecimiento de Cristo cuando la interpretación en el Espíritu se inserta en el movimiento de la Revelación y en la analogía de la fe, capaz de tender a la cohesión de las verdades reveladas (cf CEC 114). De esta manera, el Espíritu Santo hace que la Palabra de Dios llegue a ser actualmente "Espíritu y Vida" y tenga la fuerza de interpelar y de crear comunión entre los hombres. El evangelio de Juan (6, 63) subraya cómo la acción de la Palabra y la del Espíritu se compenetran mutuamente. La Palabra *se encarna* (cf Jn 1, 14), mientras la función del Espíritu es la de *encarnar*. El Espíritu es la potencia de la encarnación, de la presencia, de la verdad, de la escucha: sin Él la Palabra permanece ineficaz, inoperante, exteriorizada, inconsistente.

Al mismo tiempo, el Espíritu prepara el corazón del hombre para la escucha, lo vuelve capaz y deseoso de acoger la Palabra. En éste, el acto de fe es don del Espíritu. El hombre puede creer, saliendo de sí para confiarse a Dios, precisamente porque el Espíritu Santo es Aquel que ilumina

la revelación de Dios manifestada en Jesús. El creer no es un sentimiento vago, ni sólo un deseo piadoso sino que es consentir a Dios para realizar junto al hombre la historia de la salvación. Para éste es elección razonable, sin la cual la realidad permanecería reducida al absurdo y el hombre incapaz de comprender “su altísima vocación” (GS 22)

3.3 La Palabra nos habla hoy en el Espíritu

“Nosotros hemos comprendido -afirma San Juan Damasceno (ca. 750)-. que el Espíritu es Aquel que acompaña a la Palabra” (*La fe ortodoxa*, 1, 7). Para los Padres de la Iglesia es necesario, por consiguiente, vivir en la docilidad al Espíritu, tanto para creer en la inspiración de la Escritura como para alcanzar a comprenderla, más allá de los hechos de la historia humana en su complejidad, el plan providencial que la sostiene y la conduce. La interpretación “espiritual”, de la que hablan los Padres alejandrinos, significa ante todo, interpretación “en el Espíritu Santo”. Para Orígenes (253-254) la verdadera comprensión de la Escritura, es decir, espiritual, es aquella “que el Espíritu concede a la Iglesia” (*Homilía sobre el Levítico*, V, 5), porque “toda la ley es espiritual; pero todo lo que la ley quiere significar espiritualmente no es conocido por todos, sino solamente por aquellos a quienes les ha sido dada la gracia del Espíritu Santo en la palabra de sabiduría y ciencia” (*Principio*, Prefacio, 8).

Los Padres insisten en que es necesario leer la Biblia en Cristo y en el interior de su cuerpo, que es la Iglesia. Solamente así las palabras divinas pueden encontrar hoy una resonancia y un eco semejantes a lo que se verificó en los Apóstoles, gracias al don común del Espíritu de la Verdad que enseña todas las cosas (cf Jn 14, 26), según la admonición del Apocalipsis: “Quien tenga oídos, entienda lo que el Espíritu dice a las Iglesias” (3, 6). Y la tarea del Espíritu Santo es ésta: revelar a Cristo, hacerlo presente.

3.4 Dios se dirige a nosotros a través de su Iglesia “en el Espíritu”

Se tiene experiencia de Dios no sólo en la Palabra sino también en la Tradición de la Iglesia, a través de su enseñanza, el dogma y la catequesis. Todo conocimiento de Dios es don del Espíritu y se actúa en el Espíritu. Según el Evangelio de Juan la función del Espíritu será la de introducir al creyente en la plenitud de esta verdad y de interiorizarla vitalmente en su ánimo (Jn 16, 13). Por esto, el Espíritu es llamado “Espíritu de verdad” (Jn 14,16; 15,26), porque su acción está ordenada a la verdad que es Cristo. “El Espíritu Santo instruye desde ahora a los fieles -afirmaba a este propósito San Agustín- en la medida en que cada uno es capaz de entender las cosas espirituales, y enciende en su corazón un deseo de conocer, tanto más vivo cuanto cada uno progresa más en la caridad, gracias a la cual ama a las cosas que ya conoce y desea conocer aquellas que ignora” (*Comentario del Evangelio de Juan*, 97,1).

3.5 Se “conoce” a Dios sólo si existe comunicación con Él en el Espíritu

“Conocer” a Dios significa, pues, comunicarse con Él por medio de Jesús, en la potencia operante del Espíritu: se “conoce” verdaderamente a Dios en la medida en la que el hombre se comunica con Él. El significado bíblico del conocimiento de Dios, en efecto, concierne al estrecho contacto personal entre Dios y el hombre, iniciado en la creación, renovado en la vocación de Israel y cumplido en Cristo. Un conocimiento que no se entiende sólo como un conjunto de noticias en torno a Dios, o una participación en su saber, sino, más bien, como la relación con Dios que el Espíritu actúa en la vida del creyente. Por esto, no se puede conocer a Dios sin amarlo, como no se puede amarlo sin conocerlo. Pensar en Dios y amarlo es un mismo acto de unión. Tiene razón San Gregorio Nacianceno cuando afirma:

“No existe otro medio mejor para conocer a Dios que vivir en él” (*Discursos*, XXXII, 12).

En síntesis, *el principio supremo* de todo conocimiento de Dios permanece siempre en referencia fundamental a la “teología del Espíritu Santo”: conocer a Dios significa conocerlo “en el Espíritu”. “¿Qué otra cosa es -escribe Simeón el Nuevo Teólogo- la llave del conocimiento de Dios, sino la gracia del Espíritu Santo dada a través de la fe, la cual, con la iluminación produce realmente el conocimiento y el pleno conocimiento? En efecto, si el Espíritu Santo viene denominado llave, es porque por él y en él, nosotros tenemos ante todo, el *espíritu* iluminado y, una vez purificados, somos iluminados con la luz del conocimiento y por tanto bautizados desde lo alto, regenerados (cf Jn 3, 3.5) y hechos hijos de Dios” (*Catequesis*, XXXIII).

El Espíritu es el que pone a los creyentes en contacto vital con el Padre a través de la Palabra para unirlos a sí y poderlos “conocer”; entonces el cristiano puede contemplar “con los ojos del Espíritu Santo a la Divinidad, que permanece escondida en su epifanía” (Máximo el Confesor, *Ambigua*).

4. Conclusión

La Carta Apostólica de Juan Pablo II, *Tertio Millennio Adveniente*, refiriéndose a la preparación inmediata al Gran Jubileo afirma: “Sobre todo en esta fase, la *fase celebrativa*, el objetivo será la *glorificación de la Trinidad*, de la que todo procede y a la que todo se dirige, en el mundo y en la historia. A este misterio miran los tres años de preparación inmediata: desde Cristo y por Cristo, en el Espíritu Santo, al Padre. En este sentido la celebración jubilar actualiza y al mismo tiempo anticipa la meta y el cumplimiento de la vida del cristiano y de la Iglesia en Dios uno y trino (TMA 55).

Redescubrir la importancia del Espíritu Santo quiere decir acoger el sentido del proyecto de salvación que el Padre

en el Hijo ha ofrecido al hombre. Y esto porque no es posible tener contacto alguno con Dios si no es en el Espíritu: vivir en el Espíritu significa, simplemente, ser cristianos, creer y “conocer” al Dios revelado por Jesucristo. “Descubrir” al Espíritu y hacerlo conocer en este Jubileo significa, sencillamente, “evangelizar” a los hombres.

El Gran Jubileo, por tanto, puede constituir un tiempo propicio para vivir “en el Espíritu” el redescubrimiento de la vocación cristiana. Ello implica dejarse transfigurar por Él viviendo en la obediencia a la voluntad de Dios, en el conocimiento de su querer y en la realización de la ley del amor. En este sentido, volver a la prioridad de la Palabra para la vida de la Iglesia significa comprender la verdad insuperable de la redención realizada por Jesucristo hace veinte siglos, como propuesta liberadora también para el hombre de hoy, aplastado por el peso del escepticismo y por la inercia en la búsqueda. Si el Espíritu es el lugar de la experiencia de Dios-en-nosotros y por-nosotros, vivir su memoria es para el cristiano apropiarse de la novedad conmovedora del misterio pascual: misterio de reconciliación, de salvación y de libertad del pecado. Ésta es la experiencia “en el Espíritu” a la que está llamado todo creyente: estar abiertos a su acción para que, en el testimonio del amor-comunión los “alejados” se acerquen a la fuente de la redención y de la libertad y los marginados vivan en el “lugar” de Dios que es el Espíritu de amor y de consolación.

EL ESPÍRITU Y LA CREACIÓN

El principio recordado más veces: “Todo procede del Padre por el Hijo en el Espíritu”, reconduce este “todo” a la *creación del universo*, donde por creación se entiende la llamada, por parte de Dios, de nuevas existencias desde el no-ser, o sea, de la nada, al ser. Tal llamada constituye el inicio de la *historia de la salvación*, es decir, del inicio de la autocomunicación de Dios a sus creaturas. Con frecuencia se afirma indistintamente que “Dios” ha creado todos los seres con un acto libre y amoroso de su voluntad. Pero diciendo que “Dios” ha creado, no se acoge toda la riqueza y significado salvífico de la creación. También aquí es necesario decir más exactamente: “El Padre ha creado todo lo que existe fuera de la divinidad a través de su Palabra con la fuerza del Espíritu”.

La fe de la Iglesia en el “Espíritu creador” es atestiguada en los *Símbolos* y en los textos litúrgicos. En el *Credo* se confiesa: “Creo en el Espíritu Santo que es Señor y dador de vida” y, en la Plegaria Eucarística III, se dice: “Por Jesucristo, tu Hijo, Señor nuestro, con la fuerza del Espíritu Santo, das vida y santificas todo”. Otro texto litúrgico dice así: “Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor. Envía tu Espíritu y serán creadas todas las cosas y renovarás la faz de la tierra”; y el himno más popular al Espíritu Santo canta: “Veni, creator Spiritus” (Ven, Espíritu Creador). También la liturgia bizantina se refiere frecuentemente a la obra creadora del Espíritu: “Es propio del Espíritu Santo gobernar, santificar y animar la creación, porque él es Dios consubstancial al Padre y al Hijo... Él tiene poder sobre la vida, porque, siendo Dios, custodia la creación en el Padre por medio del Hijo” (*Maitines de los domingos*; cf CEC 703).

1. Dios Padre crea, por medio de la Palabra, con la fuerza de su Espíritu

La Iglesia cree, por tanto, que Dios crea todo, dando la existencia y la vida por medio de Cristo *en su* Espíritu y, en el Espíritu Santo, es como Dios Padre -en el *ek-stasis* (salir-fuera-de-sí) amoroso- “trasciende” su vida a-temporal y hace espacio a sus creaturas. El Espíritu es la Persona divina a través de la cual Dios Padre, inmediatamente, infunde la vida. Él es el último “toque” a través del cual Dios alcanza a sus creaturas, las “salva” de la no-existencia, las conserva, las renueva y las conduce a su plenitud. Estar en el Espíritu equivale, pues, a estar en la “vida”.

Con la guía de tales indicaciones, se comprende por qué el término hebreo *ruach*, “espíritu”, deja entrever en la experiencia del pueblo de Israel, y en la re-lectura “cristiana” de los textos, una conexión fundamental entre Espíritu y vida. Este término, más allá de su significado inmediato etimológico, (espiración, soplo, viento), indica la fuerza vital, la energía que se encuentra para actuar en estas acciones. Con un subrayado: que *ruach* actúa a nivel cósmico e histórico, mostrando la originalidad de la revelación veterotestamentaria. Es el “soplo” de Dios, en efecto, el que consiente realizar la historia de la salvación desde la creación.

En el Antiguo Testamento Dios crea tanto a través de su *palabra* como de su *acción* (cf Gn 1, 7.16.25.26); pero será su *soplo*, su *ruach*, el protagonista de la creación: “Escondes tu rostro y se espantan; les retiras el aliento y expiran y vuelven a ser polvo; envías tu aliento y los creas y repueblas la faz de la tierra” (Sal 104, 29-30). En el Salmo 33, 6, se encuentra después un claro paralelismo entre la *palabra* y el *soplo* (*ruach*) de Dios creador: “La palabra del Señor hizo el cielo; el aliento de su boca sus ejércitos”. En este contexto es interpretada por los exegetas tanto la expresión del Gn 1, 1-2: “Al principio Dios creó el cielo y la tierra..., Y el aliento del Señor (*ruach*

Elohim) se cernía sobre las aguas”, como también la complacencia expresada por Dios ante la propia creación en el Génesis (1, 4a). De este modo el Espíritu no sólo conserva el cosmos en la libertad y en el amor contra todas las potencias destructoras y caóticas, sino que constituye la potencia misma de la nueva creación, cuya espera se manifiesta en la esperanza mesiánica de un pueblo de corazón nuevo (cf Ez 37, 1-14; Jl 3, 1 ss).

El Nuevo Testamento anuncia el cumplimiento definitivo de la potencia creadora con la cual Dios obra en el mundo y en la historia. El advenimiento histórico de Jesucristo señala el inicio de la libertad, en cuyo Espíritu está presente la realidad de la nueva creación. Él es el Espíritu dador de vida (cf Jn 6, 63; 1ª Cor 15, 45).

Los cristianos de los primeros siglos fueron particularmente sensibles a esta verdad: es famoso el ejemplo muchas veces referido por San Ireneo (ca. 208) en su obra *Contra las herejías*, escrita entre el 180 y el 185: “Dios ha creado el mundo con sus dos manos, el Hijo y el Espíritu” (*Contra las herejías*, 4,4,4; 4,7,4; 5,1,3; 5,5,1...). San Basilio, por su parte, subraya que la obra específica del Espíritu en la creación es la de *perfeccionarla y confirmarla*: “Tu podrás comprender la comunión del Espíritu con el Padre y con el Hijo también por las obras iniciales de la creación... El Padre, porque crea por su solo querer, no tendría necesidad del Hijo; pero Él quiere crear por medio del Hijo. Tampoco el Hijo tendría necesidad de una cooperación porque obra a semejanza del Padre, pero también el Hijo quiere perfeccionar la obra por medio del Espíritu... Tu comprendes, pues, que son tres: el Señor que ordena, la Palabra que crea, el Soplo que confirma. ¿Qué otro jamás podría ser la confirmación si no el perfeccionamiento?” (*El Espíritu Santo*, XVI, 38). También la tradición occidental tiene una fuerte conciencia del papel creador del Espíritu Santo, por lo cual San Ambrosio (397) puede afirmar que la Escritura: “no ha enseñado solamente que sin el Espíritu no puede durar ninguna creatura, sino

que también el Espíritu es el creador de toda creatura. Y ¿quién podría negar que es obra del Espíritu Santo el hecho de que la tierra haya sido creada? Y ¿quién podría negar que sea obra del Espíritu Santo la creación de la tierra si es obra del Espíritu su renovación?...¿Tal vez creemos que sin la acción del Espíritu Santo pueda subsistir la substancia de la tierra, mientras que sin su obra no subsisten siquiera las bóvedas del cielo?" (*El Espíritu Santo*, II, 34-35).

El *Catecismo de la Iglesia Católica* acoge y sintetiza así esta enseñanza: "La Palabra de Dios y su Soplo están en el origen del ser y de la vida de toda creatura" (CEC 703). Se trata, pues, del mismo principio general de la economía divina, más veces comentado: "El Padre crea y renueva todo por medio del Verbo en el Espíritu Santo" (San Atanasio, *Cartas a Serapión*, I, 24), o como dice el mismo San Atanasio: "Toda la creación llega a ser partícipe del Verbo en el Espíritu" (*ibid.*).

2. El significado salvífico de la creación en el Espíritu

La afirmación teológica de la creación en el Espíritu significa que lo creado está marcado por la bondad divina. Como en la vida intratrinitaria el Espíritu es el lazo de unión eterna del amor entre el Padre y el Hijo, lo mismo en lo referente a la creación el Espíritu Santo actúa para que cada creatura pueda experimentar el misterio esencial de la vida: la comunión del hombre con Dios, con los otros y con la realidad entera. Ésta es la motivación del significado salvífico de la creación: Dios crea comunicando aquel proyecto de salvación en el cual el hombre es introducido para contemplar la vida misma de la Trinidad.

En este sentido, el valor salvífico de la creación es doble. Ante todo, a nivel antropológico. Si la autocomunicación de Dios es el motivo de la creación, es porque la "gloria"

constituye el bien último para el hombre y porque está llamado a la búsqueda de la propia identidad. El Espíritu Santo acompaña al hombre en esta elección fundamental para su felicidad: él es libre de acoger o rechazar, sabe que “la creatura sin el Creador se desvanece” (GS 36). Es el gran misterio de la creación: “Nosotros creemos que Dios creó el mundo según su sabiduría. Éste no es producto de una necesidad cualquiera, de un destino ciego o del azar. Creemos que procede de la voluntad libre de Dios que ha querido hacer participar a las creaturas de su ser, de su sabiduría y de su bondad” (CEC 295).

En segundo lugar, a nivel cosmológico. El mundo participa de la bondad de Dios, existe en Dios, fuera del cual nada tiene motivo para existir. El cosmos, por tanto, no es sólo un escenario de la relación Dios-hombre, sino también *palabra significativa*, en cuanto que su existencia revela la voluntad que Él tiene de comunicarse con las creaturas. La tarea del Espíritu en esta obra de creación continua es, pues, doble: por una parte, constituye *actualmente* el fundamento último de la existencia del universo, porque sin Él lo creado retornaría al no ser; por otra parte, asigna a lo creado su significado, el ser gloria de Dios, es decir, revelación del amor omnipotente de Dios, haciéndolo “palabra” significativa y acto para la relación.

Juan Pablo II sintetiza así esta visión, según la tradición de la Iglesia, en su Carta Encíclica *Dominum et Vivificantem*: “El Espíritu de Dios, que, según la descripción bíblica de la creación “aleteaba por encima de las aguas”, indica el mismo “Espíritu que sondea hasta las profundidades de Dios”, *sondea las profundidades del Padre y del Verbo-Hijo* en el misterio de la creación. No sólo es el testigo directo de su mutuo amor, del que deriva la creación, sino que él mismo es este amor. Él mismo, como amor, es el eterno don increado. En Él se encuentra *la fuente y el principio de toda dádiva a las creaturas*. El testimonio del principio, que encontramos en toda la revelación comenzando por el *Libro del Génesis*, es

unívoco al respecto. Crear quiere decir llamar a la existencia desde la nada; por tanto, crear quiere decir *dar* la existencia" (DeV 34).

3. Lo creado es "bueno" porque existe en el Espíritu y por el Espíritu

Si la creación, como dicen los Padres, es la palabra de Dios hecha realidad, se comprende cómo ella deba su existencia a la acción *actual* del Espíritu Santo: es decir, significa que el mundo existe en virtud del Espíritu creador. Él, en efecto, en el nacer y en el perdurar es profundamente "espiritual". Por esto se ha dicho que es cosa buena" (Gn 1, 10), expresión que significa al mismo tiempo buena y bella. De este modo, en el Espíritu, la creación viene a ser una manifestación de la "Palabra" a través de la cual, y por la cual, el Padre crea el universo: "todo ha sido hecho por medio de Él", es decir, por medio del Verbo, como afirma San Juan en el *Prólogo* de su Evangelio (1, 3).

Aquí se encuentra el punto decisivo de la concepción cristiana de la creación: la plenitud de la revelación en Jesucristo abre a una más profunda comprensión del "in principio" vétero-testamentario. La benevolencia y el amor incondicional del proyecto originario, en el cual la primera creación constituye la etapa de la "nueva creación", realizada por Cristo hasta el momento de su venida definitiva (parusía), encuentran su significado último a partir de Jesús, el "primero" en el proyecto del Padre. Toda la obra creadora de Dios está leída a la luz de la creación en el Hijo, en quien todo hombre está llamado a la nueva y eterna alianza. En Cristo hemos sido elegidos y salvados para siempre y es el mismo Cristo quien nos libra del pecado en el misterio pascual, verdadera y nueva creación. El Nuevo Testamento, en efecto, subraya que Jesús es mediador y fin de toda la creación. Y, aún más, evidencia que, en Cristo adquieren profunda unidad, la creación y la salvación, precisamente

en el misterio de la resurrección: en ella la historia entera está abierta al futuro de Dios, cuyo sentido es el ofrecimiento de la salvación a todos los hombres. “El Verbo de Dios, por quien todo fue hecho, se encarnó para que, Hombre perfecto, salvara a todos y recapitulara todas las cosas. El Señor es el fin de la historia humana, punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización (...). Él es aquel a quien el Padre resucitó, exaltó y colocó a su derecha, constituyéndolo juez de vivos y de muertos. Vivificados y reunidos en su Espíritu, caminamos como peregrinos hacia la consumación de la historia humana, la cual coincide plenamente con su amoroso designio: *Restaurar en Cristo todo lo que hay en el cielo y en la tierra* (Ef 1,10)” (GS 45)

Con esta óptica, se puede entender por qué los Padres de la Iglesia citan Gn 1,10 y Jn 1,3, para afirmar la bondad y la belleza del universo (cf p.e., San Basilio, *Homilias sobre Examerón*, III, 10) que derivan de la sabiduría de Dios, creador del mundo. Esta belleza es difundida en el mundo por el Espíritu. San Ambrosio, polemizando contra aquellos que negaban la divinidad del Espíritu, afirma que, no sólo el Espíritu colabora con el Padre y el Hijo en la creación del mundo, sino que es aquel que, como un artista divino, pone “orden” en el mundo y lo vuelve “hermoso”: Pero ¿quién puede dudar que el Espíritu Santo vivifica todas las cosas, desde el momento en que también Él, como el Padre y el Hijo, es creador de todas las cosas, y que se debe pensar que Dios Padre omnipotente ha actuado en todo con el Espíritu Santo, porque también en el principio de la creación *el Espíritu se movía sobre las aguas?* (Gn 1, 2). Por tanto, cuando el Espíritu se movía, lo creado no tenía hermosura alguna. En cambio, también la creación de este mundo, recibida la acción del Espíritu, mereció toda esta atrayente belleza, con la cual el mundo resplandece” (*El Espíritu Santò*, II, 32).

Los Padres, pues, tienden a ver el mundo como una “teofanía”, un signo de su presencia y de su belleza. Se trata de una verdadera y propia “cosmología sacramental”, en la

cual el mundo es considerado “sagrado”. Esto significa, según la antigua tradición de la Iglesia, que el mundo es un “misterio”, esto es, un sacramento, realidad significativa que nos remite a Aquel al que significa. Es necesario tener, por tanto, el sentido del misterio para que -como dice un antiguo escritor de la Iglesia-: “Advertimos que todo está lleno de misterio” (Orígenes, *Homilías sobre el Levítico*, III, 8). Ahora bien, como para leer la Biblia es necesaria la intervención del Espíritu, así para “descodificar” el mundo y ver con los “sentidos espirituales” el misterio escondido en el Verbo, es necesaria la acción del Espíritu, porque sólo a través de su gracia, esto es posible. Como dirá Máximo el Confesor: “El fuego inefable y prodigioso escondido en la esencia de las cosas como en el arbusto (la zarza ardiente) es el fuego del amor divino y el esplendor fulgurante de su (de Dios) Belleza dentro de todas las cosas” (*Ambigua*).

La contemplación de la naturaleza constituye, por tanto, una gran ayuda para alimentar en nosotros el “recuerdo de Dios”, una expresión que para los autores antiguos significaba tener una sutil y dulce percepción de la presencia envolvente y reenvolvente de Dios en la propia vida y en la propia historia, percibida también a través de los signos de su obra creadora. “Quiero despertar en ti, afirma San Basilio, una profunda admiración de la creación, para que tú, en todo lugar, contemplando las plantas y las flores, seas presa de un vivo recuerdo del Creador” (*Homilías sobre el Examerón*, VI, 1).

Para la tradición de la Iglesia, por tanto, el mundo representa una teofanía y por ello es “contemplado” para descubrir a Dios. Se trata de la contemplación religiosa de lo creado practicada a través de los *sentidos espirituales*, los nuevos sentidos donados al cristiano por el Espíritu para acoger las señales divinas escondidas en cada ser; o sea, la sabiduría y la bondad de Dios creador que ha forjado cada cosa a través de su Palabra. Sólo en este caso se puede superar la exterioridad de las cosas y “sentir” su verdadero lenguaje:

es la verdadera "ciencia" de las cosas a través de las cuales el cristiano, purificado y reconquistado su "corazón puro", como puede entrever el "plan divino" y descubrir la Providencia divina hecha de amor y sabiduría. Entonces la naturaleza llega a ser verdaderamente un "libro abierto", capaz de hacer conocer a Dios y su proyecto de amor.

4. Conclusión,

El mundo, signo de la benevolencia de Dios y manifestación progresiva del Verbo a través de la acción del Espíritu, es también expresión de una creación decaída, devastada, oprimida, en espera de aquella liberación final que sólo la *nueva creación* en Cristo puede realizar. El hombre, en efecto, "encorvado sobre sí mismo" y tentado una y otra vez de cerrarse a la acción del Espíritu, pone continuamente en peligro la creación, tiende a esconder la "bondad" del mundo que reside en su existir "en el Espíritu". Al contrario, la creación es una realidad abierta al proyecto salvífico de Dios, a la que todo hombre es llamado a colaborar para hacer del mundo un espacio habitable y solidario. Para conservar esta bondad y favorecer su desarrollo, es necesaria la acción del Espíritu que viene en ayuda de "nuestra debilidad" (Rm 8, 26), aquel Espíritu que ayuda a no sofocar su acción creadora y que, inspirando la esperanza de una nueva creación, ayuda a obrar para conservar la creación.

Sobre la base de estas indicaciones, el Gran Jubileo podrá representar una ocasión para descubrir que el mundo está comprometido en la redención traída por Cristo. Ante la violencia ideológica del mito del progreso, la voluntad de fuerza del hombre piensa poder reducir el mundo al depósito de energías para disfrutar, sin ningún respeto a los ritmos y los equilibrios de la naturaleza. No es así para la visión cristiana del mundo. El sentido de la narración de la creación (cf Gn 2,15) está en la custodia y en el cuidado de lo creado por parte del hombre, responsabilidad ésta que hunde sus raíces en la dimensión salvífica de la creación

misma. La perspectiva de la creación es hacer posible la historia de la alianza entre Dios y el hombre, que en el acontecimiento pascual llega a su cumbre: el mundo encuentra su consistencia en Dios. Si el mundo está “escondido en Dios” (Col 3, 3), eso significa que toda la realidad no es de exclusivo dominio del hombre, sino una red de relaciones en las que cada creatura es conservada y nutrida por el amor trinitario. Por esto, la responsabilidad del hombre hacia el mundo es una elección ética, en la cual cada uno se compromete a rendir cuentas al Creador de sus propias relaciones con la naturaleza. El Espíritu está, pues, en acción por la redención de lo creado, aunque por el momento “gime y sufre los dolores de parto”, junto con la humanidad, esperando la redención completa y definitiva (cf Rm 8, 22-24). Aquí se coloca el amor por lo creado (ecología), que no deriva de una simple admiración estética, de la utilidad que de ella se puede derivar, o de la necesidad de salvar el “ecosistema” bajo pena de extinción de la misma existencia de los hombres.

Todas las criaturas, de hecho, no son más que el fruto de la llamada de Dios a la existencia, a fin de realizar la plena comunión con todos y, en ellos, también con su Creador. El hecho de que el mundo tenga una *finalidad* presupone que entre los seres creados exista una creatura con su propia conciencia y libertad. Ahora bien, entre todas las creaturas sólo el hombre es libre y por ello sólo él puede llegar a ser, en Cristo, a través de la fuerza del Espíritu Santo, el *mediador* para alcanzar la finalidad del mundo. El hombre es, por tanto, el sacerdote del cosmos, porque es el único capaz de llevar a Dios los seres creados a un encuentro personal con Él, como respuesta consciente de lo creado a Aquel que con su Logos y su Espíritu lo sostiene. Toda la creación, a través del hombre, cumple así la finalidad de su existencia, por lo cual el hombre está en comunión misteriosa con Dios, no sólo porque él es el fruto libre y amoroso de su bondad, sino también porque tiene la vocación para responder con amor (libremente) a la palabra creadora de Dios dirigida a

todo lo creado. Él, "hecho voz de toda creatura", llega a ser el sacerdote cósmico que alaba al Señor "por todas sus creaturas".

Con Alioscia Karamazov se podrá decir: "Hermanos míos, amad a toda la creación en su conjunto y en sus elementos, cada hoja, cada rayo, los animales, las plantas. Y, amando cada cosa, comprenderéis el misterio divino de las cosas. Una vez comprendido, vosotros lo conoceréis cada día más. Y terminaréis por amar al mundo entero con un amor universal" (F. Dostoievski, *Los Hermanos Karamazov*). Mientras que San Francisco de Asís oraba así: "Laudato si", por toda criatura, mi Señor / y en especial loado por el hermano sol, / que alumbra y abre el día y es bello en su esplendor / y lleva por los cielos noticia de su Autor" (*Cántico de las criaturas*).

EL ESPÍRITU Y EL HOMBRE

Si el Espíritu, junto al Padre y al Hijo, está en el origen y en el mantenimiento de toda la creación, esto mismo se puede afirmar del mismo hombre, quien, precisamente por esto, está considerado como un verdadero y propio "lugar teológico". A través de la Palabra omnipotente del Padre, el hombre pasa del no ser al ser, se descubre dotado de inteligencia y capacidad de amar, no obstante tenga experiencia de su precario equilibrio por motivo del pecado. El Espíritu de Dios es el que, soplando en sus narices, infunde en él la vida y, después del pecado, el Espíritu es siempre el que le da la nueva vida adquirida por Cristo. Y es siempre el Espíritu quien encarna e imprime en el hombre la imagen de Dios y, en la obra de regeneración, le concede la nueva vida haciéndolo "hijo en el Hijo".

La doctrina sobre el Espíritu creador, por tanto, "es válida *ante todo para el hombre*, que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios: "Hagamos al hombre a nuestra imagen, a semejanza nuestra". "Hagamos": ¿se puede considerar que el plural, que el Creador usa aquí hablando de sí mismo, sugiera ya de alguna manera el misterio trinitario, la presencia de la Trinidad en la obra de la creación del hombre? El lector cristiano, que conoce ya la revelación de este misterio, puede descubrir también su reflejo en estas palabras. En cualquier caso, el contexto del libro del Génesis nos permite ver en la creación del hombre el primer inicio de la donación salvífica de Dios a medida de la "imagen y semejanza" de sí mismo, que ha concedido al hombre" (DeV 12).

1. El hombre es “espiritual” por obra del Espíritu y en el Espíritu

“Moisés -escribe Cirilo de Alejandría (444)- narra que, en la creación, Dios sopló en el rostro del hombre un sopro de vida. Como al principio el hombre había sido creado, así ahora es recreado y, como entonces, así también ahora es rehecho por el Espíritu Santo a semejanza de su creador” (*Comentarios sobre el Éxodo*, II).

Tanto la Escritura como la Tradición de la Iglesia enseñan que, si el hombre vive, se debe a la acción actual del Espíritu, por lo cual es un ser “espiritual” sólo en el Espíritu de Dios que representa para el hombre el principio vital. Cuando en el lenguaje cristiano se habla de la “vida espiritual” del hombre, no se entiende referirse simplemente a una vida superior en contraposición a la corporal o biológica sino, precisamente, a la “vida en el Espíritu”. Todo el hombre es “espiritual”, vive en el Espíritu y por el Espíritu de Dios, como su destino último y su plenitud. “La unión del alma y de la carne, recibiendo el Espíritu de Dios, constituye al hombre espiritual”, afirma San Ireneo (*Contra las herejías*, V, 8, 2), concepto que se encuentra todavía más explícitamente en la misma obra: “Estos son los hombres que el Apóstol llama espirituales (1ª Cor 2, 15; 3, 1), siendo espirituales, gracias a la participación del Espíritu, no gracias a la privación y eliminación de la carne” (*Contra las herejías*, V, 6, 1).

Se puede decir que el Espíritu Santo pertenece *por gracia* a la estructura “espiritual” del hombre y, en esta perspectiva, se explica por qué los místicos de la Iglesia afirman que el Espíritu Santo es “el alma del alma humana”. Esto, no obstante, no debe hacer creer que exista una identidad entre el Espíritu Santo y el hombre: el Espíritu es siempre un *don*, una *gracia* hecha al hombre por Dios Padre y constituye el modo con que el hombre *participa* en la naturaleza de Dios por creación y por medio de la recreación acontecida en

Cristo. ¿Cómo se expresa el don del Espíritu? En el volver a la criatura "capax Dei", deseosa constantemente de ver a Dios: "el hombre ha sido creado para ver a Dios: con este fin, Dios hace a su criatura racional, a fin de que sea partícipe de su semejanza, que consiste en la visión de Él" (Santo Tomás de Aquino, *Sobre la verdad*, q. 18 a.1, 5). Esto significa que el hombre está caracterizado en su raíz por este deseo, hecho capaz de tender a la visión-comunión con Dios, aunque siempre marcado por la libertad del rechazo. Si este deseo está inscrito en el hombre, no menos la posibilidad de responder a la unicidad de la iniciativa de Dios no se fundamenta en la exigencia del hombre, sino, por el contrario, en el don gratuito de la Trinidad y la espera constitutiva del hombre. Por esto, el Espíritu Santo actúa consintiendo la respuesta de la libertad humana al ofrecimiento libre de Dios. Un gran teólogo católico, -H.U. von Balthasar- actualiza así esta íntima compenetración de todo el hombre por parte del Espíritu: "Nuestros actos más íntimos de fe, de amor y de esperanza, nuestras disposiciones de ánimo y los sentimientos, nuestras resoluciones más personales y libres: todas estas realidades inconfundibles que *nosotros* somos, están impregnadas de tal forma por su aliento, que el último sujeto -en el fondo de nuestra subjetividad- es Él [el Espíritu]" (Del ensayo "*El Desconocido más allá del Verbo*", en *Spiritus Creator*).

Los Padres han buscado siempre la forma de explicar cómo es posible que Dios y el hombre formen una unidad en el Espíritu. San Basilio sostiene que el Espíritu Santo es la fuerza y la potencia que actúa en los creyentes conduciéndolos a la plenitud de la madurez humana y cristiana en la relación con Dios: "Aquel que no vive ya más según la carne, sino que es conducido por el Espíritu de Dios y es llamado hijo de Dios, hecho conforme a la imagen del Hijo de Dios, es llamado espiritual. Y de la misma manera que en el ojo sano se encuentra la capacidad de ver, así en el alma purificada se encuentra la fuerza operante del Espíritu" (*El Espíritu Santo*, XXVI, 61).

2. El Espíritu imprime en el hombre la imagen de Dios

Para responder a la pregunta “¿quién es el hombre?” los Padres de la Iglesia recurren a la expresión bíblica: “el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios” (cf Gn 1, 26; 2, 7). Este “ser hechos a imagen de Dios” es constitutivo del hombre y de la mujer, es parte de su estructura (la imagen no es algo añadido al hombre, sino que es el hombre mismo). Dios no constituye primero al hombre y después le añade su imagen: el hombre *es* imagen de Dios. La verdadera imagen de Dios es Cristo (Col 1, 15-18), el hombre es “icono del Icono”, es decir, imagen de Cristo, la imagen encarnada del Padre. “En Cristo -afirma el *Catecismo de la Iglesia Católica*- “imagen de Dios invisible” (Col 1, 15; cf 2ª Cor 4, 4), el hombre ha sido creado a “imagen y semejanza del creador. En Cristo, Redentor y Salvador, la imagen divina deformada en el hombre por el primer pecado ha sido restaurada en la belleza original y ennoblecida con la gracia de Dios” (CEC 1701).

¿Qué significa creado en Cristo, “a imagen del Dios invisible”? El acontecimiento de la revelación demuestra que Dios suscita en el hombre una conciencia particular de sí: al reconocer su límite y su deseo, advierte contemporáneamente que lo que debería y querría ser no está en sus posibilidades, casi imposibilitado para afrontar el verdadero recorrido de la libertad. Ahora bien, en Jesucristo se realiza el movimiento de la encarnación, en virtud del cual Dios se acerca tan radicalmente al hombre que llega a ser, Él mismo, hombre, permitiendo al hombre realizarse, él mismo, en la comunión-pertenencia a Dios. A esta lógica se acoge la novedad de la antropología cristiana. “La vida de Cristo nos da una comprensión nueva de Dios y también del hombre. Como “el Dios de los cristianos” es nuevo y específico, así “el hombre de los cristianos” es nuevo y original frente a todas las otras concepciones del hombre”

(Comisión Teológica Internacional, *Cuestiones de Cristología*, Enchiridion Vaticanum, 7/662).

La revelación cristológica, pues, abre itinerarios nuevos en la comprensión del hombre. Por un lado, la vida de Cristo demuestra cómo la verdad del hombre está en su ser, aún en la semejanza, diferente de Dios. El hombre no es un absoluto; aún más, cuando piensa organizar su existencia sobre la falsa imagen de su autonomía incondicionada, no hace más que pensarse como el dios de sí y pensar a Dios como proyección del propio yo. Por otra parte, Jesús desvela que sólo en el encuentro con el Otro, con el Dios Trinidad, el hombre puede comprenderse como persona, en la dimensión de la filiación en la que está guardado el secreto de la reciprocidad y de la gratuidad. "Por haber sido hecho a imagen de Dios, el ser humano tiene la dignidad de *persona*; no es solamente algo, sino alguien. Es capaz de conocerse, de poseerse y de darse libremente y entrar en comunión con otras personas; y es llamado, por la gracia, a una alianza con su Creador, a ofrecerle una respuesta de fe y de amor que ningún otro ser puede darle en su sustitución" (CEC 357)

Ahora bien, si el hombre en su estructura psicosomática está hecho así y no de otra manera, es porque Cristo es así. Todo lo que el hombre es, no sólo desde el punto de vista religioso sino también, simplemente natural, deriva de su ser a imagen de Dios en Cristo. La posibilidad de ser persona y por tanto de amar, de ser individuo consciente dentro del espacio y el tiempo, de existir como unidad psicosomática con profundidades impensadas de libertad, inteligencia y creatividad, todo esto depende de la relación primordial, ontológica que el hombre tiene con su arquetipo: Cristo, el Señor.

Esta imagen, salida pura de las manos de Dios, ha sido perturbada por el pecado, pero ha sido restaurada por Cristo con su muerte y resurrección. Redención, en efecto, significa

restauración de la imagen divina en el hombre. Toda la realidad cristiana, Iglesia, sacramentos, ascesis, tiene como finalidad transformar al hombre cada vez más en imagen de Cristo, hacerlo cada vez más "nueva criatura" en Cristo. Él es salvador del hombre, no solo porque lo libera del pecado, sino también y sobre todo porque realiza y perfecciona su ser icónico: éste es el primer objetivo de la encarnación, la "deificación" del hombre. Cuando los Padres, quieren definir la naturaleza del hombre, no recurren a la definición aristotélica - "hombre es un animal racional" - sino a aquella teológica: "él es un ser viviente capaz de ser divinizado" (San Gregorio Nacianceno, *Discursos*, XLV, 7).

La tradición de la Iglesia, oriental y occidental, es unánime al afirmar que aquel que imprime en el hombre la imagen de Dios es el Espíritu Santo. Éste es considerado el "iconógrafo" (aquel que pinta los iconos sagrados) de la imagen de Dios en el hombre para que, mirando a Cristo como modelo, pinta en el hombre la imagen viva del Redentor y, de esta manera, cristifica progresivamente al fiel (cf Pseudo-Macario, *Homilias*, XXX, 4). El principio es siempre el mismo: Dios se hace presente en el hombre a través de Jesucristo, en el Espíritu Santo; el hombre es imagen de Dios porque está llamado a la comunión con Dios y el Espíritu es quien pone en comunión. Esta unión no consiste en un hecho externo o psicológico, sino que transforma el ser mismo del hombre, que ya desde la creación está llamado a esta comunión, que significa "ser llamados a imagen de Dios" a través de Jesucristo en el Espíritu Santo. San Ambrosio, refiriéndose a 1ª Cor 15, 49, afirma: "El Espíritu Santo reproduce en nosotros los diseños de la imagen celeste. ¿Quién osa decir, que el Espíritu está separado del Padre y de Cristo, si por medio de Él merecemos ser imagen y semejanza de Dios y, por medio de él, sucede lo que dice el Apóstol Pedro, que nosotros somos partícipes de la naturaleza divina? (cf 2ª Pd 1, 4)?" (*El Espíritu Santo*, I, 79-80).

Cirilo de Alejandría, queriendo explicar en qué sentido el hombre participa de la santidad de Dios, se expresa así: "Nosotros hemos sido creados a imagen divina. Lo que producía en nosotros esta imagen era la santificación, es decir, nuestra participación en Cristo en el Espíritu. Cuando la naturaleza del hombre ha caído en la perversión, esta imagen ha sido deformada. Nosotros somos devueltos al estado primitivo gracias a nuestra nueva fusión con el Espíritu que nos hace de nuevo imagen de aquél que nos ha creado, o más bien, del Hijo por el cual todo nos viene del Padre" (*La Trinidad*, VI).

Como se ve, la acción del Espíritu al formar en el hombre la imagen del Hijo, está unida con la creación del hombre mismo y, después de la caída, con la "re-creación" o "re-generación" que lleva al estado original y, todo esto, de una manera real que toca su misma naturaleza.

De todo lo dicho, es posible percibir el papel primario que juega el Espíritu Santo en la formación del hombre, el cual, en el Espíritu Santo es una teología viviente, una espléndida manifestación de Dios porque "participa de la luz y de la fuerza del Espíritu divino" (CEC 1704). Supuestas estas premisas, las consecuencias para el hombre son inmensas: "Si el mundo visible es creado para el hombre, por consiguiente el mundo es dado al hombre. Y contemporáneamente el mismo hombre en su propia humanidad recibe como don una especial "*imagen y semejanza*" de Dios. Esto significa no sólo racionalidad y libertad como propiedades constitutivas de la naturaleza humana, sino además, desde el principio, capacidad de una *relación personal* con Dios, como "yo" y "tú" y, por consiguiente, *capacidad de alianza* que tendrá lugar con la comunicación salvífica de Dios al hombre. En el marco de la "*imagen y semejanza*" de Dios, "el don del Espíritu" significa, finalmente, *una llamada a la amistad*, en la que las trascendentales "profundidades de Dios" están abiertas, en cierto modo, a la participación del hombre" (DeV 34).

3. Conclusión

Se puede partir de la reflexión de una de las más bellas páginas de la encíclica *Dominum et Vivificantem* en la cual se pone en evidencia la íntima unión del Espíritu con el hombre y su función reveladora del misterio de Dios. "El gran Jubileo, que se celebrará al final de este milenio y al comienzo del que viene, ha de constituir una fuerte llamada dirigida a todos los que "adoran a Dios en espíritu y verdad". Ha de ser para todos una ocasión especial para meditar el misterio de Dios uno y trino, que *en sí mismo es completamente trascendente* respecto al mundo, especialmente el mundo visible. En efecto, es Espíritu absoluto: "Dios es espíritu"; y a la vez, y de manera admirable no sólo está cercano a este mundo, sino que está *presente* en él y, en cierto modo, *inmanente*, lo penetra y vivifica desde dentro. Esto sirve especialmente para el hombre" (DeV 54).

Aquí está la profunda verdad del hombre: ser imagen de la Trinidad, "capaz de Dios", abierto a la relación consigo, con los otros, con Dios. Ésta es una verdad que el hombre debe buscar con la ayuda del Espíritu y asimilar en la elección fundamental de su existencia. La vida que da el Espíritu, no constituye un proceso mágico o misterioso, sino más bien un acontecimiento libre, hecho de aceptación y de respuesta. "Si queréis vivir en el Espíritu Santo -afirma San Agustín- conservad la caridad, amad la verdad, desead la unidad y alcanzaréis la eternidad" (*Discursos*, 267, 4, 4).

Esto quiere decir que el hombre no es realmente libre si no vive en comunión con Dios; es más, en el encuentro con Dios la existencia humana experimenta estar envuelta en un amor incondicional del que nada podrá apartarla, como cree y profesa la Iglesia. El Espíritu Santo, por tanto, es el espacio de la libertad humana, el intérprete de la espera inscrita en lo profundo del corazón, cuya llamada es una invitación a no contradecir la apertura del hombre al misterio absoluto y trascendente de Dios. "El Espíritu, pues, está en

el origen mismo de la pregunta existencial y religiosa del hombre, la cual surge no sólo de situaciones contingentes, sino de la estructura misma de su ser" (RM 28). En este misterio, el hombre descubre que el ser llamado a la libertad es el gran don del Padre, del Hijo y del Espíritu, que se realiza en el ejercicio de la caridad; es decir, en la construcción de una civilización del amor, del respeto y de la solidaridad, en la cual la caridad viene a ser centro de la vida cristiana en un constante salir de sí en el compromiso con Dios y con el prójimo. Desde esta óptica, uno de los objetivos más significativos del Gran Jubileo es hacer descubrir a cada hombre que su auténtica dignidad no es objeto de contratación, sino de libre elección entre la verdad de Dios y las falsas certezas de la historia. Pensar en encontrar la felicidad y el sentido de la existencia fuera de Dios significa para el hombre engañarse de ser más libre y más ligero; aunque las huellas de la presunta autonomía del hombre son huellas de violencia, de sufrimiento y de muerte. Por el contrario, si el hombre vive de modo "espiritual", es decir, en Dios y según Dios, no sólo se realiza en lo que verdaderamente es, sino que ensancha su ser en las profundidades insondables de Dios, que le conducen ya desde ahora a la vida eterna. "La dignidad de la vida no está ligada sólo a sus orígenes, a su procedencia de Dios, sino también a su fin, a su destino de comunión con Dios, en el conocimiento y en el amor de Él". A la luz de esta verdad, San Ireneo precisa y completa su exaltación del hombre: "la gloria de Dios" es "el hombre que vive", pero "la vida del hombre consiste en la visión [comunión con] de Dios" (*Contra las herejías*, IV, 20,7)" (EV 38). Y Teófilo de Antioquía (s. II), a su amigo griego Autólico que le pedía: "¡Muéstrame tu Dios!" le da esta respuesta: "¡Muéstrame tu hombre y yo te mostraré mi Dios!" (*Libro a Autólico*, I, 2), queriendo decir: llega a ser un verdadero hombre y verás cómo encontrarás al verdadero Dios.

Por consiguiente, al hombre no le puede bastar la simple vida biológica, porque ésta no puede responder a su

búsqueda de amor y libertad. El mensaje evangélico, en cambio, subraya que, "vivir del Espíritu Santo" es acoger la vida como don y hacer espacio a la vida de los otros. Toda disminución de esta relación es un ataque a la integridad vital del hombre. Son profundamente verdaderas las palabras de la *Plegaria Eucarística IV*:

Y para que no vivamos ya para nosotros mismos, sino para Él, que por nosotros murió y resucitó, envió, Padre, de tu seno al Espíritu Santo como primicia para los creyentes; a fin de santificar todas las cosas, llevando a plenitud su obra en el mundo.

EL ESPÍRITU SANTO Y CRISTO.

El acontecimiento del Gran Jubileo no reviste sólo un perfil cristológico, sino también pneumatológico (cf DeV 50), en cuanto que es propio del Espíritu Santo ser el lugar personal donde se hace posible el encuentro con Cristo. En la experiencia del Espíritu Santo es donde se opera la única mediación de Cristo, por el cual todo hombre puede ser introducido en la intimidad inaccesible del Padre. Se deduce que no es posible desligar la tarea del Hijo de la misión del Espíritu: como Cristo evidencia el papel del Espíritu en la auto-comunicación de Dios y en la respuesta de la fe, así el Espíritu llega a ser protagonista de la preparación y de la venida de la Palabra en la historia. En otros términos, el Espíritu no revela nada de sí de manera autónoma si no es en relación con el Verbo de la vida. Ésta es su acción que “en todo lugar y tiempo, más aún, en cada hombre, se ha desarrollado según el plan eterno de salvación, por el cual está íntimamente unida al misterio de la Encarnación y de la Redención” (DeV 53).

Conocer a Cristo, entonces, en el horizonte del Espíritu, significa fundamentar el saber de la fe en la experiencia y, en el Espíritu, del misterio de la Palabra hecha carne: “Ninguno puede decir “Jesús es Señor” sino bajo la acción del espíritu Santo” (1ª Cor 12, 3).

1. Jesús posee el Espíritu

La novedad que caracteriza la concepción neotestamentaria sobre el Espíritu Santo es la única y original relación entre Cristo y el Espíritu. El Espíritu es Espíritu de Cristo y es presupuesto y medio para conocer a Dios Trinidad. A Él le ha sido confiada la misión de actualizar en el tiempo el designio amoroso de Dios que, a partir de la

creación del universo, especialmente del hombre creado a "imagen y semejanza de Dios" y, "hablando por medio de los profetas", manifiesta progresivamente el Logos de Dios en la historia. Y es el Espíritu quien, en la "plenitud de los tiempos", hace que se realice el vértice de la autocomunicación de Dios, con la humanización del Hijo de Dios en el seno de la Virgen María (cf Lc 1, 35). El inicio biológico de Jesús es debido, por tanto, al Espíritu; por esto en el *Credo* confesamos: "fue concebido por obra del Espíritu Santo". En Jesús, por tanto, se realiza plenamente el designio de Dios, el de unirse al hombre divinizándolo, por lo cual se puede afirmar que Jesús, en la potencia del Espíritu, es la unión perfecta entre Dios y el hombre: "*La obra del Espíritu 'que da la vida' alcanza su culmen en el misterio de la encarnación. No es posible dar la vida, que está en Dios de modo pleno, sino es haciendo de ella la vida de un Hombre, como lo es Cristo en su humanidad personalizada por el Verbo en la unión hipostática. Y, al mismo tiempo, con el misterio de la encarnación se abre de un modo nuevo la fuente de esta vida divina en la historia de la humanidad: el Espíritu Santo. El Verbo, 'primogénito de toda la creación', es 'el primogénito entre muchos hermanos' y así llega a ser también la cabeza del cuerpo que es la Iglesia -que nacerá en la cruz y será revelada el día de Pentecostés- y en la Iglesia, la cabeza de la humanidad: de los hombres de toda nación, raza, región y cultura, lengua y continente, que han sido llamados a la salvación. 'La Palabra se hizo carne; (aquella Palabra en la que) estaba la vida, y la vida era la Luz de los hombres... A todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios'. Pero todo esto se realizó y sigue realizándose incesantemente 'por obra del Espíritu Santo'*" (DeV 52).

El Nuevo Testamento evidencia dos momentos fundamentales en la relación entre Espíritu y Cristo: antes de la Pascua el Espíritu es dado a Jesús; después de la muerte y resurrección es Jesús quien da el Espíritu, inaugurando el tiempo escatológico que caracteriza el peregrinar de la Iglesia

en la historia. Por esto se puede afirmar que Jesucristo, Verbo de Dios encarnado, existe en su concreción histórica por obra del Espíritu Santo. Desde su concepción, Jesús es ungido por el Espíritu. Pero con el Bautismo esta unción se manifiesta en su realidad más verdadera: Jesús es constituido Hijo de Dios por nosotros y por nuestra salvación. Él es el Mesías. Esta investidura y consagración de Jesús por parte del Espíritu es manifestada por San Pedro en su discurso junto a Cornelio: "Vosotros conocéis lo que sucedió en el país de los judíos, cuando Juan predicaba el bautismo, aunque la cosa empezó en Galilea. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo; porque Dios estaba con Él" (Hch 10, 37-38).

Desde ahora en adelante toda acción de Jesús no será otra cosa que una "actualización" de la fuerza del Espíritu que conducirá casi de la mano al Salvador hacia su obra de salvación. Así, el primer acto del Espíritu después del Bautismo, será el de "conducir" a Jesús al desierto para combatir y vencer al diablo (cf Mt 4, 1-11 y paralelos). El Espíritu Santo se manifestará en la vida pública de Jesús como fuerza de liberación de las potencias del mal, como en los milagros; y anuncio y testimonio de la unidad definitiva de la revelación de Jesús (cf Lc 4, 18-21; Jn 3, 34). De modo particular el evangelista Lucas expresará esta relación entre el Espíritu y Jesús en su oración al Padre. El himno de júbilo, como se llama a esta oración de Jesús, está introducida por el Evangelista con las palabras: "En aquel mismo instante Jesús exclamó en el Espíritu Santo" (Lc 10, 21), para testimoniar que, en su relación con el Padre, el Espíritu está siempre presente.

Pero, sobre todo, en el momento de su muerte es cuando el Espíritu está presente. Según la Carta a los Hebreos (9, 14-15) fue el Espíritu Santo el que suscitó el ofrecimiento sacrificial de Cristo en su muerte redentora, por lo cual el alma del verdadero sacrificio consiste en el ofrecimiento que

El hizo de sí mismo. Ahora bien, Cristo “se ofreció a sí mismo” (v.14) a Dios a través del cumplimiento generoso de su voluntad (cf Hb 10, 4-10) y esto sucedió bajo el impulso y con la fuerza del Espíritu Santo que inspiró y sostuvo el sacrificio de Cristo porque Él estaba en el origen de su caridad hacia Dios y hacia los hombres sus hermanos.

La fuerza operante del Espíritu está presente y eficaz también en la resurrección de Jesús. Ciertamente, es el Padre quien resucita a Jesús (cf Rm 8, 11; 1ª Cor 6, 14...), pero esto sucedió según el Espíritu Santo, porque “Murió en la carne, pero volvió a la vida por el Espíritu” (1ª Pd 3, 18), como por otra parte sucederá en nuestra resurrección que es una consecuencia directa de la de Cristo (cf Rm 8, 11). “La *elevación* mesiánica de Cristo por el Espíritu Santo alcanza su cumbre en la resurrección, en la cual se revela también como Hijo de Dios, ‘lleno de poder’” (DeV 24). El mismo Espíritu que hizo nacer a Jesús es el mismo que lo resucita de entre los muertos, lo constituye “último Adán”, hombre definitivo, haciéndolo, a su vez, “espíritu dador de vida” (1ª Cor 15, 45).

2. El crucificado-resucitado da generosamente el Espíritu

Durante su vida terrena Jesús, con ocasión de la festividad de las Tiendas promete que, después de su resurrección, enviará el Espíritu a los creyentes (cf Jn 7, 37-39): “El que tenga sed que venga a mí; el que cree en mí, que beba. Como dice la Escritura: de sus entrañas manarán torrentes de agua viva” (vv. 37-38). Y el Evangelista comenta: “Decía esto refiriéndose al Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en él. Todavía no se había dado el Espíritu, pues Jesús no había sido todavía glorificado” (v. 39). Juan desarrolla aquí la unión entre agua y Espíritu, que se encuentra en el Antiguo Testamento, hasta la *identificación*: el agua viva es símbolo del Espíritu y Jesús, manantial de

agua viva, es la fuente del Espíritu. Para Juan la Palabra permanece ineficaz sin la intervención del Espíritu; por esto es necesario el don del Espíritu, para que la Palabra llegue a ser realmente salvífica. En este sentido afirma que: “*No estaba todavía el Espíritu*, porque Jesús no había sido todavía glorificado” (v. 39b), en el sentido de que no se había realizado todavía su *plena* donación a los creyentes; no se estaba todavía plenamente en el tiempo del Espíritu así como Él será experimentado en la Iglesia después de la Pascua.

La “Hora” de Jesús, el momento supremo establecido por el Padre para la salvación del mundo y que representa asimismo el momento de su glorificación, es el de su muerte-resurrección. En aquella hora, según el Evangelio de Juan, Jesús muriendo “transmitió el Espíritu” (Jn 19, 30), expresión que *históricamente* significa devolver al Padre, mediante la muerte, aquel sopro vital que de Él había recibido, pero que *teológicamente* indica también el don del Espíritu a los creyentes. En el cuarto evangelio, el último sopro vital de Jesús no quiere significar simplemente la muerte biológica, sino el Sopro del Espíritu que da la vida, anima la creación y todo ser viviente, también la Iglesia representada por María y el discípulo predilecto. Aquel Espíritu que Él mismo ha recibido del Padre, Jesús lo da ahora a los creyentes, precisamente en el acto de su muerte redentora, como en el momento, en el que, después de la resurrección, dirigiéndose a los Once alentó sobre ellos y les dijo: “recibid el Espíritu Santo” (Jn 20, 22). Él les da su Espíritu para hacerlos hombres nuevos, capaces de cumplir la misión a ellos confiada, de llevar a los hombres la misma vida que había recibido del Padre (Jn 6, 57) y el mismo amor que el Padre tiene por Él. Todo acontece de manera sobreabundante en el día de Pentecostés, como atestigua San Pedro en su primer discurso: “Pues bien, Dios resucitó a este Jesús y todos nosotros somos testigos. Ahora, exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo que estaba prometido y lo ha derramado. Esto es lo que estáis viendo y oyendo” (Hch 22, 32-33).

El Crucificado-Resucitado, gracias a su existencia en el Espíritu, puede actuar en los suyos, y los discípulos, en Cristo, pueden experimentar en su vida la potencia del Paráclito. No es nada extraño que Juan llame, al Espíritu Santo, Paráclito. Como atestiguan algunos textos rabínicos, el término indica “intercesor”, un “defensor” de los hombres ante el tribunal de Dios. Para Juan este deber es propio del Espíritu que, en el conflicto entre la Iglesia y el mundo, convencerá (cf Jn 16, 8) a este último de su culpabilidad e incapacidad para creer en Dios, continuando a hacer presente y actual a Cristo y el ofrecimiento de comunión con el Padre.

La enseñanza del Espíritu, que envuelve toda la vida terrena de Jesús, y la del Jesús glorificado que envía a los creyentes su Espíritu, llega a ser en los primeros siglos objeto de predicación y de catequesis. San Basilio, después de haber recordado que en la historia de la salvación “todo se ha realizado mediante el Espíritu”, fijándose particularmente en Jesús, afirma: “Desde el principio él estuvo con la misma carne del Señor, haciéndose crisma inseparable... Continuamente toda acción de Cristo se viene cumpliendo bajo la asistencia del Espíritu. Estaba presente cuando Cristo fue sometido a la tentación del demonio... Le estaba todavía presente inseparablemente mientras realizaba los milagros... Después de la resurrección de los muertos no lo abandonó nunca y, para renovar al hombre y devolverle la gracia del soplo de Dios, que había perdido, soplando sobre el rostro de los discípulos, ¿qué les dice?: “Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos” (Jn 20, 22-23). (*El Espíritu Santo*, XVI, 39). Y San Gregorio Nacianceno, aún más sintéticamente afirma: “Cristo nace y el Espíritu lo precede; es bautizado y el Espíritu lo testifica; es sometido a la prueba y él lo conduce a Galilea; realiza milagros y lo acompaña; sube al cielo y el Espíritu le sucede” (*Discursos*, XXXI, 29).

Brevemente, la finalidad última de la encarnación, además de la glorificación del Padre, consiste en comunicar el Espíritu a los hombres: "Cristo nos ha rescatado de la maldición... para que en él nosotros recibiéramos la promesa del Espíritu mediante la fe" (cf Gal 3, 13-14). De esto se hace eco San Atanasio (376) que testifica de modo lapidario "El Verbo ha asumido la carne para que nosotros pudiéramos recibir el Espíritu Santo; Dios se ha hecho portador de la carne para que el hombre pueda ser portador del Espíritu" (*Discurso sobre la encarnación del Verbo*, 8). Así mismo, también Simeón el Nuevo Teólogo dice: "Ésta era la finalidad y destino de toda la obra de nuestra salvación, realizada por Cristo: que los creyentes recibieran al Espíritu Santo" (*Catequesis*, VI). Y otro místico tardío bizantino, Nicolás Cabasilas (ca. 1397/1398), se pregunta: "¿Cuál es la finalidad de los sufrimientos de Cristo, de sus enseñanzas y de sus acciones? Si se lo considera en relación a nosotros, no es otra cosa que la venida del Espíritu Santo sobre la Iglesia" (*Explicaciones de la divina liturgia*, 37). He aquí por qué Cristo puede ser llamado por los Padres el gran *Precursor del Espíritu Santo*. Por lo demás, el mismo Jesús había dicho a sus discípulos: "Os conviene que yo me vaya. Porque, si no me fuere, el Abogado no vendrá a vosotros; pero si me fuere, os lo enviaré" (Jn 16, 7). Por eso la Ascensión de Cristo se puede considerar como la *epiclesis* (= "invocación", o sea, intercesión al Padre para que envíe al Espíritu) por excelencia: en respuesta a la invocación del Hijo, el Padre envía al Espíritu en Pentecostés y continúa enviándolo para constituir el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia. "Puesto que el Espíritu Santo es la Unción de Cristo, es Cristo, cabeza del Cuerpo, quien lo distribuye entre sus miembros para nutrirlos, curarlos, organizarlos en sus funciones mutuas, vivificarlos, enviarlos a dar testimonio, asociarlos a su ofrenda al Padre y a su intercesión por el mundo entero. Por medio de los sacramentos de la Iglesia, Cristo comunica su Espíritu Santo y Santificador a los miembros de su Cuerpo" (CEC 739).

3. Conclusión

Una realidad que no se debería olvidar nunca en esta celebración de los 2000 años de la redención cristiana es, que “la Redención es realizada totalmente por el Hijo, el Ungido, que ha venido y actuado con el poder del Espíritu Santo, ofreciéndose finalmente en sacrificio supremo sobre el madero de la cruz. Y esta Redención, al mismo tiempo, es realizada constantemente en los corazones y en las conciencias humanas -en la historia del mundo- por el Espíritu Santo, que es el “otro Paráclito” (DeV 24).

Puesto que en el Gran Jubileo se hace memoria de todo el misterio de Cristo, es necesario que se recupere plenamente también, y sobre todo, el sentido de la *resurrección*. El Espíritu Santo hace presente *hoy* a Cristo resucitado y comunica la *vida en Cristo resucitado*. Ciertamente el Espíritu revela la “locura de la cruz” (cf 1ª Cor 2, 6-16), pero ésta no es fin en sí misma porque revela el inmenso amor de Dios y el significado del Evangelio como anuncio de la salvación realizada por Cristo Crucificado. Se trata, en otras palabras, de acoger el corazón del Evangelio, es decir la otra lógica de Dios, que es opuesta a la de los hombres. Es la lógica evangélica, según la cual, la vida nace de la muerte, se reina sirviendo, se llega a ser libres y felices en la medida en que somos capaces de donarnos a los otros sin cálculo y sin medida, según el testimonio ofrecido por Cristo. La resurrección indica que la esperanza cristiana no se fundamenta en cualquier futuro, sino sobre la fidelidad de Dios, caracterizada por el Amor definitivo. Creyendo que el amor no tendrá nunca fin (cf 1ª Cor 13,8), el cristiano hace experiencia de una historia abierta a la nueva alianza, porque está encaminada hacia aquella libertad de la muerte y del pecado que aprisiona las esperanzas del hombre. El nuevo ser en Cristo se expresa en la justicia, en la paz, en la vida, ante lo cual la muerte no tiene poder alguno, porque el Espíritu de Cristo ha entrado definitivamente en el corazón de la historia.

De la misma manera que el Espíritu penetra totalmente la existencia terrena y escatológica de Cristo, así obra en relación al creyente, el cual es "cristiano" en cuanto que participa de la "Unción" de Jesús, es decir, del Espíritu Santo. El hombre creyente y bautizado está lleno del Espíritu Santo que lo transfigura en Cristo; por tanto, su vida en Cristo es posible sólo porque y en cuanto es vida en el Espíritu: "La comunión con Cristo es el Espíritu Santo", afirma San Ireneo (*Contra las herejías*, III, 24). He aquí la necesidad de "vivir en el Espíritu", para poder llegar a ser cristiformes, porque sólo el Espíritu viviente en el corazón del hombre puede, a su vez, revelar a Cristo a través de Él. Se puede decir, por tanto, que el hombre viene a ser testimonio de Cristo, en cuanto que está "invadido por el Espíritu" y, por tanto, su portador. Se puede llegar a ser imagen de Dios en Cristo sólo en el Espíritu: como Cristo es la imagen del Padre así el Espíritu es la imagen del Hijo, por tanto teniéndole a Él se tiene también al Hijo. "La comunicación del Espíritu Santo, afirma Cirilo de Alejandría, da al hombre la gracia de ser modelados según la plenitud de la imagen de la naturaleza divina", y "Aquél que recibe la imagen del Hijo, es decir, el Espíritu, posee por ello mismo en toda su plenitud al Hijo y al Padre que están en él" (*Tesoro sobre la Trinidad*, 13).

EL ESPÍRITU SANTO Y LA IGLESIA

“**D**onde está la Iglesia allí está el Espíritu de Dios; y donde está el Espíritu de Dios allí está también la Iglesia y toda gracia”, afirma San Ireneo y explica el motivo: “A la Iglesia, de hecho, le ha sido confiado el Don de Dios, como soplo a la criatura formada, a fin de que todos los miembros, participando en él, sean vivificados; y en ella ha sido depositada la comunión con Cristo, es decir, el Espíritu Santo, prenda de incorruptibilidad, confirmación de nuestra fe y escalera de nuestra subida a Dios” (*Contra las herejías*, III, 24,1).

La relación entre el Espíritu y la Iglesia, como la del Espíritu y Cristo, no es de tipo externo o de sola “asistencia” de la Iglesia, sino una relación esencial tal que *constituye* a la Iglesia. “La Iglesia -afirma San Ambrosio- ha sido construida por el Espíritu Santo” (*El Espíritu Santo*, II, 110). Ella, en cuanto Cuerpo de Cristo, es decir, los muchos que llegan a ser *un solo* cuerpo, es obra del Espíritu Santo: es, en efecto, el misterio de la unidad entre el “uno” (Cristo) y los “muchos” (los creyentes, sus miembros), y esta unidad es la Iglesia; así, pues, la obra del Espíritu es edificar la Iglesia en la *unidad*. La Iglesia es *misterio de comunión* en la fuerza del *Espíritu de comunión*. Para el Espíritu constituir la Iglesia no es un hecho estático sino dinámico, que envuelve personalmente a cada miembro de la Iglesia, la cual se renueva continuamente a través de la palabra, los sacramentos, los carismas y los ministerios, y sobre todo a través de la caridad.

Para meditar en el misterio de la Iglesia, a partir de su profunda realidad pneumatológica, es oportuno examinar las llamadas *notas o atributos de la Iglesia* profesados en el *Credo*: “Creo en la Iglesia *una, santa, católica y apostólica*” Es

ciertamente el Dios Uno y Trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo, quien funda y hace verdaderas las notas de la Iglesia, y cada Persona divina se relaciona con cada uno de estos atributos. Aquí es considerada en particular la acción del Espíritu en la Iglesia.

1. La Iglesia es una en virtud del Espíritu

“Hemos sido bautizados en un solo Espíritu para ser un solo cuerpo”, escribe San Pablo (1ª Cor 12, 13; Ef 4, 4), y el Concilio Vaticano II afirma: “El Espíritu Santo, que habita en los creyentes y llena y gobierna toda la Iglesia, realiza esa admirable unión de los fieles y, tan estrechamente une a todos en Cristo, que es el Principio de la unidad de la Iglesia” (UR 2).

Como anteriormente ya se ha acentuado, la Iglesia en su esencia es *misterio de comunión*, porque es sacramento e icono de la Trinidad y, según la conocida definición de San Cipriano, ella es “un pueblo reunido por la *unidad* del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (La plegaria del Señor, 23; cf LG 4). En torno al año 200, Tertuliano, escritor eclesiástico norteafricano, escribía: “Donde están los Tres, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, allí se encuentra a la Iglesia, la cual es el cuerpo de los Tres” (*El bautismo*, 6). Ahora bien, como en la íntima y eterna existencia de la Trinidad, el Espíritu es el vínculo de la unidad y de la comunión entre el Padre y el Hijo, así en la Iglesia Él constituye el don inefable del Padre que une a todos los bautizados en un solo cuerpo, el Cuerpo de Cristo. “Porque todos hemos recibido -afirma San Cirilo de Alejandría- el mismo y único espíritu, es decir, el Espíritu Santo, nosotros estamos todos mezclados, por así decir, los unos con los otros y con Dios. En efecto, aunque seamos múltiples y separados y, aunque en cada uno de nosotros Cristo hace habitar al Espíritu del Padre y suyo propio, este Espíritu es uno e indivisible. Así Él, por sí mismo, reduce a la unidad a los espíritus de cada persona y les hace aparecer a todos como una sola cosa en Él. Como la potencia de la

santa humanidad de Cristo hace corpóreos a aquellos en los cuales se encuentra, del mismo modo el único e indivisible Espíritu de Dios, que habita en todos, conduce a todos a la unidad espiritual" (*Comentario al Evangelio de Juan*, XII, 11). Uno de los *troparios* de la liturgia bizantina de Pentecostés canta: El Espíritu Santo es aquel que "tiene junta la entera institución de la Iglesia".

El Espíritu es, por tanto, principio de comunión porque el *Agape* (Amor) une por su naturaleza: "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado" (Rm 5, 5); cf CEC 737). Él es principio de unidad y de comunión porque la unidad de la Iglesia es gracia y don de Dios y esta gracia viene dada al hombre continuamente, de la misma forma que le es dada la vida y la existencia. La unidad de la Iglesia es, por tanto, una gracia eminente que Dios hace al hombre porque es ofrecimiento de comunión con Él y con los hermanos, es participación en la vida de Dios que se actúa con la incorporación a Cristo: llegando a ser *una sola cosa con Cristo* se constituye la Iglesia, realización del designio eterno de Dios. Jesús se ha encarnado, ha muerto y resucitado para que se realice esta unidad, para llevar a los hombres, lacerados por el pecado, a la unidad con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo (cf Ef 2, 11.22). Jesús ha orado por esta unidad en la hora de su pasión "que todos sean uno" como Él y el Padre constituyen una sola cosa (cf Jn 17, 11.21). Ahora bien, si en el orden de la salvación ninguna gracia es dada al hombre si no es en el Espíritu, mucho más por la Gracia por excelencia que es la de la unión entre Cristo Cabeza y sus miembros, es decir, el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia: "los fieles son uno porque, en el Espíritu, están en la comunión del Hijo y, en Él, en su comunión con el Padre... Así pues, para la Iglesia católica, la comunión de los cristianos no es más que la manifestación en ellos de la gracia por medio de la cual Dios nos hace partícipes de su propia comunión, que es su vida eterna" (UUS 9).

Aquel que realiza la unidad en la comunión es el Espíritu, no sólo en cada uno de los fieles en relación a todos, sino también en *cada una de las iglesias* en relación a la única Iglesia. En esto aparece importante el carácter colegial de la Iglesia (cf CEC 879), nacida de la experiencia fundante de los Doce, que Cristo instituyó “a modo de colegio, es decir, de grupo estable, al frente del cual puso a Pedro, elegido de entre los mismos” (LG 19). En la comunión con el Papa, obispo de Roma y sucesor de Pedro, y con el colegio episcopal, expresión de la unidad y diversidad de la Iglesia, es donde cada iglesia local, “porción del Pueblo de Dios”, encuentra su identidad constitutiva; así como es gracia en la Eucaristía, que cada iglesia local sea plenamente Iglesia e Iglesia una, Iglesia en comunión con las otras que profesan la misma Eucaristía.

El Espíritu está también actuando para realizar la perfecta unidad en la Iglesia. Afirma el Concilio Vaticano II que, entre las varias iglesias y comunidades cristianas no católicas y la misma Iglesia católica, existe “una cierta y verdadera unión en el Espíritu Santo, ya que Él ejerce en ellos su virtud santificadora con los dones y gracias y a algunos de entre ellos los fortaleció hasta la efusión de la sangre. De esta forma, el Espíritu suscita en todos los discípulos de Cristo el deseo y la actividad para que todos estén pacíficamente unidos, del modo determinado por Cristo, en una grey y bajo un único Pastor” (LG 15)

Así el Espíritu Santo no sólo realiza la unidad de la Iglesia, sino también su *diversidad*, concediendo variedad de *carismas* y dones a cada uno de los fieles y a las iglesias particulares (cf LG 13), sin dañar por esto la unidad (cf 1ª Cor, 12, 4-11), sino enriqueciéndola, porque por encima de todos los carismas está la *Caridad* (1ª Cor 13, 13). “¡Qué estupendo misterio! - exclama Clemente Alejandrino (ca. 220)-. Existe un solo Padre del universo, un solo Logos del universo y también un solo Espíritu Santo, en todo idéntico; también una sola virgen, y yo amo llamarla Iglesia” (*El Pedagogo*, I, 6).

2. La Iglesia es santa en virtud del Espíritu santificador

La expresión de San Basilio "No existe santidad sin el Espíritu Santo" (*El Espíritu Santo*, XVI, 38), se aplica antes de todo a la Iglesia en cuanto tal y, a partir de ella, a todos sus miembros.

La unidad en la comunión trinitaria constituye la *santidad* de la Iglesia, la cual es "santa" porque *participa* de la naturaleza trinitaria del "totalmente otro", del Dios "tres veces santo" y, más especialmente, de la santidad del Espíritu, llamado "Santo" porque es considerado la misma habitación de Dios. A este respecto, hay que precisar que, no se trata sobre todo de una santidad *moral*, sino de una santidad que hace relación al ser: Santo es verdaderamente el Espíritu Santo -afirma San Gregorio Nacianceno- porque nada es santo en este grado y de esta manera: no es la santidad adquirida, sino la santidad en persona" (*Discursos*, XXV, 16). Él en efecto, es la "comunión" entre el Padre y el Hijo, entre Cristo y los hombres -unidad que constituye la Iglesia- y, entre la Iglesia y el Padre, así "en el único Espíritu por medio de Cristo tenemos acceso al Padre" (Ef 2, 18). En un último análisis, podemos afirmar que en la economía de la salvación, la naturaleza santa de Dios es comunicada a los hombres por el Espíritu Santo; esto es precisamente, lo que constituye la santidad de la Iglesia: "la unión de Dios con los hombres se cumple por obra del Espíritu Santo", afirma San Juan Damasceno (*Discurso sobre el nacimiento de la Madre de Dios*, 3). Como el Espíritu, dice Cirilo de Alejandría ha santificado la humanidad de Cristo, así continúa santificando a su cuerpo místico, es decir, la Iglesia (*Comentario al Evangelio de Juan*, XI, 11). En efecto, afirma el mismo Doctor, el Espíritu siendo "santo por naturaleza, a Él le pertenece santificar" (*La Trinidad*, VI).

Resultan particularmente sugestivas, a este propósito, algunas imágenes que la revelación bíblica y la tradición cristiana han asumido para indicar la santidad de la Iglesia realizada por el Espíritu.

El Nuevo testamento expresa la santidad de la Iglesia, afirmando que es templo santo de Dios (cf 1ª Cor 3, 16 ss; Ef 2, 21), y los fieles son "edificio espiritual, sacerdocio santo, nación santa" (1ª Pd 2, 5). La *Iglesia es templo*, asamblea de los fieles, pueblo santo reunido y santificado por el Espíritu. Escribe Santo Tomás: "La Iglesia de Cristo es santa. El templo de Dios es santo y este templo sois vosotros (1ª Cor 3, 17). De aquí la expresión "*sanctam ecclesiam*" (Comentario al "*Credo*", art. IX). Ella es el templo santo de Dios en el cual, por virtud del agua viva que es el Espíritu Santo, la fe es celebrada en el Bautismo y en la Eucaristía. El templo y la casa aluden, por tanto, a la idea de habitación, y el Nuevo Testamento, hablando de la inhabitación de los Tres en el alma, no se refiere sólo al Padre y al Hijo sino expresamente al Espíritu (cf Jn 14, 15-17; 1ª Cor 3, 16-17 = ¿"No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?"; 1ª Jn 4, 12-13). No se trata, ciertamente, de una habitación exterior del Espíritu, sino de una presencia que toca la esencia de la persona y la transforma transfigurándola y "consagrándola". Esta inhabitación del Espíritu en el alma deriva de la realidad original y primaria que es la inhabitación del Espíritu en el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Como el Espíritu, en el Bautismo de Cristo, "santificó" y "consagró" al cuerpo de carne de Cristo, así en Pentecostés santifica y consagra a su Cuerpo "místico" que es la Iglesia.

La santidad ontológica de la Iglesia -comunidad con la Trinidad- se realiza después a través de la comunión de las *cosas santas*, es decir, los Sacramentos, la Palabra y los carismas. Todo esto hace que la Iglesia sea una *comunidad de los santos*, como se recita en el Credo. La Carta a los Efesios

expresa así esta verdad: “Por medio de Él [Cristo] unos a otros, podemos acercarnos al Padre con un mismo Espíritu. Por lo tanto, ya no sois extranjeros ni forasteros, sino que sois ciudadanos del pueblo de Dios y miembros de la familia de Dios... Por Él [Cristo] también vosotros os vais integrando en la construcción, para ser morada de Dios en el Espíritu” (Ef 2, 18-22).

Aquí se ve la acción del Espíritu que ejercita un discernimiento continuo en la “necesidad de purificación” (LG 8) que caracteriza el camino de conversión de la Iglesia. En este sentido, también la santidad moral de innumerables hijos de la Iglesia es debida a la acción directa del Espíritu Santo, como afirman los Padres de la Iglesia: “Desde Pentecostés *la Iglesia está llena de santos*”. “Él es, en efecto, el Santo que santifica, ayuda y amaestra a la Iglesia, el Espíritu Santo Paráclito” (Cirilo de Jerusalén, *Catequesis*, XVI, 14). Él ha descendido del cielo “para defender y santificar a la Iglesia, como guía de las almas y timonel de la humanidad en tempestad, luz que guía a los errantes, árbitro que preside las luchas y coronación de los vencedores”. (*Catequesis*, XVII, 13).

La Iglesia es, además, una *communio sanctorum* (comunidad de los santos), pero ello no significa que esté privada de pecadores. El pecado en la Iglesia consiste, precisamente, en el rechazo a estar *en comunión con el Espíritu*. He aquí por qué para los antiguos monjes el cristiano santo era llamado *pneumatóforo*, es decir, portador del Espíritu; mientras que el hombre que vivía en pecado estaba “privado del Espíritu”. Es deber de la Iglesia, por tanto, conducir progresivamente a sus miembros a vivir la santidad, que consiste en la comunión con el Padre a través del Hijo en el Espíritu Santo. Sólo así, ella podrá ser sacramento e icono de la comunión trinitaria y por ello “signo alzado en medio de las naciones”.

3. La Iglesia es católica en la plenitud del Espíritu

El término “católico” deriva del griego “kathòlon” y significa “universal” en el sentido de “según la totalidad” o “según la integralidad”, para indicar que la catolicidad de la Iglesia expresa, sobre todo, una dimensión de plenitud *cualitativa*, vertical, y sólo en segundo lugar indica también la dimensión de la plenitud *cuantitativa*, horizontal, extensiva. Esta última es una expresión segunda, derivada de la primera. La plenitud de la Iglesia se retrotrae a la plenitud de Cristo, en cuanto que ella es su Cuerpo (cf CEC 830).

En la raíz del significado de catolicidad encontramos, una vez más, al Espíritu Santo. Se lee en el *Catecismo*: “La Iglesia, en este sentido fundamental, era católica el día de Pentecostés y lo será siempre hasta el día de la Parusía” (CEC 830). Esta plenitud-catolicidad de interiorización y penetración, debida a la conjunta y recíproca acción del Espíritu y de Cristo, se extiende a todos los fieles y a cada Iglesia particular (cf LG 23). Tal plenitud, fruto de la Pascua y de Pentecostés, hace que la Iglesia local sea verdadera en la Iglesia universal.

El Espíritu Santo, sin embargo, no asegura sólo la catolicidad interna de la Iglesia sino también aquella entendida extensivamente, reuniendo en un solo cuerpo hombres diversos por sexo, raza, nacionalidad, como expresa un texto muy hermoso de Máximo el Confesor: “Hombres, mujeres, muchachos, profundamente divididos en cuanto a raza, nación, lengua, clase social, trabajo, ciencia, dignidad, bienes... a todos estos, la Iglesia los recrea en el Espíritu. Ella imprime a todos igualmente una forma divina. Todos reciben de ella una única naturaleza imposible de romperla, una naturaleza que no permite que se tenga en cuenta las múltiples y profundas diferencias al respecto. De aquí se

deriva que todos estemos unidos de una manera verdaderamente católica. En la Iglesia, ninguno está separado de la comunidad, todos se afianzan, por así decir, los unos en los otros, por la fuerza indivisible de la fe. Cristo está así, todo en todos, Él que asume todo en Él según su fuerza infinita y comunica a todos su bondad. Él es como el centro en el cual convergen todas las líneas. Sucede así, que las criaturas del Dios único no son ya extrañas y enemigas las unas para las otras por falta de un lugar común donde poder manifestar su amistad y su paz" (*Mistagogia*, I). Así, la Iglesia, gracias al Espíritu Santo, es el lugar donde verdaderamente, la asamblea de los hombres, de todos los hombres, viene a ser una familia, ¡pueblo santo unido en la fe, en el amor y en la paz!

La Iglesia, por tanto, no puede encerrarse en sí misma, separada del mundo, aprisionando al Espíritu en los límites que la señalan: si así fuera se limitaría la acción del Espíritu Santo. Por el contrario, el Espíritu abre a la Iglesia hacia el encuentro con el mundo a través de la *misión*, Él que "es el protagonista de toda la misión de la Iglesia" (RM 21).

4. La Iglesia es apostólica, por el envío perenne del Espíritu

En virtud de la acción del Espíritu Santo, la Iglesia es apostólica, es decir, dimensión histórica de la comunión trinitaria y realidad visible de la comunión con los apóstoles. Creer en *la Iglesia* apostólica, por tanto, significa creer en el Espíritu Santo que hace apostólica a *la Iglesia*. El día de Pentecostés el Espíritu descendió sobre los apóstoles y sobre los que estaban reunidos en torno a ellos: de aquel núcleo primitivo se ha multiplicado la Iglesia hasta hoy.

Esta comunión con los apóstoles implica la fidelidad de la Iglesia a la doctrina revelada por Jesús y transmitida por ellos: "Cuando era ya inminente para Jesús el momento de

dejar este mundo, anunció a los apóstoles 'otro Paráclito'... Poco después del citado anuncio, añade Jesús: 'Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, *os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo he dicho*' (Jn 14, 26). El Espíritu Santo será el Consolador de los apóstoles y de la Iglesia, siempre presente en medio de ellos -aunque invisible- como maestro de la misma Buena Nueva que Cristo anunció. Las palabras 'enseñará' y 'recordará' significan no sólo que el Espíritu, a su manera, seguirá inspirando la predicación del Evangelio de salvación, sino que también ayudará a comprender el justo significado del contenido del mensaje de Cristo, asegurando su continuidad e identidad de comprensión en medio de las condiciones y circunstancias mudables. El Espíritu Santo, pues, hará que en la Iglesia perdure siempre *la misma verdad* que los apóstoles oyeron de su Maestro" (DeV 3; 4).

El papel del Espíritu de asegurar a la Iglesia la permanencia de la verdad tiene, al menos, dos aspectos. Ante todo, en el conducir a la Iglesia a su originaria vocación y fuente: el acontecimiento de la revelación de Cristo, cuyo evangelio constituye la perenne novedad del cristianismo. El hacer memoria de la enseñanza de los apóstoles significa meterse en la escuela de la Tradición que "progresar en la Iglesia con la asistencia del Espíritu Santo" (DV 8). En segunda instancia, en el recordar a la Iglesia su dimensión escatológica. En la fidelidad al kerigma, Ella es inicio del Reino, siempre en camino para realizar la paz, la liberación y la justicia. Pentecostés, pues, perpetúa en los siglos no sólo la presencia de Jesús en medio de los suyos, sino también su enseñanza, lo transmitido por los apóstoles y por sus sucesores, lo creído por el pueblo de Dios. El Espíritu es el que vivifica esta enseñanza, haciendo que no se reduzca a simples y abstractas enunciaciones de verdades, sino que sea "espíritu y vida", revelación de un rostro, el de Cristo, imagen del Padre.

En sentido amplio, *toda la Iglesia es apostólica*. También el simple fiel es apostólico si posee y vive la verdad transmitida de los apóstoles.

Finalmente, la Iglesia es apostólica en fuerza de la *sucesión apostólica*. El día de Pentecostés, los apóstoles se han sentido llenos de fortaleza: “Precisamente esto obró en ellos el Espíritu Santo y lo sigue obrando continuamente en la Iglesia, mediante sus sucesores. Pues la gracia del Espíritu Santo, que los apóstoles dieron a sus colaboradores con la imposición de las manos, sigue siendo transmitida en la ordenación episcopal. Luego los obispos, con el sacramento del Orden, hacen partícipes de este don espiritual a los ministros sagrados y proveen a que, mediante el sacramento de la Confirmación, sean corroborados por él todos los renacidos por el agua y por el Espíritu; así, en cierto modo, se perpetúa en la Iglesia la gracia de Pentecostés” (DeV 25).

De lo dicho, se comprende que la Iglesia “edificada sobre el fundamento de los apóstoles” (Ef 2, 20; cf 1ª Pd 2, 5; Ap 21, 14) es apostólica no sólo por motivo de la *verdad* por ellos transmitida, sino también por el hecho de que el carisma de los apóstoles vive y obra en sus sucesores, los obispos en comunión con el sucesor de Pedro: “en virtud del Espíritu Santo obró también Pedro, puesto como cabeza de los apóstoles y como custodio de las llaves del Reino de los cielos” (Cirilo de Jerusalén, *Catechesis*, XVII, 27).

En esta perspectiva, la acción del Espíritu Santo en la Iglesia no excluye su dimensión institucional, sino que la supone y la corrobora. Los obispos, y el primero entre ellos el obispo de Roma, ejercitan el *carisma* de enseñar, de guiar y de santificar al pueblo de Dios edificando así el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia (cf UUS 88). Ahora bien, como es conocido, cada carisma es dado por el Espíritu en la Iglesia y para la Iglesia: “Uno solo es el Espíritu, que distribuye sus variados dones para el bien de la Iglesia según su riqueza y la diversidad de ministerios (cf 1ª Cor 12, 1.11). Entre estos

dones resalta la gracia de los Apóstoles, a cuya autoridad el mismo Espíritu subordina incluso los carismáticos (cf 1ª Cor 14)” (LG 7). A este fin se pregunta San Basilio: “el ordenamiento de la Iglesia ¿no es claramente y sin duda obra del Espíritu Santo?... Este orden es según la distribución de los dones del Espíritu Santo” (*El Espíritu Santo*, XVI, 39).

Los obispos, por su parte, tienen el carisma de *velar* para que se realice en cada Iglesia la unidad, junto con las otras *notas* o características, ejercitando tal carisma en unión con el obispo de Roma: “La misión del obispo de Roma en el grupo de todos los pastores [los Obispos] consiste precisamente en ‘vigilar’ (*episkopein*) [de aquí se deriva el nombre de *episkopos* = obispo] como un centinela, de modo que, gracias a los pastores, se escuche en todas las Iglesias particulares la verdadera voz de Cristo-Pastor. Así, en cada una de estas iglesias particulares confiadas a ellos se realiza la *Iglesia una, santa, católica y apostólica*” (UUS 94).

Los modos por los cuales el Espíritu Santo concede la apostolicidad a la Iglesia, también a través de los sucesores de los apóstoles, son diversos. Antes que nada porque el carisma de los obispos no es dado por un simple acto jurídico, sino por un *sacramento*, el sacramento de la apostolicidad, es decir, del episcopado: éste es comunicado a los obispos por la imposición de manos y con la invocación del Espíritu Santo (cf LG 21).

En segundo lugar, los obispos y sus presbíteros edifican la Iglesia con la *celebración eucarística*, la cual es “la cumbre y la fuente de la vida de la Iglesia” (SC 10), porque -como se verá enseguida- no se da Eucaristía y, en general acción litúrgica, sin el Espíritu Santo: es Él el que hace que el misterio de Cristo realizado en el pasado se actualice en el presente, para nuestra salvación.

Los obispos nutren a la Iglesia con la Palabra y el *kerigma* (el anuncio de la “Buena Nueva”) de los apóstoles, y esta

fidelidad en el transmitir, madurar, interiorizar y actualizar la tradición apostólica es obra del Espíritu (cf DV 8; LG 25).

5. La Iglesia se difunde evangelizando en el Espíritu

En el recorrido delineado hasta aquí, aparece cómo el Espíritu Santo es el que hace historia la Palabra de Dios en sus varias fases: inspira la Escritura, habla por medio de los profetas, realiza la humanización del Verbo, dado en su plenitud en Cristo, y llena la Iglesia Cuerpo de Cristo. También hoy la Palabra de Dios es dada a los hombres por la Iglesia a través de toda su obra, especialmente con la evangelización, en obediencia al mandato del Señor: “Id y enseñad a todas las gentes” (Mt 28, 19). Sólo así la Iglesia “Una, Santa, Católica y Apostólica” se difunde en medio de las gentes, teniendo siempre como protagonista el Espíritu del Señor, de forma que, para los cristianos de toda época, se pueden aplicar las palabras de la primera carta de Pedro: “Y ahora se os anuncia por medio de predicadores que nos han traído el Evangelio con la fuerza del Espíritu enviado del Cielo” (1ª Pd 1,12).

5.1 La vocación evangelizadora de la Iglesia

En el diseño de la revelación de Dios-Trinidad, la Iglesia es “sacramento, es decir, signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1). En la Iglesia el hombre puede ponerse a la búsqueda y descubrimiento del Dios verdadero, de la misma manera que, a través del proyecto de amor de Dios, puede hacerse conocer por cada hombre. El deber de la Iglesia, pues, es el de hacer resonar la llamada de Dios a cada hombre, el Dios “por nosotros los hombres y por nuestra salvación”. Éste es el sentido de la evangelización; es más “evangelizar es la gracia y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar

y enseñar, ser canal del don de la gracia..." (EN 14). Por otra parte, "En los umbrales del nuevo milenio los cristianos deben ponerse humildemente ante el Señor para interrogarse *sobre las responsabilidades que ellos tienen también en relación a los males de nuestro tiempo*. La época actual junto a muchas luces presenta igualmente no pocas sombras. ¿Cómo callar, por ejemplo, ante la *indiferencia religiosa* que lleva a muchos hombres de hoy a vivir como si Dios no existiera o a conformarse con una religión vaga, incapaz de enfrentarse con el problema de la verdad y con el deber de la coherencia? A esto hay que añadir aún la extendida pérdida del sentido de la trascendente de la existencia humana y el extravío en el campo ético, incluso en los valores fundamentales del respeto a la vida y a la familia. Se impone además a los hijos de la Iglesia una verificación: ¿en qué medida están también ellos afectados por la atmósfera de secularismo y relativismo ético? ¿Y qué parte de responsabilidad deben reconocer también ellos, frente a la desbordante irreligiosidad, por no haber manifestado el genuino rostro de Dios, a causa de los defectos de su vida religiosa, moral y social?" (TMA 36).

5.2 "Él es el protagonista de la misión" (RM 30)

La Iglesia debe, por tanto, evangelizar, y también reevangelizar un mundo, muchas veces, descristianizado y secularizado. "No habrá nunca evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo" afirmaba Pablo VI (EN 75) y Juan Pablo II, siguiendo las enseñanzas de su predecesor, reafirma: "El Espíritu es también para nuestra época *el agente principal de la nueva evangelización*. Será por tanto importante descubrir al Espíritu como Aquel que construye el reino de Dios en el curso de la historia y prepara su plena manifestación en Jesucristo, animando a los hombres en su corazón y haciendo germinar dentro de la vivencia humana las semillas de la salvación definitiva que se dará al final de los tiempos" (TMA 45).

Es cierto que, sin la intervención del Espíritu, toda predicación y toda forma de catequesis de la Iglesia sería ineficaz, porque sólo el Espíritu Santo puede suscitar en el corazón del hombre y en la sociedad la esperanza de la salvación: “Las técnicas de la evangelización son buenas, pero ni las más perfeccionadas podrían reemplazar la acción discreta del Espíritu. La preparación más refinada del evangelizador no consigue absolutamente nada sin Él. Sin Él, la dialéctica más convincente es impotente sobre el espíritu de los hombres. Sin Él, los esquemas más elaborados sobre bases sociológicas o psicológicas se revelan pronto desprovistas de todo valor... Si el Espíritu de Dios ocupa un puesto eminente en la vida de la Iglesia, actúa todavía mucho más en su misión evangelizadora. No es una casualidad que el gran comienzo de la evangelización tuviera lugar en la mañana de Pentecostés, bajo el soplo del Espíritu” (EN 75).

5.3 Jesús y los Apóstoles evangelizan con la fuerza del Espíritu

La misma misión evangelizadora de Jesús es presentada en los Sinópticos, en particular en Lucas, como obra del Espíritu Santo. Después de la tentación en el desierto “Jesús volvió a Galilea con la fuerza del Espíritu Santo... y *enseñaba* en sus sinagogas” (Lc 4, 14-15). También en la larga cita de Isaías 61, 1-2, con la cual Jesús inaugura su predicación en Nazaret, se puede constatar cómo toda su obra evangelizadora está puesta bajo la acción del Espíritu.

El libro de los Hechos 2,1-41, a su vez, pone en evidencia cómo la eficacia de la predicación apostólica se tiene solamente a partir del Espíritu Santo. El texto, que presenta la primera experiencia pentecostal de la Iglesia, señala el itinerario paradigmático de toda aproximación positiva a la fe. Tomando la Palabra, de modo inspirado (v.14), Pedro afirma -citando a Gal 3, 1-5- que el acontecimiento constituye la realización de las promesas del Antiguo Testamento

referentes al don escatológico del Espíritu (vv.15-21), pasa después al anuncio del *kerigma* (vv.22-36) sobre Jesús “Mesías” y “Señor” (v.36) como autor del don del Espíritu (v.33), para cerrar con la llamada a la conversión y al bautismo para obtener el perdón de los pecados y el don del Espíritu (vv.38-40); por fin, subraya la acogida positiva de la Palabra por parte del auditorio (v.41).

5.4 Sólo el apóstol “espiritualizado” puede evangelizar con eficacia

El Espíritu quiere la colaboración del hombre para que pueda “irradiar” el Evangelio a través de los hombres “espirituales”. He aquí por qué la evangelización requiere la disponibilidad a la acción del Espíritu. “Evangelizadora, la Iglesia -afirma Pablo VI- comienza por evangelizarse a sí misma. Comunidad de creyentes, comunidad de esperanza vivida y comunicada, comunidad de amor fraterno, tiene necesidad de escuchar sin cesar lo que debe creer, las razones para esperar, el mandamiento nuevo del amor” (EN 15). Es sugestivo hacer alusión aquí a la imagen del cristal que irradia en su entorno la luz del sol y que San Basilio asume cuando quiere expresar que el alma debe ser “nítida” para poder reflejar la luz del Espíritu y la verdad de la fe: “Es como los cuerpos muy transparentes y nítidos que, al contacto de un rayo, se hacen ellos también muy luminosos y emanan de sí nuevo brillo, así las almas que tienen en sí el Espíritu y que son iluminadas por el Espíritu llegan a ser también ellas santas y reflejan la gracia sobre los otros” (*El Espíritu Santo*, IX, 23). Esto es particularmente necesario porque evangelizar no significa anunciar meras verdades abstractas, sino la Verdad, la Persona de Cristo con la cual el hombre está invitado a ponerse en comunión y que sólo el Espíritu puede permitir que se realice hasta la unión esponsal. El evangelizador está llamado así a colaborar con el Espíritu a fin de que se realice este milagro y, cuanto más dócil sea su colaboración con el Paráclito, tanto más eficaz

será la evangelización. “Los apóstoles -afirma San Juan Crisóstomo- no descendieron de la montaña como Moisés, llevando en sus manos tablas de piedra; ellos salieron del cenáculo llevando el Espíritu Santo en su corazón y ofreciendo por todas partes los tesoros de sabiduría, de gracia y dones espirituales como de una fuente desbordante: se fueron, de hecho, a predicar por todo el mundo, casi como si fueran ellos mismos la ley viviente, como si fuesen libros animados por la gracia del Espíritu Santo” (*Homilías sobre el Evangelio de Mateo*, I).

Por otra parte, la evangelización tiene la finalidad de crear comunidades, donde “el Espíritu mueve al grupo de los creyentes a ‘hacer comunidad’, a ser Iglesia. Tras el primer anuncio de Pedro el día de Pentecostés y las conversiones que se dieron a continuación se forma la primera comunidad (cf Hch 2, 42-47; 4, 32-35). En efecto, uno de los objetivos centrales de la misión es reunir al pueblo en la escucha del Evangelio, en la comunión fraterna, en la oración y en la Eucaristía” (RM 26).

6. Conclusión

A la luz de estas consideraciones, podemos decir que el Gran Jubileo llega a ser una ocasión única para descubrir el misterio de la Iglesia, subrayando a la luz del Espíritu su vocación evangelizadora en el anuncio del Evangelio al mundo. Con ello se pone en evidencia el papel del Espíritu en la edificación de la Iglesia: “Porque el Espíritu Santo es común al Padre y al Hijo y ellos han querido que tengamos comunión entre nosotros y con ellos, es decir, en el Espíritu Santo, que es Dios y don de Dios... En efecto, en Él, el pueblo de Dios se reúne en la unidad... La Iglesia es obra propia del Espíritu Santo y fuera de ella no existe remisión de los pecados” (Agustín, *Discursos*, LXXI). Redescubrir el papel del Espíritu Santo significa, entonces, comprometer a todos los creyentes en el nuevo Pentecostés que el Jubileo puede

representar, sobre todo, en el descubrimiento del verdadero papel de la Iglesia, sacramento de la presencia de Cristo en la historia.

La primera obra del Espíritu, que es Espíritu de "comunión", consiste en hacer cada vez más de la Iglesia un signo del amor trinitario de Dios. Es el Espíritu, el que hace de cada miembro de la Iglesia un ser-en-relación, cuya identidad se expresa en la lógica de la comunión y de la solidaridad. Por esto, si el creyente quiere ser auténtico, no puede no ser Iglesia y no vivir la comunión como estilo de evangelización, haciendo experiencia de unidad, cuyo manantial es el Espíritu. "Creer en Cristo significa querer la unidad; querer la unidad significa querer la Iglesia; querer la Iglesia significa querer la comunión de gracia que corresponde al designio del Padre desde toda la eternidad" (UUS 9).

En esta perspectiva, la misión de la Iglesia en la realidad de hoy es la de ser signo y fermento de universalidad, sobre todo, ante la provocación del pluralismo religioso contemporáneo que, a menudo, parece desenganchar la experiencia religiosa de cualquier mediación histórica y de la relativización de las formulaciones doctrinales. Será necesario, por tanto, redescubrir la raíz de la identidad católica, conscientes de que el Evangelio es para cada hombre, así como la Iglesia es para todos, en virtud del Espíritu, como vínculo de unidad entre Dios y el mundo. Precisamente porque es comunión y unidad en la diversidad, la Iglesia es signo universal de salvación, pueblo mesiánico en el diálogo entre cristianismo y sociedad y entre cristianismo y religiones.

En segundo lugar, en el compromiso incesante de la unidad de los cristianos en la única verdad de Jesucristo, el Papa afirma: "Al alba del nuevo milenio, ¿cómo no pedir al Señor, con impulso renovado y conciencia más madura, la gracia de prepararnos, todos, a este *sacrificio de la unidad*?"

(UUS 102), recomendando además en TMA 47: “La reflexión de los fieles en el segundo año de preparación deberá centrarse con particular *solicitud sobre el valor de la unidad* dentro de la Iglesia, a la que tienden los distintos dones y carismas suscitados en ella por el Espíritu. A este propósito se podrá oportunamente profundizar en la doctrina eclesiológica del Concilio Vaticano II contenida sobre todo en la constitución dogmática *Lumen gentium*. Este importante documento ha subrayado expresamente que la unidad del cuerpo de Cristo *se funda en la acción del Espíritu Santo*, y está garantizada por el ministerio apostólico y sostenida por el amor recíproco (cf 1ª Cor 13, 1-8). Tal profundización catequética de la fe llevará a los miembros del Pueblo de Dios a una conciencia más madura de las propias responsabilidades, como también a un sentido más vivo del valor de la obediencia eclesial”.

El Gran Jubileo, por tanto, debe constituir un momento importante para la plena recuperación de la vocación cristiana a la universalidad y a la unidad en la multiplicidad, en la que la Iglesia sea signo profético de la verdad del amor (cf Ef 4, 15) y en la reconciliación del mundo. Es cuanto sugiere un precioso texto de San Agustín, para quien tener el Espíritu significa estar en la Iglesia y, estar en la Iglesia, significa ser universales, verdaderamente “católicos” no sólo de nombre sino también de hecho:

La Iglesia misma habla las lenguas de todos los pueblos. Primero la Iglesia estaba encerrada en un solo pueblo, donde hablaba la lengua de todos. Hablar la lengua de todos era signo de que en el porvenir, creciendo en medio de las gentes, habría hablado las lenguas de todos. Quien no está en esta Iglesia, no recibe el Espíritu Santo. Quien está separado y desprendido de la unidad de los miembros -cuya unidad habla las lenguas de todos- caiga en la cuenta que no lo tiene [el Espíritu]. Si lo tiene, dé el signo que daba entonces: hable las lenguas de todos. Y ¿tú hablas, quizá, todas las lenguas? (Se me objetará). Ciertamente: porque cada lengua es

mía, es decir, de aquel cuerpo del cual soy miembro. La Iglesia, difundida entre todas las gentes, habla todas las lenguas. La Iglesia es el cuerpo de Cristo. En este cuerpo tú eres miembro: siendo miembro de aquel cuerpo que habla todas las lenguas, también tú, ten la certeza, hablas todas las lenguas. La unidad de los miembros concuerda en la caridad y esta unidad habla como hablaba entonces cada hombre. También nosotros, por tanto, recibimos al Espíritu Santo si amamos a la Iglesia, si amamos compaginados en la caridad, si gozamos en el nombre de la fe católica. Creamos, hermanos, que, por lo que amemos a la Iglesia, tenemos el Espíritu Santo... Tenemos, por tanto, el Espíritu Santo si amamos a la Iglesia; y la amamos si perseveramos en la compañía y en la caridad de ella.

(Discursos sobre el Evangelio de Juan, 32, 7-8)

MARÍA Y EL ESPÍRITU

Meditar sobre el Espíritu Santo con ocasión del Gran Jubileo implica, en consecuencia, mirar a Aquella por medio de la cual el Espíritu ha hecho nacer a Jesús. Así como no se puede concebir a Cristo y a la Iglesia sin la indispensable intervención del Espíritu Santo, así es impensable pensar en María, Madre de Dios, “figura y modelo excelentísimo de la Iglesia” (LG 53), fuera de un contexto de pneumatológico.

La profundización de la acción del Espíritu Santo en la historia de la salvación -afirma Pablo VI- ha llevado a analizar “la relación arcana entre el Espíritu de Dios y la Virgen de Nazaret y su acción sobre la Iglesia” (MC 27). Éste es el motivo que nos lleva a reflexionar sobre algunos aspectos de esta relación entre María y el Espíritu, particularmente inherentes a este tiempo de preparación al Gran Jubileo.

1. **María, dócil morada del Espíritu**

Todo lo que María tiene y ha llegado a ser con su libre asentimiento y colaboración se lo debe a su Hijo Jesús y a la acción del Espíritu Santo. La Virgen es la *Todasanta* porque desde el primer momento de su existencia fue “*sagrario* del Espíritu Santo” (LG 53). En el fondo, “llena de gracia” no significa otra cosa que “llena del Espíritu Santo” porque es siempre Él, el Espíritu, el que pone en comunión con la vida trinitaria toda entera: “El Padre la ha predestinado -escribe Juan Damasceno- la virtud santificante del Espíritu la ha visitado, purificado, hecho santa y por así decir, empapada por Él” (*Homilías sobre la Dormición*, I, 3). Esta transformación de María por parte del Espíritu, era -desde el origen- tan

profunda, que alcanzaba a su mismo ser. Un autor bizantino del siglo XIV, Teófanos de Nicea, escribe: "María desde el origen estaba unida al Espíritu Santo, autor de la vida; todo lo que experimentaba en la existencia lo compartía con Él, porque su participación en el Espíritu era como una participación en el ser" (*Discurso sobre la Madre de Dios*, 30). He aquí la verdadera razón por la cual María fue *toda santa* desde el primer momento de su existencia.

Esta "santidad original" de María, plasmada y hecha ya nueva creatura por el Espíritu (LG 56), no ha sido pasiva porque, desde el primer momento en que tomó conciencia de sí, colaboró de manera única con el Espíritu para acrecentar en sí misma aquella unión intensa y profunda con Dios.

El Espíritu, de la misma manera que conduce a los hijos de Dios (Rm 8, 14) y como "guió" a Jesús en el desierto (Lc 4, 1), así guió a María a lo largo de toda su vida, especialmente en los momentos más sobresalientes de su existencia.

Antes que nada, en el momento de la *anunciación*, cuando sostenida e inspirada por el Espíritu consintió libremente en ser Madre del Verbo, Ella "ha respondido, por tanto, *con todo su 'yo' humano y femenino* y, en esta respuesta de fe, estaban contenidas una cooperación perfecta con la 'gracia de Dios que previene y socorre' y una disponibilidad perfecta a la acción del Espíritu Santo, quien perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones" (RMA 13). Colaboró con el Espíritu con ocasión de la visita a su prima Isabel, cuando inspirada por el Espíritu "profetizó", o verdaderamente pronunció, palabras inspiradas por el "soplo" de Dios, interpretó la historia de la salvación a partir de la "lógica" de Dios y demostró ser la "pobre de Dios" siempre dispuesta a cumplir la voluntad del Señor. El *Cántico del Magnificat* es la expresión inspirada por sus sentimientos

y esto ha sido posible porque ella, como afirma también Lutero, "ha hecho experiencia personal mediante el Espíritu Santo que la ha iluminado e instruido... [Así] ha aprendido del Espíritu Santo la gran ciencia que Dios no quiere manifestar su poder de otro modo más que ensalzando lo que es bajo y abajando lo que es alto..." (WA 7, 546).

El Espíritu no sólo estuvo presente en el nacimiento de Jesús, ayudando a María a creer que "su" Niño era el cumplimiento de las promesas hechas por Dios a los Padres, Aquel que nacía de ella era verdaderamente "santo y llamado Hijo de Dios" (Lc 1, 35), sino que acompañó a María durante todo el crecimiento de Jesús, aún en los momentos más difíciles y más misteriosos, cuando tenía necesidad de "meditar", de interiorizar estos acontecimientos para darse cuenta cada vez con mayor profundidad de su alcance y significado (cf Lc 2, 19; 49-51).

"Estoy convencido -afirma N. Cabasilas- de que no puede existir hombre en grado de sufrir tanto cuanto ha sufrido la Virgen" (*Homilía sobre la Anunciación*, 11). Y María, también al pie de la cruz, ha tenido necesidad de una particular asistencia del Espíritu: no se arredró ante la dureza de la muerte del Hijo, sino que, pronunciando su sí en el Espíritu, vino a ser Madre de aquellos por los cuales Cristo ofrecía su vida.

Después, en el cenáculo, María -como en una gran *epiclesis*- invoca con una súplica al Padre para que infunda su Espíritu: "Por no haber querido Dios manifestar solemnemente el misterio de la salvación humana antes de derramar el Espíritu prometido por Cristo, vemos que los Apóstoles, antes del día de Pentecostés, *perseveraban unánimes en la oración con algunas mujeres, con María, la Madre de Jesús, y con los hermanos de éste* (Hch 1, 14), y que también María imploraba con sus oraciones el don del Espíritu, que en la Anunciación ya la había cubierto a ella con su sombra" (LG 59).

La Virgen, por fin, completamente compenetrada y transformada por el Espíritu y por Él “vivificada”, es “redimida” también de la corrupción corporal y “asunta” al cielo. María, afirma el teólogo bizantino Nicolás Cabasilas, por su excelsa santidad y por la radical transformación realizada por la presencia del Espíritu, ya en su vida tuvo un “cuerpo espiritualizado, es decir, transformado por el Espíritu”. Estaba talmente compenetrada con Aquel “que es Señor y da la vida”, que poseía ya en sí la fuente de la vida inmortal. La Virgen poseía aquella vida “en el Espíritu” ya cuando vivía en esta tierra, pero de forma escondida. Y, cuando se cerró el curso de su vida terrena, la inmortalidad resplandeció en ella como sucedió con Cristo después de su muerte (cf Nicolás Cabasilas, *Homilías sobre la Asunción*, 10.11). La Asunción al cielo de María, por tanto, no fue otra cosa que el efecto pleno de su “espiritualización”.

Es necesario profundizar en algunos puntos de esta relación entre María y el Espíritu porque tienen una relación particular con la “anámnesis” del Gran Jubileo.

2. María, en virtud del Espíritu, llega a ser Madre de Dios

Toda la grandeza de María consiste en el hecho de ser la “Madre de Dios”: este es el punto central de todo lo que la Virgen es en sí misma y en relación con los creyentes. Precisamente, en la maternidad divina es donde el Espíritu está mayormente presente y eficaz en ella, siendo obra del Espíritu Santo. Aquel advenimiento, ocurrido hace 2000 años, y que la Iglesia se apresta a celebrar en el Gran Jubileo, se debe al Espíritu. Por esto es oportuno detenerse a meditar cómo María llega a ser *virginalmente* la Madre de Dios.

El Espíritu Santo, en la presente economía de la salvación, es siempre el *precursor de Cristo*. No puede haber presencia

visible del Verbo sin previo descendimiento y actividad del Espíritu.

El advenimiento más evidente e importante de este proceder de la divina economía es la *Anunciación a la Virgen*. Este hecho salvífico en el cual tiene “comienzo nuestra salvación” representa ya un pentecostés: el Espíritu descendiendo sobre María de manera eficaz para obrar la humanización del Hijo de Dios. A la pregunta de María: “¿cómo puede ser esto?”, o mejor, ¿cómo podrá concebir *virginalmente* un niño?, el ángel responde: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra” (Lc 11, 34-35) Y el *Credo* profesa que Jesús “nace de María Virgen y por obra del Espíritu Santo”. El Espíritu Santo que descende sobre María y la envuelve es “aquel que da la vida”, es Aquel que desde el principio ha manifestado progresivamente en la historia al Verbo de Dios y, ahora, en la plenitud de los tiempos, el Hijo de Dios transmite su poder, se hace hombre en el seno de la Virgen. Afirman los Padres de la Iglesia: “Cuando María dio su respuesta a Dios, entonces recibió el Espíritu que plasmó en ella aquella carne igual a Dios”.

Pero ¿por qué, se nos puede preguntar, este “hacerse carne” del Verbo, o sea, su hacerse hombre, ha acontecido precisamente en el seno de María, la Virgen de Nazaret? Porque jamás, en ningún otro momento de la historia humana, sucedió una tal implicación entre una creatura humana y el Espíritu Santo y, en María, todo ha acontecido sin poner la mínima resistencia. Se lee en la *Lumen Gentium* (n. 56): “Por lo que nada tiene de extraño que entre los Santos Padres prevaleciera la costumbre de llamar a la Madre de Dios totalmente santa e inmune de toda mancha de pecado, como plasmada y hecha una nueva creatura por el Espíritu Santo”. Así el Espíritu, a través de ella y en ella, sin encontrar ninguna resistencia, ha podido hacer plenamente presente al Verbo, lo ha “introducido en la historia”, ha unido lo visible al Invisible y así se ha cumplido el eterno designio

de Dios de “recapitular todas las cosas en Cristo”. Dios Padre, afirma la antigua tradición de la Iglesia, haciendo de María una “portadora del Espíritu” y su receptáculo, hace su seno “fecundo” y, así, “el triunfo inefable de la concepción virginal se cumple” (del *Canon* de Andrés de Creta). Así, María, por motivo de su total “espiritualización”, puede donar a Cristo: la “Llena de gracia”, es decir, llena del Espíritu, en esta su total capacidad de acoger al Espíritu puede comunicar la vida divina en el Espíritu.

Como se puede intuir, la relación de María con el Espíritu Santo posee una intensidad particular tal, que es expresada por la tradición cristiana con el título de “María, esposa del Espíritu Santo”. Esta expresión fue particularmente estimada por San Francisco de Asís, quien oraba así a la Virgen: “Santa María Virgen, no hay ninguna igual a ti, nacida en el mundo, entre las mujeres, hija y esclava del Altísimo Rey, el Padre celeste, Madre del Santísimo Señor nuestro Jesucristo, *esposa del Espíritu Santo*; ruega por nosotros, con San Miguel arcángel y con todas las virtudes del cielo y con todos los santos, ante tu santísimo Hijo querido, nuestro Señor” (*Officium Passionis*). Juan Pablo II, a su vez, en la Encíclica *Redemptoris Mater*, -refiriéndose a María en el Cenáculo en el día de Pentecostés, escribe: “Su camino de fe es, en cierto modo, más largo. El Espíritu Santo ya ha descendido a ella, que se ha convertido en su esposa fiel en la *anunciación*, acogiendo al Verbo de Dios verdadero” (RMa 26).

En este contexto, la expresión “María esposa del Espíritu Santo” no quiere significar otra cosa que esta unión mística, pero fecunda, entre la persona de María y el Espíritu que “da la vida”. Desde aquí se puede comprender también la *virginidad* de María, la cual, antes que una *virtud moral*, es un don de ser en el Espíritu, es el participar en la fecundidad crística del Espíritu. María es *madre*, es decir, “fecunda”, no según una necesidad humana o por una “lógica” biológica, sino porque está rendida de tal modo al Espíritu, que a Él solo corresponde hacer presente y visible al Invisible, “dar

carne al Verbo". María, para engendrar a Jesús, no tiene necesidad de intervención humana, siendo transparencia viviente del Espíritu: la fecundidad de su seno recibe la fuerza y la eficacia de Él y sólo de Él. Aquel que "crea y vivifica el universo", del cual sólo deriva la realidad digna de ser llamada "vida", ha vivificado el seno de María y ha hecho fecunda su virginidad.

Así, para el origen de la vida terrena de Jesús, el Espíritu *ha tenido necesidad* del seno y de la colaboración libre de una Virgen, de otra manera Jesús no hubiera podido ser hermano de los hombres y su Salvador.

Esta cooperación de María con la acción del Espíritu, sin embargo, no se ha limitado solamente a dar cuerpo a la humanidad de Jesús, sino que continúa todavía constituyendo el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

3. María, en el Espíritu, continúa siendo Madre del Cuerpo de Cristo

La Virgen María, también después del nacimiento de Cristo, ha permanecido *en la virtud de la anunciación*, es decir, en la constante venida de lo alto del Espíritu Santo que la constituye continuamente Madre no sólo de Jesús sino también del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

María, dando a luz a Jesús, en cierto sentido ha generado a la humanidad entera. Cristo, en efecto, desde el primer momento de su existencia terrena "recapitula" en sí a toda la humanidad y, de modo particular, a todos los bautizados, los cuales son concebidos en Cristo, nacen con Él, viven, mueren y resucitan con Él y en Él, porque Cristo "reasume" en sí a todos los hombres que fueron, que son y que serán. Cuando la Virgen Santa concibe y da a luz a Jesucristo por virtud del Espíritu, con Él y en Él concibe y genera también a todos aquellos que vendrán, porque Cristo desde el primer

momento está destinado a ser “la cabeza del Cuerpo de la Iglesia” (Col 1, 18), finalidad que será alcanzada plenamente después de la Resurrección y de Pentecostés. Por esto Jesús, desde su nacimiento, “reasume” en sí a la humanidad entera. San Basilio llama a la Navidad de Jesucristo, y no sólo metafóricamente, el “día natalicio de la humanidad” (*Homilía sobre el nacimiento de Cristo*). El mismo concepto es afirmado por Nicolás Cabasilas: “... El nacimiento de la cabeza [que es Cristo] representa también el nacimiento de los bienaventurados miembros, porque los miembros no subsisten sino con el nacer de la cabeza” (*Vida en Cristo*, IV, 4).

María todavía es más Madre de la Iglesia en el Cenáculo y al pie de la Cruz: “En la economía de la gracia, actuada bajo la acción del Espíritu Santo, se da una particular correspondencia entre el momento de la encarnación del Verbo y el del nacimiento de la Iglesia. La persona que une estos dos momentos es María: *María de Nazaret* y *María en el Cenáculo de Jerusalén*. En ambos casos su presencia discreta, pero esencial, indica el camino del ‘nacimiento del Espíritu’. Así la que está presente en el misterio de Cristo como Madre, se hace -por voluntad del Hijo y por obra del Espíritu Santo- presente en el misterio de la Iglesia. También en la Iglesia sigue siendo *una presencia materna*, como indican las palabras pronunciadas en la Cruz: ‘Mujer, ahí tienes a tu Hijo’; ‘Ahí tienes a tu madre’” (RMa 24).

Pero el ser asunta junto al Hijo es lo que la pone en condición de generar “espiritualmente”, es decir, en el Espíritu, a Cristo en sus miembros. En este sentido se puede decir que María es “Madre de la Iglesia”, porque en virtud del Espíritu continúa generando al Cuerpo Místico de Cristo que es la Iglesia y a cada creyente: “Esta maternidad de María en la economía de la gracia perdura sin cesar... hasta la consumación perpetua de todos los elegidos” (LG 62).

En la raíz de la maternidad de María, extendida a todos los hombres, está siempre el Espíritu; todo, en efecto, en el

orden de la gracia, es merecido por Cristo y aplicado por el Espíritu. Pero, en la distribución “horizontal” de la gracia, el Espíritu irradia su fuerza santificadora por medio de las personas “espiritualizadas”, y ninguna más que María -que es la pneumatófora” (portadora del Espíritu) por excelencia- puede contribuir a transformar a los hombres en Cristo, es decir, “cristificarlos”. María tiene, un papel primario en el nacimiento de Jesús y en el nacimiento de su cuerpo eclesial, y esto siempre en virtud del Espíritu, por lo cual participa también en la virtud de intercesión del Espíritu. Así como María está en el Cenáculo, en medio de los apóstoles, “implorando con sus oraciones el don del Espíritu” (LG 59), ahora, en la gloria, ora e intercede por todos, de modo análogo el Espíritu ora e intercede en nosotros (Rm 8, 15-16) y es nuestro *Abogado y Consolador* (Jn 14, 16.26ss). De la misma manera, María “Esposa del Espíritu Santo”, continúa intercediendo para que el Padre envíe perennemente sobre la Iglesia el Espíritu, que transforme a los hombres en su Hijo Jesús. Con el Espíritu, Ella dice: “Ven, Señor”, esperando hasta que el último de sus hijos alcance la casa del Padre.

4. Conclusión

Juan Pablo II recomienda: “María, que concibió al Verbo encarnado por obra del Espíritu Santo y se dejó guiar después en toda su existencia por su acción interior, será contemplada e imitada a lo largo de este año sobre todo como mujer dócil a la voz del Espíritu, mujer del silencio y de la escucha, mujer de esperanza, que supo acoger como Abrahán la voluntad de Dios “esperando contra toda esperanza” (Rm 4, 18). Ella ha llevado a su plena expresión el anhelo de los pobres de Yahvé, y resplandece como modelo para quienes se fían con todo el corazón de las promesas de Dios” (TMA 48).

El Espíritu, que ha hecho de María una obra de arte incomparable, al mismo tiempo enseña y educa con-

tinuamente a la Iglesia a venerar a la Virgen (cf LG 53). Esto debe llevar a una catequesis y a una piedad mariana que no peque ni por defecto ni por exceso. María posee un puesto indispensable en la economía de la salvación: ella ha hecho que “Cristo sea nuestro hermano” (San Francisco), pero sin la extraordinaria acción del Espíritu habría quedado como una mujer anónima de Palestina. Por otra parte, su libre y amorosa colaboración con el Espíritu hace de ella el modelo de toda relación con el Espíritu Santo santificador.

María permanece para siempre el prototipo y el modelo de la Iglesia en lo referente a su *maternidad*. María fue fecunda sólo por la fuerza del Espíritu: si la Iglesia quiere ser fecunda no sólo desde el punto de vista sacramental sino también existencialmente en la santidad cotidiana, debe renovarse continuamente en el Espíritu. Como el Espíritu ha fecundado misteriosamente a la Virgen y ha generado a Cristo, así fecunda continuamente a su esposa, la Iglesia. Y si María colaboró con el Espíritu para que se realizara aquella generación, también la Iglesia debe disponerse dócilmente a Él para ser “madre de los santos y de los mártires”.

Esto vale para la Iglesia en su conjunto y también para cada cristiano: para que Jesús pueda nacer en cada alma y continuar así el misterio de la *Theotokos* (Madre de Dios), es necesario que el Creador se ponga en el mismo corazón de la creatura y que el Espíritu divino la cubra con su sombra. Escribe Gregorio de Nisa: “Lo que ha sido realizado corporalmente en María, la plenitud de la divinidad que brilla en la Virgen a través de Cristo, de manera análoga se realiza (a través del Espíritu) en todas las almas purificadas. El Señor no viene ya corporalmente, porque “nosotros no conocemos al Señor según la carne” pero Él habita espiritualmente y el Padre, como afirma el Evangelio, hace con Él su morada en nosotros. Así el Niño Jesús nace todavía en cada uno de nosotros” (*La virginidad*, II). Y en otra parte el mismo autor afirma: “A fin de que las disposiciones del Evangelio y la actividad del Espíritu Santo se desarrolle en

nosotros, es necesario que Cristo nazca en nosotros" (*Contra Eunomio*, III). Hacer nacer a Cristo en sí, como María, sería el modo mejor de celebrar el Gran Jubileo, la gran memoria de estos 2000 años desde el nacimiento de Cristo de María Virgen por obra del Espíritu Santo.

Será conveniente retomar aquí el texto de una preciosa oración escrita por San Ildefonso de Toledo que se refiere, precisamente, al nacimiento de Cristo en el alma a través del Espíritu:

Tè pido, Tè pido, oh Virgen Santa, que yo obtenga a Jesús de aquel Espíritu de quien tú misma lo has engendrado. Recíba mi alma a Jesús por obra de Aquel Espíritu, por el Cual tu carne ha concebido al mismo Jesús... Que yo ame a Jesús con Aquel mismo Espíritu en el Cual tú lo adoras como Señor y lo contemplas como Hijo

(La virginidad perpetua de María, 12)

EL ESPÍRITU SANTO EN LA LITURGIA

La obra de la salvación humana se ha realizado por obra de Jesucristo: es Él quien se encarnó, nació, vivió, murió y resucitó por cada hombre. Pero todo esto se ha cumplido con la fuerza del Espíritu Santo.

Y porque las acciones salvíficas de Cristo se han cumplido hace veinte siglos, "tarea" del Espíritu es hacer visiblemente presente a Cristo resucitado "a través de los signos" para que los hombres se hagan "contemporáneos" de sus acciones salvíficas: nacimiento, vida, enseñanzas, milagros y, sobre todo, su muerte y resurrección. Pues bien, las acciones capaces de actualizar los "misterios" (acciones salvíficas) de Cristo en el "hoy" de la Iglesia se llama *sagrada liturgia*. En ella, que "es la recapitulación de toda la economía de la salvación", como afirma Teodoro Studita (826) (cf *Antirrético*, I, 10), la acción del Espíritu es más evidente que nunca, y aún más, en ella se encuentra la confirmación de cuanto se está diciendo. Efectivamente, en la liturgia es toda la Santa Trinidad la que actúa: el Hijo encarnado es el centro viviente, el Padre es el origen primero y el fin último y el Espíritu Santo es el que hace presente a Cristo en el hoy de la Iglesia.

"En la Liturgia, el Espíritu Santo es el pedagogo de la fe del Pueblo de Dios, el artífice de las "obras maestras de Dios" que son los sacramentos de la Nueva Alianza. El deseo y la obra del Espíritu en el corazón de la Iglesia es que vivamos de la vida de Cristo resucitado. Cuando encuentra en nosotros la respuesta de fe que Él ha suscitado, entonces se realiza una verdadera cooperación. Por ella, la Liturgia viene a ser la obra común del Espíritu Santo y de la Iglesia. En esta dispensación sacramental del misterio de Cristo, el Espíritu Santo actúa de la misma manera que en los otros tiempos de la economía de la salvación: prepara a la Iglesia para el encuentro con su Señor, recuerda y manifiesta a Cristo

a la fe de la asamblea; hace presente y actualiza el misterio de Cristo por su poder transformador; finalmente, el Espíritu de comunión une la Iglesia a la vida y a la misión de Cristo" (CEC 1091-1092). Será útil reflexionar más detalladamente sobre esta acción del Espíritu Santo en la Liturgia.

1. El Espíritu Santo, alma de la Liturgia

1.1 La Liturgia perpetúa Pentecostés

La Liturgia es llamada "el sacramento del Espíritu" porque, como en el día de Pentecostés, llena de sí todas las acciones litúrgicas. Precisamente, por esta previa presencia del Espíritu, la Liturgia viene a ser el lugar donde es ofrecido Cristo. Todos los misterios de la vida de Cristo y especialmente su Misterio Pascual -pero se puede decir toda la historia, desde la creación hasta la segunda venida de Cristo- llegan a ser para el creyente, actuales y eficaces en la liturgia. El Espíritu Santo operante en el "tiempo de la Iglesia" (llamado también "tiempo del Espíritu") es el que hace a Cristo nuevamente vivo en medio de los suyos. Por la fuerza vivificante del Espíritu, la memoria de la Pasión y de la Pascua de Cristo no representan simplemente un recuerdo piadoso y una inmersión en el pasado: la realidad del pasado y la anticipación del futuro llegan a ser "anámnesis", "memorial", es decir, representación viva y real, vivida en el presente de la historia. El creyente "hoy", por el Espíritu, está proyectado hacia el punto de encuentro del tiempo con la eternidad y llega a ser contemporáneo de los misterios de la salvación.

Con la llamada *epiclesis*, la Iglesia invoca la presencia del Espíritu en la liturgia para que se ritualicen los misterios de la salvación. Esto se realiza durante la acción litúrgica cuando el sacerdote, a través de esta súplica (*epiclesis*), invoca al Padre para que envíe su Espíritu y haga presente,

en los signos y en las palabras, a Cristo y sus acciones salvíficas (los sacramentos), para la gloria de Dios y la santificación de los hombres. “Presta atención -afirma San Ambrosio -que es Dios quien da el Espíritu Santo. No se trata de una obra humana: el Espíritu no viene dado por un hombre, sino que es invocado por el sacerdote y transmitido por Dios, y en eso consiste el don de Dios y el ministerio del sacerdote” (*El Espíritu Santo*, I, 90). Cristo, después de su paso al Padre, retorna y está *presente en el Espíritu*, por el cual la presencia de Cristo en la liturgia está ligada a la potencia de la *epiclesis*, siempre escuchada por el Padre. Esto sucede de modo particular en la Eucaristía; pero toda la liturgia y los mismos sacramentos existen y actúan sólo bajo el signo y la eficacia de la *epiclesis* que hace de la liturgia un Pentecostés perenne.

1.2 El Espíritu, en la liturgia, hace presente el pasado

“La liturgia cristiana no sólo recuerda los acontecimientos que nos salvaron, sino que los actualiza, los hace presentes. El Misterio pascual de Cristo se celebra, no se repite; son las celebraciones las que se repiten; en cada una de ellas tiene lugar la efusión del Espíritu Santo que actualiza el único misterio” (CEC 1104). He aquí por qué, en las fiestas de Navidad, se puede cantar en verdad y no ficticiamente: “Hoy Cristo ha nacido”, porque, como dice San León Magno (461), “Todo lo que era visible en Cristo ha pasado a los sacramentos de la Iglesia [en la liturgia]” (*Sermones*, LXXIV, 2). Ahora bien, en el lenguaje teológico, celebrar el pasado haciéndolo presente a través de la acción del Espíritu, es llamado *anámnesis*, que significa “recuerdo”. Sólo que el Espíritu en la liturgia no se limita a “recordar” con la Palabra a la asamblea lo que Cristo ha hecho por el pueblo, sino que lo hace actualmente presente en la celebración.

1.3 El Espíritu, en la liturgia, hace pregonar el futuro

Los hermanos ortodoxos definen la liturgia como el “cielo en la tierra”. Ella, efectivamente, no es otra cosa que un “icono” de la liturgia celestial celebrada por el Sumo y Eterno Sacerdote, Cristo el Señor (cf Carta a los Hebreos). La *anámnesis*, por tanto, no es sólo celebración-recuerdo de las realidades pasadas, sino también de los acontecimientos futuros, es decir, del Reino de Dios que viene: “El poder transformador del Espíritu Santo en la liturgia apresura la venida del Reino y la consumación del misterio de la salvación. En la espera y en la esperanza nos hace realmente anticipar la comunión plena con la Trinidad Santa” (CEC 1107). Por esto, la liturgia es signo prefigurado que indica, en el futuro del Reino de Dios, el término último de la salvación.

1.4 El Espíritu, en la liturgia, reúne a los fieles en la unidad

La liturgia, especialmente la Eucaristía, es la *sinaxis*, es decir, la asamblea de los fieles, los cuales, antes dispersos y desunidos, se reúnen como los apóstoles en Pentecostés “todos juntos en un mismo lugar” (Hch 2, 1). El “reunir juntos en la unidad”, es decir, en la *Iglesia* (asamblea, pueblo reunido), es obra del Padre y se realiza haciéndose Cuerpo de Cristo, pero es el Espíritu el que amalgama en unidad el pueblo disperso porque, comunicándose personalmente a cada uno, transforma a muchos en Cuerpo vivo de Cristo. Él es, así, el creador del Pueblo de Dios, el Pueblo del nuevo y perpetuo culto al Padre, Templo vivo y lugar por excelencia de la glorificación de la Trinidad: “Nosotros rendimos culto movidos por el Espíritu de Dios”, afirma San Pablo (Fil 3, 3). “La finalidad de la misión del Espíritu Santo en toda acción litúrgica es poner en comunión con Cristo para formar su Cuerpo. El mismo Espíritu es como la savia de la vña

del Padre que da su fruto en los sarmientos (cf Jn 15, 1-17; Ga 5, 22). En la liturgia se actúa la cooperación más íntima entre el Espíritu Santo y la Iglesia. Él, el Espíritu de comunión, permanece indefectiblemente en la Iglesia y por eso la Iglesia es el gran sacramento de la comunión divina que reúne a los hijos de Dios dispersos. El fruto del Espíritu en la liturgia es inseparablemente comunión con la Trinidad Santa y comunión fraterna" (CEC 1108)

1.5 El Espíritu, en la liturgia, vivifica la Palabra

La Palabra de Dios, leída y escuchada en la liturgia, posee una particular vitalidad y una eficacia real. Ella se hace viva por el Espíritu como si en aquel mismo momento fuese pronunciada por el Señor, por quien, solicitando la fe del cristiano, lo invita a responder con la propia vida. La Palabra no podría ser acogida por los fieles sin la acción del Espíritu Santo, porque Él es la acogida de la Palabra en su corazón: "El Espíritu Santo es quien da a los lectores y a los oyentes, según las disposiciones de sus corazones, la inteligencia espiritual de la Palabra de Dios. A través de las palabras, las acciones y los símbolos que constituyen la trama de una celebración, el Espíritu Santo pone a los fieles y a los ministros en relación viva con Cristo, Palabra e imagen del Padre, a fin de que puedan hacer pasar a su vida el sentido de lo que oyen, contemplan y realizan en la celebración... El anuncio de la Palabra de Dios no se reduce a una enseñanza: exige la *respuesta de fe*, como consentimiento y compromiso, con miras a la Alianza entre Dios y su pueblo. Es también el Espíritu Santo quien da la gracia de la fe, la fortalece y la hace crecer en la comunidad" (CEC 1101-1102).

2. La presencia y la acción del Espíritu Santo en los diversos sacramentos

"Nuestros misterios [los sacramentos] -afirma San Juan Crisóstomo- no son como las acciones teatrales: aquí todo

está regulado por el Espíritu" (*Homilía sobre la primera carta a los Corintios*, 41, 4). A través de los sacramentos de la Iglesia, el Espíritu Santo pone "en contacto" vivo y eficaz con el Salvador y con su obra salvífica. Y como Cristo ha cumplido la salvación en el Espíritu, así la aplicación de la misma salvación a cada fiel es aplicada por Cristo en el Espíritu, el cual no sólo hace posible los sacramentos, sino que "permite a cada uno de nosotros acoger los misterios de Cristo" (N. Cabasilas, *Vida en Cristo*, II, 4,6). Los sacramentos son, por tanto, "Fuerzas que salen" del Cuerpo de Cristo, siempre vivo y vivificante, acciones del Espíritu Santo operante en su Cuerpo que es la Iglesia" (CEC 1116), cuya *eficacia* deriva sólo del Espíritu porque él "transforma siempre lo que toca" (San Cirilo de Jerusalén, *Catequesis*, V, 7). "Sólo en la Iglesia -dice San Isidoro de Sevilla- se celebran fructuosamente los sacramentos; de hecho, es el Espíritu Santo el que habita en ella y opera secretamente el efecto" (*Etimologías*, VI, 19, 40-41). En el interior de este itinerario, nos detendremos sobre la acción del Espíritu en los sacramentos de la iniciación cristiana: Bautismo, Confirmación, Eucaristía.

2.1 El Bautismo

Se lee en el *Catecismo*: "El santo Bautismo es el fundamento de toda la vida cristiana, el pórtico de toda la vida en el Espíritu (*'vitae spiritualis ianua'*) y la puerta que abre el acceso a los otros sacramentos. Por el Bautismo somos liberados del pecado y regenerados como hijos de Dios, llegamos a ser miembros de Cristo y somos incorporados a la Iglesia y hechos partícipes de su misión" (CEC 1213).

La acción del Espíritu en el Bautismo se puede acoger, por tanto, en todo el valor que tiene este sacramento.

En el Bautismo somos regenerados en el Espíritu

Ante todo, el Bautismo es visto como "el lavatorio de la regeneración y renovación del Espíritu" (Tt 3, 5). Novaciano

sintetiza así la doctrina del Bautismo: “El Espíritu Santo obra el segundo nacimiento por las aguas, es la semilla de la stirpe divina y aquel que consagra el nacimiento celestial, prenda de la herencia prometida y casi un quirógrafo de la salvación eterna; Él nos hace ser templos de Dios y su habitación; habita en nuestros cuerpos como autor de santidad; actuando así en nosotros, hace avanzar nuestros cuerpos hacia la resurrección de la inmortalidad” (*La Trinidad*, 29,16). Con el Bautismo, pues, el Espíritu realiza una renovación tan radical que puede ser equiparada a un verdadero y propio *renacimiento* (2ª Cor 5, 17). Si es verdad que sin el nacimiento biológico el hombre no puede existir, lo mismo sin el nacimiento bautismal no se puede entrar en el reino de los cielos, porque se trata de un verdadero y propio “nacimiento en el Espíritu”. Las palabras dichas por Jesús a Nicodemo expresan claramente este significado “espiritual” del Bautismo: “En verdad que si uno no nace del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. El que ha nacido de la carne es carne. El que ha nacido del Espíritu es Espíritu” (Jn 3, 5-6). He aquí por qué la tradición cristiana compara las aguas bautismales, fecundadas por el Espíritu, al seno de una madre que genera la vida. Para el teólogo sirio Teodoro de Mopsuestia, para ser regenerados “es necesario que el sacerdote pida a Dios que envíe la gracia del Espíritu Santo sobre las aguas para crear el seno de un nacimiento espiritual, porque Cristo dijo a Nicodemo: quien no nace del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios (Jn 3, 5). Como en el nacimiento carnal el seno materno recibe un germen, que después modela la mano divina, lo mismo en el Bautismo, el agua llega a ser un seno para aquél que nace, pero es por la gracia del Espíritu por la que el bautizado es bautizado para un segundo nacimiento” (*Homilías catequéticas*, XIV, 9). Y para San León Magno existe una analogía entre el bautismo cristiano y la concepción de Cristo: “Es Cristo el que, nacido del Espíritu Santo y de la madre virgen, fecunda con el mismo soplo a la Iglesia inmaculada, para que con el parto del Bautismo genere la multitud de hijos de Dios” (*Discursos*, LXIII, 6).

En el Bautismo venimos a ser justificados en el Espíritu

El primer efecto de esta regeneración es ser librados del pecado y ser justificados: “Así erais algunos antes. Pero os lavaron, os consagraron, os perdonaron invocando al Señor Jesucristo y al Espíritu de nuestro Dios” (1ª Cor 6, 11). No se trata sólo de una simple liberación del pecado, sino de un verdadero y propio “morir al pecado” para “nacer a una vida nueva”. Los Padres, tanto orientales como occidentales, siguiendo la tipología de la inmersión bautismal en el agua, presentan este elemento como símbolo de la muerte y al Espíritu Santo como el agente que da la vida. Así se expresa Basilio de Cesarea: “El Bautismo tiene una doble finalidad: abolir el cuerpo del pecado para que no fructifiquemos para la muerte; vivir del Espíritu para llevar frutos de santidad. El agua ofrece la imagen de la muerte recibiendo al cuerpo como una tumba. El Espíritu infunde la fuerza vivificante renovando nuestra vida del estado de muerte del pecado al estado de la vida original. Esto significa renacer de lo alto, del agua y del Espíritu; se muere en el agua, pero el Espíritu opera en nosotros la vida” (*El Espíritu Santo*, XV, 35). De esto se hace eco Ambrosio de Milán: “El agua, de hecho, es la imagen de la muerte, mientras que el Espíritu es la prenda de la vida, de modo que, en el agua, muere el cuerpo del pecado, que ella encierra en el sepulcro, gracias a la virtud del Espíritu venimos a ser renovados de la muerte del pecado... Si, pues, en el agua está la gracia, ésta no deriva de la naturaleza del agua sino de la presencia del Espíritu” (*El Espíritu Santo*, I, 76-77).

En segundo lugar, la salvación de Cristo dada por el Espíritu en el Bautismo consiste en la efusión de las llamadas “virtudes teologales”, Fe, Esperanza y Caridad y, de modo particular, esta última que resume en sí a las otras dos. Inspirándose en el texto paulino “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado” (Rm 5, 5), los Padres identifican

con frecuencia la Caridad de Dios en los fieles (el amor de Dios para ellos es la posibilidad de responder a este Amor) con la presencia del Espíritu Santo. Es famoso el texto de San Agustín: "el amor, que es de Dios y que es Dios, es propiamente el Espíritu Santo, mediante el cual viene difundida en nuestros corazones la caridad de Dios, por la cual la Trinidad entera habita en nosotros" (*La Trinidad*, XV, 18, 32).

Esta nueva vida que el Espíritu infunde en los creyentes con el rito del bautismo es la *vida en Cristo*.

En el Espíritu somos incorporados en Cristo y en la Iglesia

Los bautizados son "revestidos de Cristo", afirma San Pablo (Gal 3, 27), pero no se trata tanto de una unión exterior, sino de ser injertados en su cuerpo, en su persona, llegar a ser una sola cosa con Él. Esta unidad con Cristo lleva también a la fusión de todos los bautizados entre ellos, un milagro que es posible sólo en el Espíritu que crea "el cuerpo místico" de Cristo: "En realidad nosotros todos hemos sido bautizados en un solo Espíritu para formar un solo cuerpo en Cristo, Judíos o Griegos, esclavos o libres; y todos hemos sido saciados de un solo Espíritu" (1ª Cor 12; 13). Sólo siendo en Cristo, a través del Espíritu, es posible ser "hijos de Dios" (cf Gal 4, 5-7), partícipes de la naturaleza de Dios (2ª Pd 1, 4), coherederos con Él (Rm 8,17), iglesia santa de Dios, porque somos templo del Espíritu Santo (1ª Cor 6, 19). Participando en la muerte de Cristo podemos compartir también la resurrección (cf Rm 6, 3-4): "El Bautismo hace de nosotros miembros del Cuerpo de Cristo. Por tanto... somos miembros los unos de los otros (Ef 4, 25) El Bautismo incorpora a la Iglesia. De las fuentes bautismales nace el único pueblo de Dios de la Nueva Alianza que trasciende todos los límites naturales o humanos de las naciones, las culturas, las razas y los sexos" (CEC 1267).

En el Bautismo venimos a estar marcados con un sello espiritual

La doctrina del “Sello espiritual” impreso en los cristianos en el momento del bautismo es ya doctrina consolidada en los Padres Latinos: es el Espíritu el que imprime en ellos a Cristo, haciéndolos conformes a Él. San Ambrosio, interpretando Ef 1, 13-14, escribe del Bautismo: “Hemos sido, pues, sellados con el Espíritu de Dios. Como, de hecho, en Cristo morimos para renacer, así también somos sellados con el Espíritu para poder obtener el esplendor, la imagen y la gracia, que es evidentemente el sello del Espíritu. Efectivamente, aunque sí, aparentemente, nosotros somos señalados en el cuerpo, sin embargo en realidad somos señalados en el corazón, porque el Espíritu Santo reproduce en nosotros los rasgos de la imagen del hombre celestial” (*El Espíritu Santo*, I, 79). Y el *Catecismo* recita: “Incorporados a Cristo por el Bautismo, el bautizado es configurado con Cristo (cf Rm 8, 29). El Bautismo imprime en el cristiano un sello espiritual indeleble de su pertenencia a Cristo” (CEC 1272).

El Bautismo del Señor prefigura el de los cristianos

En el Bautismo de Jesús en el Jordán aparece claramente el papel del Espíritu: es precisamente, en el momento en que Juan bautiza a Jesús, cuando “Dios unge con la fuerza del Espíritu a Jesús de Nazaret” (Hch 10, 37s). En aquella ocasión, Jesús fue manifestado como Ungido, el Cristo, el Mesías y fue entonces “cuando se abrieron los cielos y vio el Espíritu de Dios descender, en forma de paloma, y bajar sobre él” (Mt 3,16). Por esto el Bautismo del Señor se llama Teofanía, manifestación de las Tres Personas en su testimonio unánime.

También los cristianos en su Bautismo son incorporados por el Espíritu Santo a Cristo: son “ungidos” por el Espíritu,

“cristificados” y santificados. “Bautizados en Cristo y revestidos de Cristo, -afirma Cirilo de Jerusalén- habéis sido hechos conformes al Hijo de Dios. Predestinados por la adopción de hijos, Dios os ha hecho conformes al cuerpo glorioso de Cristo. Hechos partícipes de Cristo sois justamente llamados cristos... porque habéis recibido el sello del Espíritu Santo y todo sobre vosotros se ha cumplido en imagen, porque sois imágenes de Cristo. Él, también, después de ser bautizado en el Jordán, ha comunicado a las aguas el perfume de su divinidad, ha vuelto a subir y el Espíritu Santo ha descendido personalmente sobre él, posándose semejante sobre semejante. También a vosotros, cuando habéis vuelto a subir de la piscina de las sagradas fuentes, os ha sido conferido el crisma que es figura de aquel que ha ungido a Cristo, es decir, el Espíritu Santo” (*Catechesis*, XXI, 1).

2.2 La Confirmación

En la tradición de la Iglesia el sacramento del Espíritu por excelencia es el de la “Confirmación” o “Crisma”. Este sacramento, sin embargo, puede comprenderse y ser vivido sólo en relación al Bautismo y a la Eucaristía: “Con el Bautismo y la Eucaristía, el sacramento de la Confirmación constituye el conjunto de los ‘sacramentos de la iniciación cristiana’, cuya unidad debe ser salvaguardada” (CEC 1285). En la tradición oriental se confiere todavía junto con el Bautismo, pero “En occidente, por el deseo de reservar al obispo el acto de conferir la plenitud del Bautismo, se prefiere reservar al obispo llevar a cumplimiento el Bautismo, y se establece la separación temporal de ambos sacramentos” (CEC 1290; 1300). Se puede decir así, que el Bautismo, como afirma San Cipriano, es un “sacramento doble”, aunque el Bautismo y la Confirmación son distintos sin estar separados. Existe entre ellos una relación de distinción-continuidad, porque en ambos sacramentos se infunde el Espíritu, pero con un fin distinto.

En lo que se refiere al Bautismo, es sabido que en él somos llenos del Espíritu y por tanto transformados en Cristo; pero recibir al Espíritu en el Bautismo no constituye un acto conclusivo y definitivo. El Espíritu es el Amor de Dios *personificado* que se da para poner al hombre en comunión con la tripersonal vida divina, y este autodonarse de Dios en su Espíritu no se completa nunca porque la vida de Dios es inagotable e infinita. Por esto, el Espíritu que se da al hombre en los diversos sacramentos, con *signos* diferenciados y para un fin diverso, aunque el objetivo final de cada intervención del Espíritu es siempre el mismo: la comunión con Dios. Lo que cambia es la diversidad de los signos y de las palabras en los diversos sacramentos y la inmediata función que cada uno de ellos desempeña en la vida del fiel. De este modo es posible comprender la íntima unión entre el Bautismo y la Confirmación, y también su diversidad.

Con la Confirmación hemos sido hechos partícipes del misterio de Pentecostés

El Espíritu infundido en Jesús en los diversos momentos de su vida terrena, pero especialmente en el Bautismo - transformándolo en Cristo- (Ungido, Mesías y Salvador)- en el día de Pentecostés se derrama sobre el nuevo pueblo de Dios como signo escatológico de los tiempos mesiánicos (Ez 36, 25-27; Jl 3, 1-2) y cumplimiento de la promesa de Cristo (Lc 12, 12; Jn 3, 5-8...). Según la enseñanza de Pablo VI: "Desde aquel tiempo los apóstoles, en cumplimiento del querer de Cristo, comunicaban a los neófitos, a través de la imposición de manos, el don del Espíritu, destinado a completar la gracia del Bautismo... Y precisamente esta imposición de las manos es justamente considerada por la tradición católica como primer origen del sacramento de la Confirmación, el cual hace perenne, de algún modo, en la Iglesia la gracia de Pentecostés" (Const. Ap. *Divinae*

consortium naturae). Para el fiel, entonces, la Confirmación representa el misterio de Pentecostés que sigue a la Pasión y a la Pascua, misterios que son vividos especialmente en el Bautismo. Si, pues, el día de Pentecostés señala el ingreso extraordinario y oficial de la Iglesia primitiva en el mundo, en la Confirmación el Espíritu une con un vínculo nuevo al bautizado con Cristo cabeza, haciéndole partícipe de su investidura mesiánica según el triple poder sacerdotal, real y profético.

En la Confirmación hemos sido marcados por el Espíritu

En el rito el confirmando es ungido con el sagrado "crisma", consagrado por el obispo el Jueves Santo, gesto que es acompañado por estas palabras: "Recibe el sello del don del Espíritu Santo". De manera todavía más evidente, el bautizado es "marcado", como Cristo en el Jordán, por este sello santo e indeleble que es el Espíritu Santo: "Es Dios el que nos conforta juntamente con vosotros en Cristo, el que nos ungió y el que nos marcó con su sello y nos dio en arras el Espíritu en nuestros corazones" 2ª Cor 1, 22; cf Ef 1, 13; 4, 30). Este sello del Espíritu Santo, -enseña el Catecismo- marca la pertenencia total a Cristo, el estar a su servicio para siempre, pero indica también la promesa de la protección divina en la gran prueba escatológica" (CEC 1296). Y los Padres de la Iglesia no se cansan de explicar a los catecúmenos el rico significado de esta unción. San Atanasio lo hace así: "El Espíritu es definido unción y sello... la unción tiene el perfume y el olor de aquel que unge, de manera que aquellos que son ungidos, le son partícipes y dicen 'nosotros somos el perfume de Cristo' (2ª Cor, 2, 15). El sello, pues, tiene la forma de Cristo y todos aquellos que son marcados le son partícipes tomando su misma forma... Por causa del Espíritu nosotros somos llamados partícipes de Dios" (*Cartas a Serapión*, I, 23-24).

El Espíritu, con la Confirmación, ayuda al cristiano a crecer en Cristo

Uno de los conceptos típicos de los Padres de la Iglesia es la distinción entre “imagen y semejanza”, cuando la imagen se refiere al *ser* y la semejanza al *actuar*. La “imagen” indica el momento ontológico y se refiere a la naturaleza del hombre en cuanto participe de la naturaleza divina por recreación (redención-Bautismo). La “semejanza” alude al momento existencial y se refiere a la lógica vital de la imagen que empuja a la naturaleza, recibida por el hombre como don, a desarrollarse y completarse según el designio de Dios para actuar su virtualidad y madurar los gérmenes puestos en ella. El sentido activo de “semejanza” significa, además, una necesidad incesante de crecimiento, un esfuerzo personal de maduración, sostenido y llevado adelante por la gracia. Mientras con el Bautismo el Espíritu reconstruye en el hombre la imagen de Dios, deformada por el pecado, con la Confirmación le confiere la semejanza. Éste es el motivo por el cual puede definirse como el sacramento de la “plenitud”, porque confiere el don de la perfección y de la santidad. Adentrados en el ser divino, gracias al primer sacramento, se está ahora habilitados para la acción divina, gracias a la fuerza del Espíritu.

En la Confirmación el Espíritu confiere sus siete dones

En la Confirmación, el nexo con la acción del Espíritu Santo aparece, en particular, por su unión con la santidad y el “crisma” (unción). Ella es, de hecho, el sacramento por excelencia que confiere los dones del Espíritu, es más, toda la *plenitud* del mismo Espíritu. En teología, la expresión “dones del Espíritu Santo”, reviste una doble acepción: la equivalente a “carisma”, o manifestación del Espíritu en una persona para la edificación de la Iglesia (el caso, por ejemplo, de la 1ª Cor, 12) y la de “don” espiritual, superior incluso a las virtudes infusas. Estos “dones” son, al mismo tiempo,

manifestación de la inhabitación del Espíritu en el fiel y expresiones de un gran dinamismo hacia una intimidad con el Espíritu cada vez más profunda. La liturgia, la tradición patristica y la teología han deducido su enseñanza sobre el número septenario de los dones del Espíritu Santo del texto mesiánico de Is 11, 1-2: "Saldrá un renuevo del tocón de Jesé y de su raíz brotará un vástago. Sobre él se posará el Espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y ciencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de conocimiento y temor del Señor" (el "espíritu de piedad" será añadido sólo por la Vulgata).

Así, en la secuencia de Pentecostés, *Veni sancte Spiritus*, la Iglesia reza: "Da a tus fieles -que confían sólo en ti- tus santos dones" y, en el himno *Veni Creator*, -invocando al Espíritu Paráclito, recita: "tu septiformis munere" (don septiforme).

También San Ambrosio, exhortando a los cristianos, dice: "Acuérdate de que has recibido el sello espiritual, 'el espíritu de sabiduría y de inteligencia, el espíritu de consejo y de fortaleza, el espíritu de conocimiento y de piedad, el espíritu de temor de Dios', y conserva lo que has recibido. Dios Padre te ha señalado, te ha confirmado Cristo Señor y ha puesto en tu corazón como prenda, el Espíritu" (*Los misterios*, 7, 42). Refiriéndose a esta tradición, el *Catecismo de la Iglesia Católica* afirma: "Los siete dones del Espíritu Santo son: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios. Pertenecen en su plenitud a Cristo, Hijo de David (cf Is 11, 1-2). Completan y llevan a su perfección las virtudes de quienes los reciben. Hacen a los fieles dóciles para obedecer con prontitud a las inspiraciones divinas" (n. 1831).

De estos "dones" del Espíritu provienen aquella fuerza particular por la cual el confirmado, inserto más íntimamente en la Iglesia, es llamado a ser "testimonio" de su fe y a defenderla con las palabras y con el ejemplo: "Por

el sacramento de la Confirmación los bautizados se vinculan más estrechamente a la Iglesia, se enriquecen con una fuerza especial del Espíritu Santo y, con ello, quedan obligados más estrictamente a difundir y defender la fe, como verdaderos testigos de Cristo, por la palabra juntamente con las obras" (LG 11). He aquí por qué en los primeros siglos eran considerados "verdaderos cristianos" los mártires y cuantos estaban dispuestos a morir por Cristo, y el Espíritu Santo era experimentado como aquel que asistía a los "mártires" (testigos) al dar testimonio de su fe y de su amor por Cristo ante los verdugos.

2.3 La Eucaristía

La Eucaristía no es sólo "fuente y cumbre de toda la vida cristiana" (LG 11) sino también síntesis de la vida de fe, por lo cual Santo Ireneo puede decir: "Nuestra doctrina está de acuerdo con la Eucaristía y la Eucaristía la confirma" (*Contra las herejías*, IV, 18,5). Es más, como dirá el Vaticano II, en ella "se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo, nuestra Pascua" (PO 5). Precisamente porque la Eucaristía encierra en sí esta realidad, en ninguna otra parte de la liturgia la acción del Espíritu Santo es tan evidente como en ella. Esta presencia y acción del Espíritu en la Eucaristía está sintetizada en la anáfora de Hipólito Romano, donde se ruega a Dios Padre diciendo: "haz descender tu Santo Espíritu sobre la ofrenda de tu Santa Iglesia y, después de haberlos reunido, concede a todos los santos que la reciben, ser llenos de Espíritu Santo para fortificarlos en la fe y en la verdad, a fin de que te alabemos y glorifiquemos a través de tu Hijo Jesucristo, por medio del cual te sea dada la gloria y el honor, Padre e Hijo con el Espíritu Santo en la Santa Iglesia, ahora y por los siglos de los siglos" (*Tradición apostólica*, 4).

El Espíritu, en la Eucaristía hace presente a Cristo

En la Eucaristía está ciertamente presente el Señor Jesús, pero esta presencia no es estática sino dinámica, porque en ella se celebra la *anámnesis* de todos los misterios de Cristo. Germán I, patriarca de Constantinopla (738), después de haber recordado la anámnesis -encarnación, pasión, resurrección, retorno final- escribe a propósito de la encarnación: "Yo mismo te engendré como rocío antes de la aurora" (Sal 110, 3). Y de nuevo el sacerdote suplica que se realice el misterio de su Hijo y que sea generado y transformado el pan y el vino en cuerpo y sangre de Cristo Dios y, que se cumpla el "hoy te he engendrado" (Sal 2, 7). Así el Espíritu Santo, invisiblemente presente por el beneplácito del Padre y la voluntad del Hijo, muestra la energía divina y, mediante las manos del sacerdote, consagra y convierte los santos dones presentados, en el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, el cual ha dicho "por ellos me consagro a mí mismo, para que sean también ellos consagrados en la verdad" (Jn 17, 19). ¿De qué modo? "El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él" (Jn 6, 57) (*Historia eclesiástica y mistagógica*). Y un teólogo católico, M. J. Scheeben, resume así la voz de la tradición: "La Eucaristía es la real y universal continuación y ampliación del misterio de la Encarnación. La misma presencia eucarística de Cristo es ya un reflejo y una ampliación de su Encarnación... La mutación del pan en el cuerpo de Cristo por obra del Espíritu Santo es un renovarse del acto maravilloso con el cual Él formó originariamente su cuerpo en el seno de la Virgen, por virtud del mismo Espíritu Santo y lo asumió en su persona: y como por este acto entró por primera vez en el mundo, así con esta mutación multiplica su presencia substancial a través de los espacios y el tiempo..." (*Los misterios del Cristianismo*).

El Espíritu, en la Eucaristía, actualiza el misterio pascual

“Nuestro Salvador, en la última cena, la noche en que era traicionado, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y sangre, por el cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz, y a confiar así a su Esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual” (SC 47).

Según la enseñanza conciliar, pues, el misterio de la muerte y resurrección de Cristo constituye la cumbre de toda la historia de la salvación y de toda la historia de la humanidad. De este misterio surge la esperanza cristiana, porque la vida nueva de la resurrección de Cristo viene dada en la Eucaristía a través de la acción del Espíritu: “En la santísima Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan vivo por su carne, que da la vida a los hombres, vivificada y vivificante por el Espíritu Santo” (PO 5). En este sentido, como el Espíritu ha transformado la muerte de Cristo en ofrenda de amor filial por el Padre y de salvación por los hombres y lo ha resucitado, así en la Eucaristía el mismo Espíritu hace que este misterio de amor se reactuale todavía, a fin de que se puedan gozar sus frutos. A través del Espíritu es posible participar en la muerte redentora de Cristo y en su vida resucitada. Teodoro de Mopsuestia, de manera analógica, desarrolla así este paralelismo entre la intervención del Espíritu en la resurrección de Cristo y el efectuado en la Eucaristía: “Siguiendo la prescripción litúrgica, el sacerdote debe suplicar a Dios que envíe el Espíritu Santo sobre el pan y el vino, a fin de que este memorial de inmortalidad sea verdaderamente el cuerpo y la sangre de nuestro Señor. El cuerpo natural de nuestro Señor era primero mortal como el nuestro, pero mediante la resurrección es inmortal e inmutable. Y cuando el pontífice declara que este pan y este vino son el cuerpo y la sangre de

Cristo, revela que ellos han llegado a ser tales por el contacto del Espíritu Santo. Sucede también aquí como en el cuerpo natural de Cristo, cuando recibió al Espíritu Santo y su unción. Del mismo modo, también ahora, cuando viene el Espíritu Santo, nosotros pensamos que el pan y el vino ofrecidos reciban una especie de unción mediante la gracia sobreañadida" (*Homilias catequéticas*, XVI, 12).

En la Eucaristía continúa Pentecostés

La presencia del Espíritu en la Eucaristía hace que la celebración de este sacramento sea un Pentecostés, un eficaz descendimiento del Espíritu. Este carácter pentecostal de la Eucaristía es más que evidente en la liturgia de los varios ritos, especialmente orientales y también en los Padres y escritores eclesíásticos. La *epiclesis* eucarística (invocación al Padre para que envíe su Espíritu a transformar el pan y el vino en Cuerpo y sangre de Cristo) recapitula toda la historia de la salvación, comenzando desde la creación hasta la parusía y une los tres momentos de la obra de la salvación: la Cruz, la Resurrección y Pentecostés. Son innumerables los textos que hablan de la *epiclesis* eucarística como de un descenso pentecostal del Espíritu, condición indispensable para la presencia eucarística de Cristo.

Ella está presente también en las nuevas plegarias eucarísticas del *Misal Romano*, como en la siguiente: "Te pedimos humildemente que envíes tu Espíritu para santificar los dones que te ofrecemos, para que se conviertan en el cuerpo y la sangre de Jesucristo, tu Hijo y Señor nuestro, que nos ha mandado celebrar estos misterios".

La tradición antigua de la Iglesia insiste de manera particular sobre la necesidad de esta presencia del Espíritu para que se realice el milagro de la transformación del pan y del vino en el Cuerpo y Sangre de Cristo. Siempre es el mismo principio el que inspira a los Padres: el Espíritu Santo es aquel que santifica, que consagra, que transforma, que

hace presente a Cristo. Cirilo de Jerusalén atestigua: "Después, una vez santificados mediante estos himnos espirituales [el canto del *Santo* = *Trisagio*], suplicamos al Dios filántropo que envíe al Espíritu Santo sobre sus dones aquí presentes, para hacer del pan el cuerpo de Cristo y del vino la sangre de Cristo; porque todo lo que el Espíritu Santo toca, es santificado y transformado" (*Catequesis*, V, 7). Existe también un texto de Nicolás Cabasilas que sintetiza toda la doctrina de la *epiclesis*: "Cristo ha ordenado a los apóstoles y 'a través' de ellos a toda la Iglesia, hacerlo así. 'Haced esto en memoria de mí', ha dicho. No habría podido dar tal orden si, al mismo tiempo, no les hubiese puesto a disposición la sola virtud en grado de ejecutarlo. ¿Cuál es, por tanto, esta virtud? Es el Espíritu Santo, la fuerza que desde lo alto ha fortalecido a los apóstoles, según la palabra del Señor: 'Vosotros quedaos en la ciudad, hasta que os revistáis de la fuerza de lo alto' (Lc 24, 49; cf Hch 1, 8). He aquí la obra de esta divina presencia: una vez descendido, de hecho, el Espíritu Santo no nos ha abandonado ya, sino que se ha quedado con nosotros y lo estará hasta el fin de los tiempos. El Salvador le ha enviado precisamente para que habite con nosotros para siempre... Y este mismo Espíritu es el que, a través de las manos y la lengua del sacerdote, consagra los dones. Pero el Señor no se ha limitado a enviarnos al Espíritu Santo para que habite con nosotros; Él mismo ha prometido vivir con nosotros 'hasta el fin del mundo' (Mt 28, 20). Si el Paráclito está presente invisiblemente, privado de forma humana, el Salvador ha elegido en cambio, por medio de los divinos y santos dones eucarísticos, ser visto y tocado, habiendo asumido nuestra naturaleza para siempre. Éste, pues, es el sacerdote, ésta la virtud del sacerdocio" (*Comentario de la divina liturgia*, 28).

El Espíritu, en la Eucaristía, hace pregonar el reino futuro

Desde el principio la Eucaristía ha sido vista como "remedio de inmortalidad", es decir, como fuerza que libera

al hombre del mayor enemigo, que es la muerte. La idea de la Eucaristía, como fuente de inmortalidad, se encuentra ya en el evangelio de Juan (cf Jn 6, 50-51.54), y en consecuencia en Ignacio de Antioquía, para quien la Eucaristía es "remedio de inmortalidad, antídoto para no morir sino para vivir siempre en Jesucristo" (*Carta a los Efesios*, XX, 2). Este "anidarse en la inmortalidad", en los cuerpos mortales, deriva de Cristo resucitado cuando se le recibe en la Eucaristía y, también del Espíritu, de quien nos "saciamos" comiendo el cuerpo de Cristo.

En la Eucaristía, el Espíritu no sólo hace presentes los misterios ya vividos por Cristo sino, al mismo Cristo resucitado, que representa las *últimas realidades*, el *esjaton*, precisamente porque la transformación de los dones supone el descenso del Espíritu, el cual con su venida trae los "últimos días" en la historia (Hch 2, 17). De este modo, en la Eucaristía está ya presente el "octavo" día, la eternidad irrumpe en el presente, haciendo pregonar lo que será la eternidad. Entre tanto, durante la sagrada liturgia (la celebración eucarística) nosotros rezamos en pie -afirma San Basilio- explicando así esta práctica litúrgica: "No es solamente porque como resucitados con Cristo y buscando las cosas de arriba, nos acordamos estando de pie en oración en el día dedicado a la resurrección [el domingo], de la gracia que nos ha sido dada; sino porque aquel día parece ser de alguna manera la imagen de la eternidad futura... el octavo día..., el día eterno sin tarde ni mañana, el siglo sin fin que no envejecerá" (*El Espíritu Santo*, XVII, 66).

En la Eucaristía, junto con Cristo se recibe también el Espíritu Santo

Si en la Eucaristía es posible unirse al Señor y llegar a ser consanguíneos y concorpóreos con Él, es porque la "carne", es decir, su cuerpo "espiritualizado", "es Espíritu el que da la vida, la carne no aprovecha para nada" (Jn 6, 63). Gracias al Espíritu, Jesús ha entrado en la gloria del Padre y por

tanto puede darse en la Eucaristía y el cristiano no puede recibir la Eucaristía si primero él mismo no está transformado por el Espíritu y es digno de esta comunión. El hombre, (la "carne"), con sus fuerzas naturales no puede recibir a Cristo: de aquí la necesidad de que en la Eucaristía él reciba también el Espíritu, para que pueda tener lugar esta comunión vital con el Señor. Es el Espíritu el que lleva Cristo al hombre y Cristo, a su vez, lleva al Espíritu según la ley general de la economía de la salvación: allí donde está el Espíritu, está Cristo y ,donde está Cristo, está el Espíritu. Para San Francisco de Asís, es incluso el Espíritu Santo el que en los creyentes recibe el Cuerpo del Señor: "Por lo cual el Espíritu del Señor, que habita en sus fieles, es Él, el que recibe el santísimo Cuerpo y la Sangre del Señor" (*Admoniciones*, I).

La presencia del Espíritu en la Eucaristía y la comunión con él -condición indispensable para "comunicar" con el Cuerpo y la Sangre de Cristo- es evidente en las tradiciones litúrgicas y en la himnología oriental, de manera especial en los himnos litúrgicos de San Efrén Sirio (ca. 373), donde se puede tomar esta riqueza: Jesús "llamó al pan su cuerpo viviente, lo llenó de sí mismo y del Espíritu, tendió su mano y les dio el pan:... Tomad y comed con fe y no dudéis de que esto sea mi cuerpo. Y quien lo come con fe, mediante él, come el fuego del Espíritu... Comed todos, y comed por medio de él, el Espíritu... De ahora en adelante vosotros comeréis una Pascua pura y sin mancha, un pan fermentado y perfecto que el Espíritu ha amasado y cocido, un vino mezclado con Fuego y con el Espíritu" (*Discursos de la Semana Santa*, IV, 4).

El Espíritu Santo incorpora al "Cristo total"

Se ha visto ya que, en el Bautismo, el Espíritu "incorpora" a los fieles a Cristo y los hace Iglesia. Tal incorporación, con la Eucaristía crece, se nutre, se hace cada vez más madura, interiorizada y personal; por lo cual no estamos sólo unidos

a Cristo cabeza, sino también a sus miembros. Se trata de una realidad profunda y rica para la vida cristiana: no se puede comunicar con Cristo Cabeza si en la vida se pone al margen a su Cuerpo que es la Iglesia. Verdaderamente se comulga con Cristo Cabeza en la medida en que se está también en comunión con los hermanos, de la misma manera que no se puede comunicar con los hermanos si no se está en comunión con Cristo Cabeza. La Eucaristía es el sacramento que crea esta comunión bidimensional que, al final, se reduce a una única realidad, el cuerpo de Cristo, es decir, la Iglesia: he aquí por qué se acostumbra a decir que la Eucaristía “hace a la Iglesia”. El Espíritu es siempre principio de unidad y cohesión en esta “comunión”, como subrayan las nuevas plegarias eucarísticas, en las cuales, el sacerdote, después de haber pronunciado las palabras de la institución de la Eucaristía, recita una segunda *epiclesis*: ruega al Padre para que envíe a su Espíritu y haga de todos “un solo cuerpo y una sola sangre con Cristo”. Después de Resurrección y Pentecostés, Cristo existe sólo como *Cristo total*, Cabeza unida a los miembros: “Si quieres comprender el Cuerpo de Cristo -escribe San Agustín- escucha al Apóstol que dice a los fieles: *Pues vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros* (1ª Cor 12, 27). Si vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo y sus miembros, sobre la mesa del Señor está puesto vuestro sagrado misterio: vosotros recibís vuestro sagrado misterio. A lo que vosotros sois, respondéis Amén y, respondiendo, lo suscribís. Oyes, de hecho: ‘El cuerpo de Cristo’ y respondes: ‘Amén’. ¡Sé (verdaderamente) cuerpo de Cristo para que el ‘Amén’ sea verdadero!. ¿Por qué, pues, en el pan? Aquí no aportamos ideas nuestras, sino que oímos al Apóstol que, hablando de este sacramento, dice: “Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo” (1ª Cor 10, 17). Comprended y gozad: unidad, verdad, piedad, caridad. ‘Un solo pan’: ¿quién es este único pan? ‘Y muchos... un solo cuerpo’: reflexionad que el pan no se hace con un grano solo, sino con muchos. Cuando recibisteis el exorcismo bautismal, fuisteis como molidos. Cuando fuisteis bautizados, vinisteis como amasados. Cuando recibisteis el

fuego del Espíritu Santo, fuisteis como cocidos. ¡Sed aquello que veis y recibid aquello que vosotros sois! Esto ha dicho el Apóstol hablando del pan..." (*Discursos*, 227, 1).

La Eucaristía, como comunión del Espíritu Santo, viene a ser, por consiguiente, "comunión de los santos", en un doble sentido: comunión en las cosas santas y comunión de santos, es decir, de personas santificadas por el Espíritu. Así se puede entender por qué la Eucaristía es el *sacramento del amor*.

2.4 En el Espíritu, toda la vida llega a ser liturgia y culto

Escribe San Pablo: "nosotros rendimos culto movidos por el Espíritu de Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús" (Fil 3, 3). Rendir "culto a Dios" o "adorarlo" en "Espíritu y verdad" (cf Jn 4, 24) significa estar orientados con todo el propio ser hacia Dios, haciéndolo adherir a Cristo. Este culto vital se realiza litúrgicamente con la fuerza del Espíritu, el cual hace del creyente una "liturgia viva" en el templo vivo de Dios, que es la comunidad reunida por el Padre en Jesucristo. En Cristo, de hecho, "toda construcción crece bien ordenada para ser templo santo en el Señor; en él también vosotros junto con los otros sois edificados para ser morada de Dios por medio del Espíritu" (Ef 2, 21-22), o como expresa San Pablo en otro lugar, el cristiano por medio del Espíritu llega a ser "templo de Dios" (cf 1ª Cor 3, 16-17). El concepto de templo está estrechamente relacionado con el de culto, aunque si el nuevo culto cristiano no está circunscrito a ningún lugar, sino que se expresa más bien en la vida de los mismos cristianos, hechos templos vivientes en el Espíritu, así que toda su existencia se transforma en culto, alabanza y glorificación de Dios: "Cantad a Dios, dadle gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados. Y todo lo que de palabra y obra realicéis, sea todo en nombre de Jesús, ofreciendo la Acción de Gracias a Dios Padre por medio de él" (Col 3, 16-17). Esta doctrina la ha hecho propia

el Vaticano II, cuando declara: “Los bautizados, en efecto, son consagrados por la regeneración y la unción del Espíritu Santo como casa espiritual y sacerdocio santo, para que, por medio de toda obra del hombre cristiano, ofrezcan sacrificios espirituales y anuncien el poder de Aquel que los llamó de las tinieblas a su admirable luz (cf 1ª Pd 22, 4-10). Por ello todos los discípulos de Cristo, perseverando en la oración y alabando juntos a Dios (cf Hch 2, 42-47), ofrézcanse a sí mismos como hostia viva, santa y grata a Dios (cf Rm 12, 1) y den testimonio por todas partes de Cristo y, a quienes lo pidan, den también razón de la esperanza de la vida eterna que hay en ellos (cf 1ª Pd 3, 15)” (LG 10).

3. Conclusión

Poner la atención en el misterio del Espíritu Santo significa recomprender el valor fundamental de la relación existente entre el Espíritu y la Iglesia: el Espíritu es el que interviene para construir y caracterizar a la Iglesia como “sacramento”. En el interior, por tanto, del ser sacramento de la Iglesia, es donde va acogida la dimensión litúrgico-sacramental de la vida cristiana. La celebración litúrgica, efectivamente, no sólo es comunicación-realización de la economía de la salvación, sino también expresión de la realización de la vida cristiana. En esto, la liturgia es cumbre y fuente del ser creyentes y, en consecuencia, anuncio y catequesis que permite hacer propios los objetivos de la vida cristiana, juntamente con el don sacramental, para poder alcanzarlos. En particular, el itinerario litúrgico-sacramental educa al seguimiento de Cristo, cuyo misterio pascual es paradigma del proyecto de vida cristiana. Al poner en el centro la celebración del misterio cristiano “creído, profesado, vivido”, la comunidad eclesial se capacita para transfigurar la historia en historia de salvación, así como sucede en la celebración litúrgico-sacramental, en la cual la vida de todo creyente viene a ser signo de la realidad transformada por la gracia de Dios. En este contexto, asume

carácter testimonial la celebración que la iglesia hace de la propia experiencia creyente con el recuerdo de los santos. Ellos son los que han realizado ya el seguimiento de Cristo como camino para ser signos indelebles del actuar de Dios por el hombre. Éste es el motivo por el cual este año dedicado al Espíritu Santo resulta providencial para recuperar el significado y valor de la liturgia y de los sacramentos de la iniciación cristiana. De modo particular del sacramento de la Confirmación, como afirma Juan Pablo II: “Se incluye por tanto entre los objetivos primarios de la preparación del jubileo *el reconocimiento de la presencia y de la acción del Espíritu*, que actúa en la Iglesia tanto sacramentalmente, sobre todo por la *confirmación*, como a través de los diversos carismas, tareas y ministerios que él ha suscitado para su bien” (TMA 45).

El sacramento de la confirmación expresa la dinámica profunda del ser cristianos. En la participación de las mismas funciones de Cristo y en la comunión eclesial, el creyente vive su testimonio con autenticidad y como levadura en la realidad de cada día, comprometido en construir la civilización del amor como respuesta a la crisis de civilización. “Con el sacramento de la Confirmación, aquellos que han renacido en el Bautismo, reciben el don inefable, el mismo Espíritu Santo, por el cual son enriquecidos con una fuerza especial (...), son vinculados más perfectamente a la Iglesia, mientras que están más estrechamente obligados a difundir y defender, con la palabra y las obras, su fe, como auténticos testimonios de Cristo. Finalmente, la Confirmación está tan estrechamente ligada con la sagrada Eucaristía que los fieles, ya marcados con el sagrado Bautismo y la Confirmación, son insertados de manera plena en el cuerpo de Cristo mediante la participación de la Eucaristía” (Pablo VI, Const. Ap. *Divinae consortium naturae*).

En virtud de esto, la plena recuperación del aspecto pneumatológico de la Eucaristía podrá contribuir a superar más fácilmente el riesgo de limitarse a la sola dimensión de

la *presencia* de Cristo, para vivirla en cambio, en toda su riqueza, en cuanto *acción* salvífica que contempla todos los misterios del Salvador. Lo mismo se puede afirmar de una cierta mentalidad individualista que, en la práctica, reduce la Eucaristía a una *comunión* con el solo Cristo cabeza, ignorando su *cuerpo* que es la Iglesia (cf 1ª Cor 11, 17-33): una "comunión que no es "comunión" con el *Cristo total* sería una flagrante contradicción con la naturaleza misma de la Eucaristía, porque el Cuerpo de Cristo es la Iglesia y, al mismo tiempo, el Cuerpo sacramental genera el Cuerpo místico.

EL ESPÍRITU EN LA VIDA DEL CRISTIANO

Si, por un lado, no es sencillo decir quién es el Espíritu Santo, por otro, se puede constatar su acción en la vida de aquellos que se dejan transformar por Él. El Espíritu, efectivamente, transforma y trasfigura de tal modo la vida del cristiano, opera un cambio tan profundo en su ser que no puede pasar inadvertido. Los Padres del desierto, cuando querían subrayar que un monje o cualquier bautizado era un hombre de Dios, decían simplemente que era un “pneumatóforo”, es decir, un portador del Espíritu. La “pneumatoforía” (portar al Espíritu) caracteriza a aquel que vive bajo la ley de la Alianza, el hombre redimido que pasa del viejo modo de ser al nuevo, redimido por Jesucristo. Por el contrario, el hombre irredento es aquel que se ha separado del Espíritu, por lo cual las tinieblas se precipitan en su existencia, se aleja de Dios y “separado y extraño” permanece “sin Dios en este mundo” (Ef 2, 12; 4, 18). “Nosotros -escribe San Atanasio- sin el Espíritu somos extraños y lejanos de Dios; si, por el contrario, participamos del Espíritu nos unimos a la divinidad” (*Discursos contra los arrianos*), III, 24).

Ahora, después de haber tratado sobre la misteriosa acción del Espíritu en la vida del hombre en general y del cristiano en particular, buscaremos explicitar el significado de su acción transformadora en la vida del cristiano que se deja “trabajar” por aquel que continúa esculpiendo la imagen de Cristo en cada bautizado.

1. El Espíritu hace partícipes de la vida divina

“La gracia del Espíritu Santo tiene el poder de santificarnos, es decir, de limpiarnos de nuestros pecados y

comunicarnos 'la justicia de Dios por la fe en Jesucristo' (Rm 3, 22) y por el Bautismo... Por el poder del Espíritu Santo participamos en el pasión de Cristo, muriendo al pecado y, en su Resurrección, naciendo a una vida nueva; somos miembros de su cuerpo que es la Iglesia (cf 1ª Cor 12), sarmientos unidos a la vid que es él mismo" (CEC 1987-1989).

La tradición de la Iglesia llama a esta obra santificadora del Espíritu "divinización" o "deificación", expresión, ésta última, usada especialmente por la tradición del cristianismo oriental que la enlaza expresamente con la acción del Espíritu Santo. Afirma a este propósito Juan Pablo II: "En la divinización... la teología oriental atribuye un papel particular al Espíritu Santo: por la fuerza del Espíritu que mora en el hombre, la deificación comienza ya en la tierra, la criatura es trasfigurada y el reino de Dios es inaugurado" (OL 6). Las palabras del Pontífice son el eco de las de Atanasio: "Por medio del Espíritu, todos nosotros somos llamados partícipes de Dios... Entramos a formar parte de la naturaleza divina mediante la participación en el Espíritu... He aquí por qué el Espíritu diviniza a aquellos en quienes se hace presente" (*Cartas a Serapión*, I, 14).

La presencia del Espíritu en el hombre se puede llamar también "gracia santificante", porque, si es cierto que los cristianos son "partícipes de la naturaleza divina" (2ª Pd 1, 4), esto es posible "mediante la santificación del Espíritu" (cf 1ª Pd 1, 2), como afirma la Carta a los Efesios: "Tenemos acceso al Padre por medio de Cristo en el Espíritu". Ser santo significa participar en la naturaleza de Dios por medio de Cristo en el Espíritu Santo. El Padre y el Hijo están implicados también ellos en la santificación de los hombres (cf 1ª Cor 12, 4-6), pero es en el Espíritu Santo en el que los hombres, que no poseen una santidad sustancial como Dios, pueden llegar a serlo por participación. Sin el Espíritu, nosotros quedaríamos como "extranjeros y huéspedes"; en

Él, en cambio, llegamos a ser “conciudadanos de los santos y familiares de Dios” (cf Ef 2, 19).

Esta realidad obedece, efectivamente, a la dinámica de la vida que está en continuo crecimiento, porque el Espíritu Santo se introduce en el hombre como “germen” [o semilla] de vida” (cf 1ª Jn 3, 9; cf Ireneo, *Contra las herejías*, IV ,31, 2) que poco a poco, con la colaboración del mismo hombre, se desarrolla hasta transformar al cristiano haciéndolo “otro Cristo”. Santo Tomás explica la filiación divina de los cristianos afirmando: “La semilla espiritual que procede del Padre es el Espíritu Santo, por tanto, injertándose en los fieles como “semilla de vida” hace nacer la “vida en Cristo” resucitado. Es un proceso de cristificación en el Espíritu que tiene un inicio, una finalidad y unos medios que conducen a su maduración, a su defensa y eventualmente a su recuperación.

2. El Espíritu dispone a la acogida de la vida divina con la fe

Dios Padre, por medio del Espíritu Santo, hace que Cristo habite en el corazón del hombre, es decir, allí donde nace su opción fundamental: “En Él [en Cristo] también vosotros - que habéis escuchado la verdad, la extraordinaria noticia de que habéis sido salvados, y habéis creído- habéis sido marcados por Cristo con el Espíritu Santo prometido” (Ef 1, 13). La fe, don amoroso de Dios (Ef 2, 8), no es otra cosa que aquella sublime realidad a partir de la cual es dado el Espíritu y, en consecuencia, la vida en Cristo.

Hay una constante en el Nuevo testamento, especialmente en San Pablo, según la cual no se puede adherir a la predicación del Evangelio sin el don de la fe que es concedida “con la fuerza del Espíritu Santo (cf Rm 15, 19; Gal 3, 1-5; 1ª Cor 6, 11; 1ª Ts 1, 4-5). “Sólo es posible creer por la gracia y los auxilios interiores del Espíritu Santo”

(CEC 154), porque se trata de aquella fe viva que envuelve la totalidad del hombre y transforma su vida en “vida de fe”. Expresa la *Dei Verbum*: “Para dar esta respuesta de la fe es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda, junto con el auxilio interior del Espíritu Santo, que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede a todos gusto en aceptar y creer la verdad. Para que el hombre pueda comprender cada vez más profundamente la revelación, el Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe con sus dones” (DV 5). El Espíritu, por tanto, nutre, profundiza, interioriza y personaliza cada vez más esta fe, vivificando y activando la palabra de la predicación (cf 1ª Ts 11, 5; 4, 8; 1ª Pd 1, 12), ayudando en la escucha de la palabra (Hch 1, 8), y desvelando el sentido de la Escritura (cf. 2ª Cor 3, 14-15): de este modo Él rinde testimonio de Jesús para poder acogerlo en la fe (cf Jn 15, 26; Hch 1, 8; Ap 19, 10).

El primer efecto de este proceso de animación de la fe por parte del Espíritu es el de adherir al hombre a la Persona de Cristo con todo el propio ser, aceptándolo como Señor y Maestro de la propia vida, como se lee en el *Catecismo*: “No se puede creer en Jesucristo sin tener parte en su Espíritu. Es el Espíritu Santo quien revela a los hombres quién es Jesús. Porque nadie puede decir: ‘Jesús es Señor sino bajo la acción del Espíritu Santo’ (1ª Cor 12, 3). ‘El Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios... Nadie ha podido conocer jamás lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios’ (1ª Cor 2, 10-11). Sólo Dios conoce plenamente a Dios. Nosotros creemos en el Espíritu Santo porque es Dios” (CEC 152). La fe, por otra parte, aún presuponiendo la colaboración de la libertad humana, es un don de Dios y como todo don, nos es dado generosamente por el Espíritu. San Agustín lo dice explícitamente: “El hecho de creer y actuar nos pertenece en razón de la libre elección de nuestra voluntad y, sin embargo, lo uno y lo otro viene dado por el Espíritu de fe y de caridad” (*Retractaciones*, I, 23,2). Está claro, entonces, que “para dar esta respuesta de fe es necesaria la gracia de Dios,

que previene y nos socorre y, junto con los auxilios interiores del Espíritu Santo, que mueva el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del Espíritu y conceda a todos gusto en aceptar y creer la verdad" (DV 5).

Así, el cristiano, animado por la fe, cambia totalmente la actitud frente al mundo y a la realidad, mirando e interpretando cada cosa a través de los ojos del Espíritu. Él es quien ayuda a discernir cuanto en la historia se opone al plan de salvación y quien abre el corazón a los misterios de Dios, de forma que veamos la vida, los acontecimientos y toda la historia, bajo su luz. Se puede comprender sobre todo el misterio de la Cruz que, de otra manera, sería locura para la simple razón humana. "Nosotros -afirma San Pablo- no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu de Dios, para que conozcamos los dones que Dios nos ha concedido. De éstos os hemos hablado y no con estudiadas palabras de humana sabiduría sino con palabras aprendidas del Espíritu, adaptando a los espirituales las enseñanzas espirituales, pues el hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios; son para él locura y no puede entenderlas, porque hay que juzgarlas espiritualmente" (1ª Cor 2, 12-14). Bajo la acción del Espíritu el cristiano percibe que la lógica de la fe no está basada sobre la "sabiduría humana", sino "sobre la manifestación del Espíritu y de su fuerza" sobre la cual se fundamenta su fe (cf 1ª Cor 2, 2-5). Se trata, en otras palabras, de tomar el corazón del Evangelio, es decir, la lógica propia de Dios que es opuesta a la de los hombres, según la cual la vida nace de la muerte, se reina sirviendo, se es libre y feliz en la medida en la cual se es capaz de donarse a los otros sin cálculos ni medida, en la misma línea trazada por Cristo con su comportamiento.

Cirilo de Jerusalén describe así el modo nuevo con el cual el creyente ve todo en el Espíritu, capaz de interpretar la historia de los hombres: "Así como uno que estaba primero en las tinieblas, después de haber visto de improviso el sol, tiene los ojos del cuerpo iluminados y ve claramente lo que

no veía, así, quien se ha hecho digno de recibir el Espíritu Santo, tiene el alma iluminada y ve en modo sobrehumano lo que no veía. El cuerpo está sobre la tierra, el alma contempla los cielos como en un espejo... el hombre, tan pequeño, extiende la mirada sobre el universo desde el primer inicio al final, en los tiempos intermedios y en la sucesión de los reinos. Viene a conocer lo que ninguno le ha enseñado, porque tiene junto a él quien lo ilumina" (*Catequesis*, XVI, 16).

3. En el Espíritu se llega a ser hijos en el Hijo

Aquel germen de vida injertado en el cristiano por el Espíritu, acogido y hecho crecer a través de la fe y los sacramentos, es la vida filial, en virtud de la cual el cristiano, incorporado por el Espíritu a Cristo, que es Hijo de Dios por naturaleza, llega a ser en Él, hijo del Padre por gracia. Los cristianos "a través del Espíritu suben al Hijo y a través del Hijo al Padre" (San Ireneo, *Contra las herejías*, V, 36, 2); llegan a ser, como dicen los Padres, "hijos en el Hijo". San Cirilo de Jerusalén no se cansaba de repetir a aquellos que se preparaban al bautismo: "Somos, de hecho, dignos de invocarlo como Padre por su inefable misericordia. No por nuestra filiación según la naturaleza del Padre celestial, sino por gracia del Padre, mediante el Hijo y el Espíritu Santo hemos sido trasferidos del estado de esclavitud al de filiación" (*Catequesis*, VII, 7). Él mismo explica de forma teológica más elaborada, esta participación del hombre en la filiación divina, poniendo en evidencia el papel específico de Cristo y el del Espíritu: "Cristo es el Hijo único y juntamente el hijo primogénito. Él es el Hijo único como Dios; es el hijo primogénito para la unión salvífica que Él ha establecido entre nosotros y Él, llegando a ser hombre. Como consecuencia de ello, nosotros en Él y por medio de Él, somos hechos hijos de Dios, por naturaleza y por gracia. Por naturaleza lo somos en Él y solo en Él; por participación y

por gracia lo somos mediante Él, en el Espíritu" (*Alocuciones sobre la fe recta*, XXX, 27).

No nos debemos dejar engañar, hacen notar los escritores eclesíásticos, por la expresión "hijos adoptivos": no se trata de una ficción jurídica, sino de una realidad todavía más profunda que la misma generación física: "Éste es el gran bien de la gloriosa adopción filial. Ésta no consiste en un puro sonido verbal, como las adopciones humanas y no se limita a conferir el honor del nombre. Entre nosotros, los padres adoptivos transmiten a sus hijos sólo el nombre y sólo, por el nombre del padre, es oficialmente su padre: no hay ni nacimiento ni dolores de parto. Al contrario, aquí se trata de verdadero nacimiento y de verdadera comunión con el Unigénito, no sólo en el nombre, sino en la realidad: comunión de sangre, de cuerpo y de vida. Cuando el Padre mismo reconoce en nosotros los miembros del Unigénito y descubre en nuestros rostros la efigie del Hijo, ¿qué más podemos ser?... Pero, ¿por qué hablo de la filiación adoptiva? La adopción divina establece un vínculo más estrecho y connatural que la filiación física, hasta tal punto que los cristianos regenerados por los misterios, son hijos de Dios más que de los progenitores y, entre las dos generaciones, media una distancia aún más grande de la que hay entre generación física y filiación adoptiva" (N. Cabasilas, *La vida en Cristo*, VI).

3.1 La "vida en Cristo", en el Espíritu, se expresa en una vida filial

El Espíritu, no sólo hace "hijos en el Hijo" sino que favorece tal experiencia concediendo los *sentimientos filiales* expresados sobre todo en la oración: "Los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Habéis recibido no un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar: '¡Abbà!' (Padre). Ese Espíritu y nuestro espíritu dan un testimonio concorde: que somos hijos de Dios" (Rm 8, 14-

16; cf también Gal 4, 4-7). Para San Pablo, por tanto, el Espíritu, además de hacer a los hombres hijos de Dios, gratificándolos con el don de la adopción, da también la experiencia de serlo, llevándolos a invocarlo dulcemente como Padre y dando testimonio de la adopción divina: "Con el Espíritu Santo, que hace espirituales, está la readmisión al cielo, el retorno a la condición de hijo, el atrevimiento de llamar a Dios Padre, el llegar a ser partícipes de la gracia de Cristo, el ser llamado hijo de la luz y compartir la gloria eterna" (San Basilio, *El Espíritu Santo*, XV, 36).

El cristiano está verdaderamente redimido cuando deja que el Espíritu infunda dentro de él el espíritu filial -espíritu de libertad y de incondicional confianza-; es decir, cuando se siente como un niño que tiene absoluta necesidad del padre a quien dirigir su plegaria filial, y que por sí solo no puede decir ni siquiera "papá". Entonces será el mismo Espíritu, quien como una madre presurosa, le ayudará a gritar con inmensa ternura: "¡Abbà, Padre!". En efecto, si en Rm 8, 15 se dice que son los hijos los que "gritan: Abbà", en Gal 4, 6 se dice: "Y por ser hijos envió Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que grita: Abbà, Padre".

Esta disposición de ánimo filial no es, por tanto, algo superficial que toca sólo la esfera emotiva, sino que brota de lo íntimo de la persona y es originada por el descubrimiento de la paternidad de Dios, tal como fue revelada por Cristo: paternidad divina no en sentido metafórico, sino real y auténtico. De este modo, el Espíritu hace tomar viva conciencia de la condición de hijos de Dios, un descubrimiento éste que implica las energías más íntimas del Espíritu, haciendo crecer y transformar a toda la persona. En la experiencia de la filiación divina, el Espíritu revela al hombre a sí mismo como "creatura nueva" (Gal 6, 15; 2ª Cor 5, 17), haciéndole acoger con estupor el sentido radicalmente nuevo de su existencia de creyente.

Tal disposición filial se expresa, existencialmente, además de en la oración filial, también y sobre todo en la obediencia filial. Al seguimiento de Jesús, cuya existencia coincide con el ser hijo y esto en la identificación con la voluntad del Padre (“mi comida es hacer la voluntad de aquel que me ha enviado y llevar a cabo su obra”; Jn 4, 34; 6, 38), la vida filial del cristiano bajo la guía del Espíritu será una constante búsqueda de la voluntad del Padre para conformarse con ella, por amor y no por temor, porque el Espíritu es Aquel que libera del temor del esclavo e introduce en la gloriosa libertad de los hijos de Dios (Rm 8, 14-16; Gal 4, 4-7). Así, en esta continua conformación con el Hijo crece la imagen del Hijo y, paralelamente, también los sentimientos filiales: “El Señor es Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor está la libertad. Todos nosotros, a cara descubierta, reflejamos como espejos la gloria del Señor y nos transformamos en la misma imagen, de gloria en gloria, como movidos por el Espíritu del Señor” (2ª Cor 3, 17-18).

3.2 El Espíritu, maestro de oración

“El Espíritu Santo, cuya unción impregna todo nuestro ser, es el Maestro interior de la oración cristiana. Es el artífice de la tradición viva de la oración. Indudablemente, hay tantos caminos en la oración como cuantas personas oran, pero es el mismo Espíritu el que actúa en todos y con todos. En la comunión en el Espíritu Santo la oración cristiana es oración de la Iglesia” (CEC 2672).

La oración, en su verdadero significado, es unión del alma con Dios, porque como dice Juan Damasceno: “La vida de oración consiste en estar habitualmente en la presencia de Dios tres veces Santo y en comunión con él” (CEC 2565), “es elevación del alma a Dios” (*La fe ortodoxa*, III, 24). En este sentido, el hombre por sí solo puede pronunciar solo palabras, pero no orar: la oración, en cuanto búsqueda y unión con Dios es siempre don de Dios mismo. “Nosotros creemos firmemente -afirma Orígenes- que la naturaleza

humana no es capaz de buscar a Dios y de descubrirlo con pureza, si no es ayudada por aquel que ella busca. Y él es descubierto por aquellos que reconocen, después haber hecho lo que podían, tener necesidad de él" (*Contra Celso*, VII, 42). Ahora bien, como todo don de Dios, también la oración, no puede sino venir de la apertura del hombre al Espíritu, que pone en comunión con el Padre y con el Hijo: "La oración cristiana es una relación de Alianza entre Dios y el hombre en Cristo. Es acción de Dios y del hombre; brota del Espíritu Santo y de nosotros, dirigida por completo al Padre, en unión con la voluntad humana del Hijo de Dios hecho hombre" (CEC 2564).

El hombre que vive todavía inmerso en la fragilidad, en la incertidumbre y en el fluctuar del tiempo, experimenta la dificultad en orar e ignora también qué puede pedir. Pero no por esto debe desanimarse, porque el Espíritu le sale al encuentro para tomar en mano su situación: el Espíritu que le ha hecho partícipe del estado de hijo adoptivo, haciéndole experimentar la realidad, es el mismo Espíritu que ahora ora en él y por él. Asumiendo su debilidad, lleva a término la obra de la salvación por Él iniciada, no obstante las dificultades que se puedan encontrar a lo largo del camino: "El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables" (Rm 8, 26-27).

Por otra parte, la oración cristiana no puede ser tal, si no es oración filial. Éste es el motivo por el cual, el don de la adopción filial actuada por el Espíritu, es presentado por San Pablo como el grito experiencial del *Abbá* (= "Padre") (Rm 8, 15). Es en la oración donde el creyente toma cada vez mayor conciencia de la propia identidad, llamado a vivir una relación filial con Dios Padre. "En la nueva Alianza, la oración es la relación viva de los hijos de Dios con su Padre infinitamente bueno, con su Hijo Jesucristo y con el Espíritu Santo (...) La vida de oración es estar habitualmente

en presencia de Dios, tres veces Santo, y en comunión con Él. Esta comunión de vida es posible siempre porque, mediante el Bautismo, nos hemos convertido en un mismo ser con Cristo (cf Rm 6, 5). La oración es *cristiana* en tanto en cuanto es comunión con Cristo y se extiende por la Iglesia que es su Cuerpo. Sus dimensiones son las del Amor a Cristo" (CEC 2565).

Toda oración del cristiano, por tanto, sea la litúrgica como la personal, acontece siempre en el Espíritu, porque el acceso al Padre se tiene por medio del Hijo, en el Espíritu (cf Ef 2, 18). Se comprende, entonces, la importancia de la recomendación de la Carta de Judas: "Pero vosotros, carísimos, edificándoos por vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios" (vv. 20-21). En este sentido, toda forma de oración, la de alabanza, de acción de gracias o de súplica, es hecha siempre en el Espíritu. "Dejaos llenar del Espíritu -exhorta San Pablo-. Recitad, alternando, salmos, himnos y cánticos inspirados; cantad y tocad con toda el alma para el Señor. Celebrad constantemente la Acción de Gracias a Dios Padre, por todos, en nombre de nuestro Señor Jesucristo" (Ef 5, 18-20). Y, refiriéndose especialmente a la oración de intercesión insiste: "Orad en toda ocasión con la ayuda del Espíritu. Tened vigiliias en que oréis con constancia por todo el pueblo santo de Dios" (Ef 6, 18). Sólo así el cristiano es un auténtico adorador "en espíritu y verdad", como dice Jesús a la Samaritana (Jn 4, 24), evitando orar como los paganos, porque se trata de una oración libre y liberadora, dirigida al verdadero Dios que no está ligado a lugares ni objetos sino que quiere hacer su templo en el corazón del hombre y del cosmos. Comentando este texto, San Hilario escribe: "Porque Dios es invisible, incomprensible, inmenso, el Señor dice que ha llegado el tiempo en el cual Dios no será ya adorado sobre un monte o en un templo, 'porque Dios es Espíritu'. No puede ser circunscrito ni encerrado el Espíritu que, por el poder de su naturaleza, está en todo lugar, de ningún lugar está ausente, es sobreabundante en todas las cosas con su plenitud: por

tanto, son verdaderos adoradores aquellos que adoran en Espíritu y verdad. Aquellos que adoran a Dios que es Espíritu, en el Espíritu tendrán el primero como fin y el segundo como medio de su reverencia, porque cada uno de ellos tiene una relación diversa al confrontarse con aquel que debe ser adorado. Diciendo 'Dios es Espíritu' no suprime el nombre y el don del Espíritu Santo... Así ha sido indicada la naturaleza del don y del honor, cuando ha enseñado que en el Espíritu es necesario adorar a Dios, que es Espíritu, revelando qué libertad y qué conocimiento está reservado a aquellos que adoran y cuál es el fin inmenso de la adoración, porque Dios, que es Espíritu, es adorado en el Espíritu" (*La Trinidad*, II, 31).

La oración por excelencia "en Espíritu y verdad" es la enseñada por el mismo Señor Jesús: el *Pater noster* que es una auténtica oración "espiritual". A este propósito escribe San Cipriano: "Aquel que se hizo don de la vida nos enseñó también a rezar, con la misma benevolencia con la que se dignó enriquecernos generosamente con sus otros dones, de manera que, dirigiéndonos al Padre con la oración que nos ha dictado el Hijo podamos más fácilmente ser escuchados. Ya había predicho que estaba para llegar un tiempo en el cual los verdaderos adoradores adorarían al Padre 'en Espíritu y verdad', y por tanto, cumplió cuanto antes había prometido, para que nosotros, que en virtud de su santificación habíamos recibido el Espíritu y la Verdad, en virtud de esa misma consigna pudiéramos también adorar según el Espíritu y la verdad. En efecto, ¿cuál puede ser la oración "espiritual" sino aquella que nos fue dada por Cristo, Él que envió también el Espíritu Santo?" (*La oración del Señor*, 2).

San Juan Crisóstomo, refiriéndose al *Padrenuestro*, afirma que quien no ha recibido la plenitud del Espíritu no puede absolutamente llamar a Dios con el nombre de Padre y, por tanto, no puede orar con las palabras enseñadas por el Señor (cf *Homilías sobre el Evangelio de Mateo*, XIX, 4). Y San Agustín

enseña "Sin él [el Espíritu Santo] grita en el vacío Abbá quien lo grita" (*Discursos*, 71, 18).

3.3 Testigos en el Espíritu

La "misión del Espíritu es la de transformar a los discípulos en testigos de Cristo" (CT 72); y Jesús había afirmado: "Cuando venga el Paráclito, que os enviaré desde el Padre, el Espíritu de la Verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí; y también vosotros daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo" (Jn 15, 26-27). Dar testimonio de Cristo con la fuerza del Espíritu significa implicarse en la Palabra del Evangelio, para que transforme y fermente toda la propia existencia hasta irradiarla con coherencia ante todos y a cualquier precio.

En las diversas condiciones de la vida cristiana, en las que el testimonio se hace más luminoso, se encuentra siempre en el origen la acción del Espíritu, como en los "testigos", por excelencia, los "mártires" (que en griego significa, precisamente, *testigos*), los de ayer y los de hoy, los cuales, para ser coherentes con su fe y fieles a la justicia, han "perdido" la propia vida "dándola" hasta la caridad extrema con Dios y con los hombres. El martirio, de hecho, es considerado por la Iglesia primitiva y por los Padres la cumbre de la santidad y ha sido considerado siempre como el don supremo que el Espíritu concede a los creyentes: "¿Por qué decimos que es el Espíritu Santo el que infunde en los mártires la fuerza de testimoniar? ¿Quieres saberlo? Porque lo ha dicho el Salvador a sus discípulos: 'Cuando os conduzcan a la sinagoga, ante los magistrados y las autoridades, no os preocupéis de lo que vais a decir, o de cómo os vais a defender. Porque el Espíritu Santo os enseñará en aquel momento lo que tenéis que decir' (Lc 12, 11-12). De hecho no es posible dar testimonio de Cristo sin la fuerza del Espíritu Santo. De Él es de quien recibimos la fuerza de dar testimonio, porque si 'ninguno puede decir: Jesús es el Señor, sino bajo la acción del Espíritu Santo' (1ª Cor 12, 3),

¿quién podrá dar la vida por Jesús sino bajo la acción del mismo Espíritu Santo?" (Cirilo de Jerusalén, *Catequesis*, XVI, 21). Para Tertuliano, el Espíritu es el "entrenador" de los mártires, los introduce en la arena bien preparados para afrontar la lucha y vencer: "Vosotros estáis para afrontar un bello combate, donde espectadores y árbitro es sólo Dios, el Espíritu Santo es nuestro entrenador y el premio una corona eterna. Por tanto, nuestro alistador Jesucristo, que os ha ungido con el Espíritu Santo y os ha hecho descender a la arena para el día de la lucha, os ha quitado del mundo de vida agitada, para un duro entrenamiento a fin de adiestraros más tenazmente" (*A los mártires*, III).

En esta línea se inserta el magisterio de Juan Pablo II cuando insiste en la actualidad sobre la espiritualidad del martirio, recordando a aquellos mártires que en este siglo que declina, han adornado con su sangre todas las iglesias cristianas (cf UUS 84): "Al final del segundo milenio, afirma el Papa, *la Iglesia ha vuelto de nuevo a ser Iglesia de mártires...En nuestro siglo han vuelto los mártires*, con frecuencia desconocidos, casi "*militi ignoti*" de la *gran causa de Dios*" (TMA 37). Estos mártires, reforzados por el Espíritu, vienen a ser signo de libertad y de dignidad humana: "Esta revelación de la libertad y, por consiguiente, de la verdadera dignidad del hombre adquiere un significado particular para los cristianos y para la Iglesia en estado de persecución -ya sea en los tiempos antiguos, ya sea en la actualidad-, porque los testigos de la verdad divina son entonces una verificación viva de la acción del Espíritu de la verdad, presente en la conciencia de los fieles, y a menudo sellan con su martirio la glorificación suprema de la dignidad humana" (DeV 60).

Cada cristiano, pues, está llamado a ser testigo del Evangelio con la propia vida, aunque ello no requiera necesariamente el martirio de sangre sino el de las dificultades de la vida cotidiana: soledad, enfermedad, vejez, pobreza, incomprensiones, vicisitudes de la vida. En todas estas cosas es el Espíritu el que interviene para hacer

experimental, en la prueba y en el abandono, la “perfecta alegría” (cf St 1, 2) hasta la bienaventuranza de la que habla la *Segunda Carta de Pedro*: “Bienaventurados vosotros cuando seáis insultados por el nombre de Cristo porque el Espíritu de la gloria y el Espíritu de Dios está con vosotros” (4, 14). No extraña, por tanto, el hecho de que San Francisco de Asís lo considere como una gracia: “sobre todas las gracias y los dones del Espíritu Santo, las cuales concede Cristo a sus amigos, está el vencerse a sí mismo y estar contento por amor a Cristo, sobrellevando las penas, injurias, oprobios e incomodidades” (*Floreccillas*, VIII).

El Espíritu Santo, inspira y refuerza todavía a los “sucesores de los mártires”, a los hombres y mujeres consagrados en la vida religiosa: “La vida consagrada, enraizada profundamente en los ejemplos y enseñanzas de Cristo el Señor, es un don de Dios Padre a su Iglesia por medio del Espíritu” (VC 1), por lo cual, los religiosos en la búsqueda de la autenticidad cristiana, se comprometen a ser, de manera especial, “portadores del Espíritu” (cf VC 6; 19).

Estas dos formas de testimoniar a Cristo, en el Espíritu, vienen a ser modelos para todo cristiano, al mostrar a todos que la seriedad de la vida cristiana y la adhesión al Evangelio implican una radicalidad sin compromisos. Los creyentes, por tanto, con la fuerza del Bautismo y la Confirmación (el sacramento por excelencia del *testimonio*), guiados por el Espíritu son testimonios de Cristo en toda su vida cotidiana, conscientes de que ser cristianos significa estar preparados para morir por Cristo en cada instante, haciendo que el martirio se prologue así toda su vida. Escribe Clemente Alejandrino: “(El cristiano perfecto) rendirá testimonio (*martyresei*) de noche, rendirá testimonio de día; con la palabra, con la vida y con la conducta rendirá testimonio; cohabitando con el Señor, permanecerá su confidente y comensal, según el Espíritu; puro en la carne, puro en el corazón, santificado en la palabra. Por él ‘el mundo ha sido crucificado’ dice la Escritura, y él mismo lo está ‘para el

mundo' (Gal 6, 7). Él, llevando a todas partes la cruz del Salvador, sigue al Señor detrás de sus huellas y, como Dios, viene a ser santo entre los santos" (*Strómmata*, II, 20).

Por esto, Juan Pablo II junto a los "nuevos mártires" recuerda la heroicidad del testimonio de tantos esposos cristianos: "Será tarea de la Sede Apostólica, con vistas al año 2000, *actualizar los martirologios* de la Iglesia universal, prestando gran atención a la santidad de quienes *también en nuestro tiempo* han vivido plenamente en la verdad de Cristo. De modo especial se deberá trabajar por el reconocimiento de la heroicidad de las virtudes de los hombres y mujeres que han realizado su vocación cristiana *en el matrimonio*: convencidos como estamos de que no faltan frutos de santidad en tal estado, sentimos la necesidad de encontrar los medios más oportunos para verificarlos y proponerlos a toda la Iglesia como modelo y estímulo para los otros esposos cristianos" (TMA 37).

El Espíritu que distribuye a cada uno, y en los distintos estados de vida, sus carismas, es Aquel que impulsa a dar testimonio de la multiforme belleza de la Iglesia: "¡Oh grandeza del Espíritu Santo, -exclama Cirilo de Alejandría dirigiéndose a los catecúmenos- admirable omnipotencia, pródiga de carismas! Pensad en cuantos estáis aquí presentes sentados, almas en las cuales está presente y actúa en cada uno, observa las disposiciones, escruta los pensamientos y las conciencias, las palabras y las obras... A través de todas las naciones, se pueden ver obispos, sacerdotes, diáconos, monjes, vírgenes y fieles laicos. En cabeza de todos ellos está el Espíritu que preside y distribuye a cada uno su carisma. En el mundo entero, a uno otorga la pureza, a otro la perpetua virginidad, al otro el don de la misericordia, a otro el amor por la pobreza o el poder de expulsar demonios. Como la luz con uno solo de sus rayos hace luminosas todas las cosas, así el Espíritu Santo ilumina a todos aquellos que tienen ojos para ver" (*Catequesis*, XVI, 22).

3.4 La ascesis en el Espíritu

La acción del Espíritu en el cristiano no es, sin embargo, automática, porque él no permanece en una actitud pasiva sino que colabora, eliminando sobre todo, lo que puede impedir su obra. Macario egipciaco afirma que la voluntad humana es esencial para que Dios pueda actuar en el hombre: “La voluntad humana es, por así decir, una condición esencial; si no existe esta voluntad, Dios no hace nada por sí solo” (*Homilías*, XXXVII, 10). Esta colaboración del hombre con Dios para purificar el alma de la escoria del pecado y de las pasiones que impiden que se refleje la imagen de Dios en él, viene llamada por la tradición cristiana “ascesis”. Escribe Gregorio de Nisa: “el espíritu del hombre con el pecado es como un espejo al revés, el cual, en vez de reflejar a Dios, refleja en sí la imagen de la materia informe” (*La creación del hombre*, XII). Por este motivo, las pasiones trastocan la armonía primitiva existente en el hombre, por lo que la creatura “gusta” con mayor facilidad y de forma más inmediata lo efímero antes que al Creador y a las falsas imágenes en vez del prototipo.

Aquí es cuando interviene el Espíritu para ayudar al hombre a reconstruir en sí la imagen de Dios, según la bellísima página de Basilio, obispo de Cesarea, donde escribe en síntesis esta acción del Espíritu en las almas y los resultados que se consiguen: “En lo referente a la íntima unión del Espíritu con el alma, no consiste en una cercanía local... sino en la exclusión de las pasiones. Por ella se nos purifica de las fealdades adquiridas por los vicios, recupera la belleza de su naturaleza, es restituida a la imagen real su forma primitiva a través de la pureza; a esta condición se acerca el Paráclito. Y él, como el sol se posiona de un ojo purísimo, te mostrará en él mismo la imagen del invisible; en la bienaventurada contemplación de la imagen, tu verás la inefable belleza del Arquetipo. A través del Espíritu el corazón se eleva, los débiles son conducidos de la mano, los que progresan llegan a ser perfectos” (*El Espíritu Santo*, IX, 23).

3.5 La lucha contra la “carne” para conseguir el “fruto” del Espíritu

Este proceso de purificación cumplido en el Espíritu es llamado, en las cartas a los Gálatas, (Cf 5, 13.16-18) y a los Romanos (cf 8, 1-12) *lucha contra la carne*. Aunque de hecho, el hombre ya ha sido redimido y el Espíritu ya le ha sido dado, sin embargo permanece en él la triste posibilidad de volver a ser *carne*, es decir, hombre natural, decaído, irredento, dominado por el propio egoísmo que pone todo, idolátricamente, en referencia a sí mismo. El Espíritu Santo, entonces, ayuda al creyente a liberarse de esta radical fuerza negativa, lo hace capaz de adherirse a la ley fundamental de la vida, que consiste en abrirse a Dios y a los hermanos, orientando la propia existencia según los criterios del amor. El cristiano que está “llamado a la libertad” (Gal 5, 13), puede permanecer en esta gloriosa condición filial, sólo gracias a la intervención del Espíritu, garantía y principio activo de su libertad. He aquí el motivo de la exhortación de San Pablo a “caminar según el Espíritu”, a “dejarse guiar por el Espíritu”: “Os digo, pues, andad según el Espíritu y no realicéis los deseos de la carne; pues la carne desea contra el Espíritu y el Espíritu contra la carne. Hay entre ellos un antagonismo tal, que no hacéis lo que quisierais. Pero si os guía el Espíritu, no estáis bajo el dominio de la ley” (Gal 5, 16-18). Es conocido que la contradicción entre carne y Espíritu está dentro de cada fiel; él es ya hijo de Dios y tiene el Espíritu, pero persisten en él posibilidades nefastas y centrífugas, -las obras de la carne que son: “fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, enemistades, contiendas, envidias, rencores, rivalidades, partidismos, sectarismos, discordias, borracheras, orgías y cosas por el estilo” (Gal 5, 19-20)-, capaces de devolverlo a la vieja condición de esclavitud y sofocar las obras del Espíritu. La moral cristiana, por el contrario, no es una moral de esclavos, no consiste en un conjunto de normas éticas impuestas desde fuera, sino que es el modo “connatural” de actuar del hombre “espiritualizado”, del creyente que ha llegado a ser,

en el Espíritu, “otro Cristo”, llevado a vivir según la lógica de la “nueva vida en Cristo” (cf Ef 4, 17-30) y a tener los “sentimientos de Cristo” (Fl 2, 5). De esta manera, el Espíritu abre al hombre a la lógica del Sermón de la montaña y de las Bienaventuranzas, en cuya perspectiva será fácil servir a Dios “en Espíritu nuevo, no en la letra vieja” (Rm 7, 6). En este caso el *fruto del Espíritu* resplandecerá en la vida del cristiano auténtico, el fruto original y esencial que es el *ágape-amor* cristiano: “la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado” (Rm 5, 5). El don del Espíritu es, por tanto, el germen de una vida moralmente armoniosa que el cristiano está invitado a realizar, caracterizándola como vida animada por el Espíritu. Las diversas manifestaciones que signan la vida del cristiano no son otra cosa que la irradiación del don original y fundamental, que es la caridad. El *Catecismo de la Iglesia Católica*, sirviéndose de la *Vulgata*, explica y enumera los *frutos* del Espíritu: “Los frutos de Espíritu son perfecciones que forma en nosotros el Espíritu Santo como primicias de la gloria eterna. La tradición de la Iglesia enumera doce: ‘caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia, castidad’ (Gal 5, 22-23 *Vulgata*)” (n. 1832).

Existe, además, un fruto del Espíritu que brota de la caridad y del hecho de ser hijos de Dios: la *libertad*. Por esto, “cuanta más caridad tiene uno, tanto más tiene la libertad, porque ‘El Señor es Espíritu y donde está el Espíritu del Señor está la libertad’ (2ª Cor 3, 17). Y quien tiene la perfecta caridad, tiene en grado eminente la libertad” (Santo Tomás de Aquino, *In III Sent* d.29, q. un., a.8; q.1, 3ª. c.). “Vosotros, hermanos -dice San Pablo- estáis llamados a la libertad... si os dejáis guiar por el Espíritu ya no estáis bajo la ley” (Gal 5, 13.18), por lo cual el cristiano es libre porque sigue “la ley del Espíritu” (cf Rm 8, 2) que lo empuja a huir del mal por amor y no por miedo. Tomás de Aquino enseña a este respecto: “Ahora es cuando obra el Espíritu Santo, el cual perfecciona interiormente nuestro espíritu comunicándole

un dinamismo nuevo, de manera que él se abstiene del mal por amor...; y, de tal manera es libre, no en el sentido de que no está sometido a la ley divina, sino es libre porque su dinamismo interior lo lleva a hacer lo que prescribe la ley divina. (*In 2ª Cor 3, 17, lect. 3*).

Está claro que todo esto no es un proceso mecánico. Se trata de una meta a la que el Espíritu conduce, sólo en la medida en que el cristiano acepta y secunda esta acción suya. Por esto se habla de los frutos del Espíritu como expresión de un camino que evoca la idea de la *maduración*. La vida del cristiano no será otra que un continuo crecer, un avanzar en la dirección del Espíritu y bajo su impulso, lo que implica prestarle atención y escuchar al Espíritu, seguirlo en la obediencia a través de una vida plasmada por la fuerza y el estilo del Espíritu: “Si vivimos en el Espíritu, caminemos también según el Espíritu” (Gal 5, 25).

3.6 El arrepentimiento en el Espíritu

En la *Secuencia* de la fiesta de Pentecostés, la Iglesia reza así al Espíritu Santo: “Mira el vacío del hombre si tu le faltas por dentro. Lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo, doma el Espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero.

La vida en Cristo, el “caminar en el Espíritu” no siempre está coronado por el éxito; más bien, el cristiano con frecuencia tiene la experiencia de la derrota y del pecado. Pero es aquí, precisamente cuando el Espíritu no abandona al creyente e interviene con dulzura para levantar a quien ha caído y ponerlo de nuevo en camino, solicitando el arrepentimiento y concediéndole el perdón de los pecados: una consoladora verdad que la Escritura y la Tradición de la Iglesia atestiguan abundantemente.

En el abuso de la libertad, el hombre toca con la mano las tremendas posibilidades de sustituir a Dios, constru-

yendo la propia imagen en el rechazo de la creaturalidad. En el fondo es el drama del pecado y de la alienación, ante las cuales el perdón de Cristo es ofrecido como condición para convertirse y ser reintegrado a la santidad del cuerpo eclesial. Este retorno a la casa del Padre (cf Lc 15, 11-32), o cambio de orientación, es debido al Espíritu Santo, como ya en el día de Pentecostés, cuando después del descendimiento del Espíritu Santo y el discurso de Pedro, los presentes sintieron “traspasado” el corazón y se convirtieron: “Estas palabras les traspasaron el corazón y preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles: ‘¿Qué tenemos que hacer, hermanos?’ Pedro les contestó: ‘Convertíos y bautizaos todos en nombre de Jesucristo para que se os perdonen los pecados, y recibiréis el Espíritu Santo’” (Hch 2, 37-38). En este caso, el Espíritu es experimentado primero como Aquel que conmueve los ánimos y los orienta hacia Dios, después como quien es dado como “dulce huésped del alma”.

También en la Carta a los Romanos el Espíritu es presentado como aquel que libera “de la ley del pecado y de la muerte” (8, 2) y vuelve al cristiano arrepentido, propiedad de Cristo (cf v. 9). Y Jesús mismo, en la efusión del Espíritu Santo a los apóstoles, la tarde de Pascua, pone en *relación* el perdón de los pecados *con el Espíritu*: “Jesús repitió: ‘Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo’. Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: ‘Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos’” (Jn 20, 21-23). El Espíritu, por tanto, no sólo mueve al cristiano a arrepentirse, sino que tiene el poder de dar y renovar la vida divina, además de perdonar los pecados cuando existe arrepentimiento, especialmente en el sacramento de la Penitencia. Este sacramento no es el resultado de un mecanismo absolutorio, sino un prodigio de conversión que sólo el Espíritu puede realizar y que se puede verificar en tanto el sacerdote y como el penitente estén invadidos por el Espíritu Santo. Es Él quien cumple todo esto, creando y donando el

“corazón nuevo”, instaurando una nueva condición en el amor hacia Dios y de aceptación de su voluntad.

La convicción de que los pecados son perdonados por obra del Espíritu Santo se encuentra tanto en los Padres del Oriente como del Occidente. Así, en San Ambrosio: “Y ahora veamos si el Espíritu Santo perdona los pecados. Pero no lo podemos poner en duda, desde el momento en que el mismo Señor lo ha dicho: *Recibid el Espíritu Santo: a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados*. ¡He aquí que por obra del Espíritu Santo son perdonados los pecados! Pero los hombres, en el perdón de los pecados, actúan su ministerio, no ejercitan el derecho de una potestad: no perdonan los pecados en nombre propio sino en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (*El Espíritu Santo*, III, 137).

San Cirilo de Jerusalén presenta la acción del Espíritu en la globalidad de la vida del cristiano, como Aquel que perdona, asiste y protege a través de toda la vida del Bautizado: “Si crees, no sólo obtienes el perdón de los pecados, sino que además te haces capaz de realizar acciones superiores a las fuerzas humanas. ¡Ojalá tú fueras digno del carisma de la profecía! Recibirías tanta gracia cuanta puedas contener en ti... Él te tomará a su cuidado como un soldado; velará sobre ti cuando entres y salgas, y tendrá a la vista a quien te insidia. Te donará toda suerte de carismas, si tú no lo contristas con el pecado. Está escrito: ‘No contristéis al Espíritu Santo de Dios, en el cual habéis sido señalados para el día de la redención’” (*Catequesis*, XVII, 37).

3.7 Renovación en el Espíritu

La novedad producida por el Espíritu Santo en cada bautizado es la de entrar a constituir el pueblo de Dios. Cada creyente, al tomar parte en las riquezas y en las responsabilidades que comportan la consagración bautismal y la unción crismal, descubre la dimensión carismática de toda

la comunidad cristiana. Es el Espíritu el que infunde en cada creyente una multiplicidad de dones con vistas a la utilidad común (cf LG 3, 4, 11, 12b, 30), evidenciando la variedad ministerial y carismática en el interior de la Iglesia. Como fuerza de la obra del Espíritu Santo, la riqueza carismática del pueblo santo de Dios viene a ser expresión de todas aquellas formas personales y comunitarias (asociaciones laicales, movimientos, grupos...) en cuya base está el descubrimiento de la propia vocación bautismal, en el anuncio del Evangelio y en la autenticidad de la elección de vida. Si el Espíritu es Señor y dador de vida de la comunión eclesial y si deber de la Iglesia es actuar en la historia el encuentro entre Dios y el hombre, cumplido en la encarnación del Hijo, se comprende, entonces, cómo es en el interior de la vida eclesial donde encuentran origen y significado los dones del Espíritu. Escribe el teólogo y cardenal Y. Congar: "Si no es posible pensar en el Dios viviente, el Dios de la alianza, sin un pueblo y una Iglesia, menos se puede pensar una Iglesia semejante de sinfonía de dones diversos, de corresponsabilidad, de cambios y de comunión sin ver a Dios, en su Espíritu, como Aquel que pone en relación, comunica y hace comunicar" (*Espíritu del hombre, Espíritu de Dios*).

En este sentido, es en la Iglesia donde la riqueza de los dones espirituales se asocia a la diversidad de los ministerios, orientados a realizar el crecimiento de la comunidad en la plenitud de la verdad. En su historia, la Iglesia ha visto surgir muchas formas carismáticas que han animado a la comunidad. Los padres del monacato y los fundadores de las diversas órdenes religiosas han hecho visible la acción misteriosa del Espíritu. En el hoy de la Iglesia es todavía posible verificar la misma y permanente acción que se expresa también en los "movimientos eclesiales", como afirma la *Christifideles Laici*: "junto a las asociaciones tradicionales, y tal vez de sus mismas raíces, han germinado movimientos y asociaciones nuevas, con fisonomía y finalidades específicas: tanta es la riqueza y versatilidad de

los recursos que el Espíritu alimenta en el tejido eclesial y tanta es también la capacidad de iniciativa y generosidad del laicado" (n. 29).

La característica de estos movimientos es la de una apertura renovada a la persona del Espíritu, dador de todo don, que se inserta en el descubrimiento de la experiencia cotidiana de la creaturalidad de la Palabra como guía para la vida. Pero, en la base de la fuerza innovadora de tales movimientos, está la importancia de la comunión de vida, en la cual, el conocerse y encontrarse para caminar juntos constituye la instancia más significativa. En otras palabras, tales movimientos, insertándose en el surco de la extraordinaria vitalidad de la Iglesia, constituyen un signo, sobre todo en relación con la necesidad de vivir la radicalidad de la fe cristiana en los aspectos más concretos de la existencia, testimoniando de este modo que el Evangelio no es extraño al mundo. Aún más, es levadura, condimento capaz de amasar y dar sentido, a través de elecciones de vida marcadas por la libertad del Espíritu y las razones de la esperanza.

Ahora bien, es verdad que tales experiencias no están ajenas de algunos riesgos, como el refugio en lo privado, la acentuación unilateral de la dimensión subjetiva de la fe, la concentración de las actividades en los confines del movimiento o asociación; pero es también verdad que la mayor parte de ellos expresan la dimensión de eclesialidad que se caracteriza en el nexo inseparable entre comunión y misión. La primacía dada a la vocación de todo cristiano a la santidad, la responsabilidad de confesar la fe católica, el testimonio de una comunión definida y convencida, la conformidad y la participación en el fin apostólico de la Iglesia y el compromiso de una presencia en la sociedad humana que, a la luz de la doctrina social de la Iglesia, se ponga al servicio de la dignidad integral del hombre (cf ChL 30), constituyen algunos criterios fundamentales en los que se inspira la renovación espiritual, que intenta ir a las raíces

de nuestro ser Iglesia y de lo cual son expresión los “movimientos eclesiales”. Afirmó Juan Pablo II: “La Iglesia busca tomar conciencia más viva de la presencia del Espíritu que actúa en ella por el bien de su comunión y misión, mediante dones sacramentales jerárquicos y carismáticos. Uno de los dones del Espíritu Santo en nuestro tiempo, es ciertamente el florecimiento de los movimientos eclesiales, que desde el inicio de nuestro Pontificado venimos indicando como motivo de esperanza para la Iglesia y para los hombres. Ellos son un signo de la libertad de formas, en las cuales se realiza la única Iglesia y representan una novedad segura, que espera todavía ser comprendida en toda su positiva eficacia por el reino de Dios en la obra y en el hoy de la historia. En el marco de las celebraciones del Gran Jubileo, sobre todo las del año 1998, dedicado en modo particular al Espíritu Santo y su presencia santificadora en el interior de la comunidad de los discípulos de Cristo, cuento con el testimonio común y la colaboración de los movimientos. Confío que ellos, en comunión con los Pastores (...) quieran llevar al corazón de la Iglesia su riqueza espiritual, educativa y misionera, como preciosa experiencia y propuesta de vida cristiana” (*Homilía del Santo Padre en la Vigilia de Pentecostés*, 25 de mayo de 1996).

4. Conclusión

De todo lo dicho, se puede constatar cómo el Espíritu Santo es verdaderamente el corazón de la vida cristiana, su misma respiración, hasta tal punto de que no se trata de ser sólo “devotos” del Espíritu Santo, sino sencillamente de vivir y respirar del Espíritu. Es necesario tratar de recuperar, a través de este año dedicado a la reflexión sobre el Espíritu Santo, algunos valores básicos de la vida cristiana, vividos y predicados a la luz del Espíritu. Así, no se insistirá nunca bastante sobre el hecho de que la gracia santificante no es cualquier cosa, sino la misma vida de Dios que alcanza al creyente con el Don del Espíritu, en presencia del cual el

pecado emerge en todo su dramatismo como atentado a la integridad "espiritual" del hombre. La salvación, por tanto, no es fruto de la conquista humana, sino el acontecimiento de una relación íntima con Dios que se inscribe en la experiencia de la filiación divina. Hacerse conducir por el Espíritu quiere decir acoger el don de la redención como condición para vivir la propia vida en la finitud y fragilidad, testigos, a la vez, de la nueva creación operada por el amor de Dios. Aquí es donde se sitúa el espacio de la responsabilidad, en el que todo creyente está invitado a vivir el servicio del testimonio y de la caridad. Llamado a construir relaciones nuevas con los propios hermanos y con la entera realidad, el creyente realiza su identidad que se califica sobre todo como camino exaltante hacia la libertad por una verdadera experiencia en el Espíritu: es un liberarse para amar.

A este propósito, puede ser iluminadora una página de la Encíclica *Dominum et Vivificantem*: "Cuando, bajo el influjo del Paráclito, los hombres descubren esta dimensión divina de su ser y de su vida, ya sea como personas ya sea como comunidad, son capaces de liberarse de los diversos determinismos derivados principalmente de las bases materialistas del pensamiento, de la praxis y de su respectiva metodología. En nuestra época estos factores han logrado penetrar hasta lo más íntimo del hombre, en el santuario de la conciencia, donde el Espíritu Santo infunde constantemente la luz y la fuerza de la vida según la libertad de los hijos de Dios. La madurez del hombre en esta vida está impedida por los condicionamientos y las presiones que ejercen sobre él las estructuras y los mecanismos dominantes en los diversos sectores de la sociedad. Se puede decir que en muchos casos los factores sociales, en vez de favorecer el desarrollo y la expansión del espíritu humano, terminan por arrancarlo de la verdad genuina de su ser y de su vida, - sobre la que vela el Espíritu Santo- para someterlo así al 'Príncipe de este mundo'. El gran Jubileo del año dos mil contiene por tanto, un mensaje de liberación por obra del

Espíritu, que es el único que puede ayudar a las personas y a las comunidades a liberarse de los viejos y nuevos determinismos, guiándolos con la 'luz del Espíritu que da la vida en Cristo Jesús', descubriendo y realizando la plena dimensión de la verdadera libertad del hombre. En efecto - como escribe San Pablo- 'donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad'... También en las situaciones normales de la sociedad los cristianos, como *testigos de la auténtica dignidad del hombre*, por su obediencia al Espíritu Santo, contribuyen a la múltiple "renovación de la faz de la tierra", colaborando con sus hermanos a realizar y valorar todo lo que el progreso actual de la civilización, de la cultura, de la ciencia, de la técnica y de la actividad humana, tiene de bueno, noble y bello" (DeV 60).

En este sentido, descubrir la importancia de la vida en el Espíritu, significará dar nervatura en la historia con la fecundidad del Evangelio y de la eficacia de su mensaje, a partir del cual, la misma "renovación en el Espíritu" será auténtica y tendrá una verdadera fecundidad en la Iglesia, no tanto en la medida en que suscitará carismas extraordinarios, cuanto más bien en la medida en que conducirá al mayor número posible de fieles, por los caminos de su vida cotidiana, a un esfuerzo humilde, paciente y perseverante para conocer siempre mejor el misterio de Cristo y dar testimonio de Él (CT 72).

Dirigirse al Espíritu, entonces, significa invocar el don de la docilidad a su acción. Por esto, sugerimos algunas oraciones que, junto con las ya conocidas del *Veni Creator* y de la *Secuencia* de Pentecostés *Veni Sancte Spiritus* propias del rito romano, cada fiel puede dirigirse al Espíritu especialmente antes de la oración o de la lectura de la Palabra de Dios. Actuando así, la vida del creyente estará puesta bajo la acción constante, vivificante y sanadora del Paráclito.

Paráclito celeste y soberano, Espíritu de Verdad, que estás presente en todas partes y todo lo llenas, arca de todo bien y dador de vida, ven, habita en nosotros, purifícanos de toda mancha y tú, que eres bueno, salva nuestras almas. Amén

(Liturgia bizantina, Tropario de las Vísperas de Pentecostés)

Concédenos, Señor, los dones del Espíritu Santo, y haznos dignos de acercarnos al Santo de los santos, con corazón puro y con la conciencia irrepreensible

(Anáfora de los doce Apóstoles)

Oh Espíritu Santo, verdadero Dios, tu has descendido sobre los apóstoles en el cenáculo, como una lluvia maravillosa de fuego fecundo: derrama sobre nosotros los dones de tu sabiduría

(Liturgia armena)

Te pido, oh Padre, que envíes tu Espíritu Santo a nuestras almas y nos hagas comprender las Escrituras inspiradas por Él; concédenos interpretarlas con pureza y de manera digna, para que todos los fieles aquí reunidos saquen provecho

(Serapión, Eucologio, 1)

Ven, luz verdadera. Ven, vida eterna. Ven, misterio escondido. Ven, tesoro sin nombre. Ven, realidad inefable. Ven, persona inconcebible. Ven, felicidad sin fin. Ven, luz sin ocaso. Ven, espera infalible de todos aquellos que deben ser salvados. Ven, despertador de quienes duermen. Ven, resurrección de los muertos. Ven, oh potente, tú que siempre haces y rehaces todo y todo lo transformas con tu solo poder.

Ven, oh invisible, totalmente intangible e impalpable. Ven, tú que siempre permaneces inmóvil y en cada instante todo entero te mueves y vienes a nosotros que permanecemos en los infiernos, tú que estás por encima de los cielos. Ven, oh nombre predilecto y repetido por todas partes, del cual nos es absolutamente imposible expresar su ser o conocer la naturaleza. Ven, gozo eterno. Ven, corona incorruptible. Ven, púrpura del gran Rey, nuestro gran Dios. Ven, cinturón cristalino, adornado de joyas. Ven, sandalia inaccesible. Ven, púrpura real. Ven, derecha verdaderamente soberana. Ven, tú que has deseado y deseas mi alma miserable. Ven, tú el Solo en el solo, porque tú lo ves, yo estoy solo. Ven, tú que me has separado de todo y me has hecho solitario en este mundo. Ven, tú que has llegado a ser tu mismo deseo en mí, tú que me has hecho desearte, tú absolutamente inaccesible. Ven, mi soplo y mi vida. Ven, consolación de mi pobre alma. Ven, mi alegría, mi gloria y mi delicia por siempre

(Simeón el Nuevo Teólogo Himnos, 949-1022)

Ven ya, óptimo consolador del alma que sufre... Ven tú que purificas de las fealdades, tú que curas las llagas. Ven, fuerza de los débiles, sostén de los decaídos. Ven, doctor de los humildes, vencedor de los orgullosos. Ven, oh tierno padre de los huérfanos... Ven esperanza de los pobres... Ven estrella de los navegantes, puerto de los naufragos. Ven, oh gloria insigne de todos los vivientes... Ven, tú que eres el más santo de los Espíritus, ven y habita en mí. Hazme conforme a ti

(Juan de Fécamp, año 1060)

LA ESPOSA Y EL ESPÍRITU DICEN:
¡VEN!

Mientras nos preparamos para cruzar el umbral del "Tercer Milenio", está todavía vivo el recuerdo de un milenio lleno de tragedias inimaginables: sólo el último conflicto mundial contó con 60 millones de muertos. También en nuestros días estallan guerras amenazadoras por todas partes: el futuro, se dice, estará hecho de guerras locales. Hoy, en una época de altísima tecnología, millones de personas, especialmente niños, mueren extenuados de hambre. Si aún no se asiste a la angustia que caracterizó a ciertos ambientes en la vigilia del segundo milenio es porque el hombre de hoy logra adormecer sus miedos. Esto, no obstante, si en esta sociedad existen todos los elementos para que decaiga la esperanza, el cristiano es consciente de que existen motivos fundados para esperar.

El fundamento de esta esperanza suya es el testimonio de la vida resucitada: en Cristo, bajo el soplo del Espíritu, un espacio de no-muerte se abre para él. El cristiano descubre en lo más profundo de sí mismo a Alguien que se interpone para siempre entre él y la nada: Cristo resucitado, vencedor de la muerte y del infierno. Se puede, entonces, tener el coraje del amor y el gozo de vivir, porque la vida eterna comienza ya aquí, desde ahora. La antropología cristiana, tomada globalmente, se extiende desde el Edén a la plenitud del Reino, abrazando así el misterio de los orígenes y del fin último hasta la salvación total del hombre. En este sentido, el misterio del hombre se ilumina no sólo gracias a su creación "en Cristo", sino también por medio de la tensión que atraviesa toda su existencia y lo conduce "hacia Cristo". En el "*esjaton*", "las postrimerías", el hombre no sólo será salvado sino también plenamente integrado en la comunión con Dios. La maduración de la historia y su tensión hacia el

futuro está desde siempre coligada con el Espíritu, quien, en su venida, madura los “últimos días” (cf Hch 2, 17).

1. El Espíritu prenda de resurrección

“Enviado por el Padre, que escucha la epiclesis de la Iglesia, el Espíritu da la vida a los que lo acogen y constituye para ellos, ya desde ahora, “las arras” de su herencia (Ef 1, 14; 2ª Cor 1, 22)” (CEC 1107). “El sello del Señor”, dirá San Pablo, es el sello con el que el Espíritu Santo ha marcado a los creyentes “para el día de la redención” (Ef 4, 30), porque “... el Espíritu es vida por causa de la justificación. Y si el Espíritu de aquel que ha resucitado a Cristo de entre los muertos, habita en vosotros, aquel que ha resucitado a Cristo de los muertos, dará la vida también por vosotros” (cf Rm 8, 10b-11). Para San Juan, esta vida ya está poseída: “El que cree en mí *tiene* la vida eterna” (Jn 6, 47), porque es el mismo Cristo el que inhabita en el creyente: “Dios nos ha dado la vida eterna y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo tiene la vida” (Jn 5,11-12), porque posee al Hijo por causa del Espíritu que es la vida.

San Pablo afirma que en el creyente está ya presente el inicio de esta vida, en cuanto que en la perspectiva bíblica la verdad de cualquier cosa está constituida por su término, es decir, aquel hacia el que estamos encaminados. Los cristianos poseen las arras del Espíritu: “Habéis sido sellados por Cristo con el Espíritu Santo prometido; el cual -mientras llega la redención completa del pueblo, propiedad de Dios- es prenda de nuestra herencia, para alabanza de su gloria” (Ef 1, 3-14); y “es Dios mismo quien nos confirma en Cristo a nosotros junto a vosotros. Él nos ha ungido, Él nos ha sellado y ha puesto en nuestros corazones, como prenda suya, el Espíritu” (2ª Cor 1, 21-22). Por ahora tenemos sólo las primicias de la vida y por esto todavía *gemimos* como en el parto, pero son dolores que llevan a la vida definitiva.

2. La espera y el juicio en el Espíritu

En las distintas liturgias de la Iglesia es muy intensa la espera escatológica, como por ejemplo, en la liturgia romana donde, después de la consagración se exclama: "Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, Ven, Señor Jesús". En la plegaria que sigue a la recitación del "Padre nuestro" se dice: "...vivamos siempre libres del pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo". Esta tensión escatológica, que se expresa en la liturgia, es debida a aquella "prenda" del Espíritu que la Iglesia ha recibido, según la expresión del Prefacio VI del tiempo ordinario: "poseemos ya en prenda la vida futura, pues esperamos gozar de la Pascua eterna, porque tenemos las primicias del Espíritu por el que resucitaste a Jesús de entre los muertos".

Para San Basilio, en cambio, el Espíritu Santo no sólo impulsa al cristiano hacia la espera, sino que añade que, al final de los tiempos, el sello impreso en los redimidos será signo de salvación definitiva: "Si alguno reflexiona atentamente, comprenderá que también en el momento de la espera de la manifestación del Señor del cielo, el Espíritu Santo no nos faltará como algunos creen; Él en cambio estará presente también el día de la revelación del Señor, en la cual juzgará al mundo en justicia, Él, bienaventurado y único soberano... Aquellos que han sido marcados con el sello del Espíritu Santo para el día del rescate y han conservado intactas y no disminuidas las primicias del Espíritu que han recibido, éstos son aquellos a los que se oirá decir: 'Muy bien, eres un empleado fiel y cumplidor: como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante' (Mt 25,21)" (*El Espíritu Santo*, XVI, 40).

En la *Parusía*, el juicio no será sólo público, sino un acto que hará referencia a lo íntimo de la persona humana; un juicio que tendrá lugar con la intervención del Espíritu que

es, al mismo tiempo, verdad y amor, por quien el hombre se verá a sí mismo a la luz de la Verdad y del Amor, que es Dios mismo. Estará en grado de juzgarse a sí mismo sin ninguna máscara y de modo auténtico, dejándose penetrar sólo por la espada del Espíritu y la fuerza de la Palabra de Dios. Cada uno “se salvará, pero como quien pasa por el fuego” (1ª Cor 3, 15), un fuego que consume todo lo que es impuro y no apto para el Reino. Para ser perdonado es necesario que todo el mal que está en el hombre, todas las expresiones de odio y de egoísmo que anidan en su corazón sean eliminadas a través del sufrimiento y rescatadas por él mismo. Este fuego que quema y purifica es identificado por la tradición antigua con el Espíritu: la llamada purificación del “purgatorio” es el amor del Espíritu que, como una espada, penetra hasta la médula de los huesos.

“El itinerario terreno de la vida, -enseña Juan Pablo II-, tiene un término que, si se llega a él en la amistad con Dios, coincide con el primer momento de la vida bienaventurada. Aunque en su paso al cielo el alma tenga que sufrir la purificación de sus últimas escorias mediante el purgatorio, ya está llena de luz, de certeza y de gozo, puesto que sabe que pertenece para siempre a su Dios. En este punto culminante, el alma es conducida por el Espíritu Santo, autor y dador no sólo de la “primera gracia” justificante y de la gracia santificante a lo largo de toda nuestra vida, sino también de la gracia glorificante *in hora mortis*. Es la gracia de la *perseverancia final*...” (SE 5).

3. Las realidades últimas comienzan desde ahora en el Espíritu

La humanidad vive ya las últimas realidades, porque la resurrección ha irrumpido en este mundo transfigurándolo en salvación definitiva. No existe momento en que la *Parusía* no pueda dejar pasar su luz transfigurante. La efusión del Espíritu es ya el inicio de las últimas realidades: “Para

quienes tienen fe en la Palabra de Dios que resuena en Cristo, predicada por los apóstoles, la escatología ha comenzado a realizarse, es más, puede decirse que ya se ha realizado en su aspecto fundamental: la presencia del Espíritu Santo en la historia humana, cuyo significado e impulso vital brotan del acontecimiento de Pentecostés, con vistas a la meta divina de cada hombre y de toda la Humanidad. Mientras en el Antiguo Testamento la esperanza tenía como fundamento la promesa de la presencia permanente y providencial de Dios, que se iba a manifestar en el Mesías; en el Nuevo Testamento, la esperanza, por la gracia del Espíritu Santo, que es su origen, comporta ya una posesión anticipada de la gloria futura (SE 2).

El signo sacramental de que las últimas realidades han sido ya comenzadas en el Espíritu está representado por la Eucaristía, donde el Espíritu, a través de la epiclesis, desciende del cielo y transfigura la realidad sensible en nueva creatura, en cielo nuevo y tierra nueva. En la Eucaristía está ya presente Cristo resucitado y en Él la humanidad y el universo entero llegan a ser nueva creación. En la Eucaristía se saborean las últimas realidades, el mundo comienza a transfigurarse y la Iglesia viene a ser la comunidad del *marana thà*.

“Se puede decir que la vida cristiana en la tierra es como una iniciación en la participación plena en la gloria de Dios; y el Espíritu Santo es la garantía de alcanzar la plenitud de la vida eterna cuando, por efecto de la Redención, serán vencidos también los restos del pecado, como el dolor y la muerte” (SE 2).

4. En la palpitante espera

El apóstol Pablo enseña que la divina gracia del cumplimiento de la salvación está basada en el don del Espíritu: “La esperanza no quedará confundida, pues el

amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado" (Rm 5, 5). A la pregunta: "¿Quién nos separará del amor de Cristo?", la respuesta está decidida: nada "podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor" (Rm 5, 35.39). El deseo del Apóstol es que los creyentes abunden "en la esperanza por la virtud del Espíritu Santo" (Rm 15,13): aquí se fundamenta el optimismo cristiano sobre el destino del mundo, sobre la posibilidad de salvación del hombre en todo tiempo, aún en los más difíciles, sobre el camino de la historia hacia la glorificación perfecta de Cristo, "Él me glorificará" (Jn 16, 14), y la participación plena de los creyentes en la historia y la gloria de los hijos de Dios (cf SE 6).

En relación con esto, el Concilio Vaticano II sintetiza de modo muy hermoso la colaboración y la constante espera de la humanidad en el camino hacia el día de la redención final: "Unidos, pues, a Cristo en la Iglesia y sellados con el Espíritu Santo, *que es prenda de nuestra herencia* (Ef 1, 14), con verdad recibimos el nombre de hijos de Dios y lo somos (cf 1ª Jn 3, 1), pero todavía no se ha realizado nuestra manifestación con Cristo en la gloria (cf Col 3, 4), en la cual seremos semejantes a Dios, porque lo veremos tal como es (cf 1ª Jn 3, 2). Por tanto, *mientras moramos en este cuerpo, vivimos en el destierro, lejos del Señor* (2ª Cor 5, 6), y aunque poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior (cf Rm 8, 23) y ansiamos estar con Cristo (cf Fil 1, 23). Este mismo amor nos apremia a vivir más intensamente para Aquel que murió y resucitó por nosotros (cf 2ª Cor 5, 15). Por eso procuramos agradar en todo al Señor (cf 2ª Cor 5, 9) y nos revestimos de la armadura de Dios para permanecer firmes contra las asechanzas del demonio y resistir en el día malo (cf Ef 6, 11-13). Y como no sabemos el día ni la hora, es necesario, según la amonestación del Señor, que velemos constantemente, para que, terminado el único plazo de nuestra vida terrena (cf Hb 9, 27), merezcamos entrar con Él a las bodas y ser contados entre los elegidos (cf Mt 25, 31-

46)... Pues antes de reinar con Cristo glorioso, todos debemos comparecer ante el tribunal de Cristo para dar cuenta cada uno de las obras buenas o malas que haya hecho en su vida mortal (2ª Cor 5, 10); y al fin del mundo saldrán los que obraron el bien para la resurrección de vida; los que obraron el mal, para la resurrección de condenación (Jn 5, 29; cf 2ª Tm 2, 11-12); con fe firme aguardamos la esperanza bienaventurada y la llegada de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo (Tt 2, 13), quien transfigurará nuestro abyecto cuerpo en cuerpo glorioso semejante al suyo (Fil 3, 21) y vendrá para ser glorificado en sus santos y mostrarse admirable en todos los que creyeron (2ª Ts 1, 10)" (LG 48).

5. "Cruzar el umbral de la esperanza"

El Espíritu Santo -sostiene San Hilario- es el "don que nos regala la perfecta esperanza" (*La Trinidad*, II, 1). Y la esperanza ha llegado a ser uno de los temas preferidos por Juan Pablo II. "¡No tengáis miedo!", insiste en sus enseñanzas, explicando así en un *Discurso* suyo el significado de la esperanza y su papel para los cristianos: "Entre los dones mayores, que según escribe San Pablo en la carta a los Corintios, son permanentes, está la esperanza (cf 1ª Cor 12, 31). La esperanza desempeña un papel fundamental en la vida cristiana, al igual que la fe y la caridad, aunque 'la mayor de todas ellas es la caridad' (1ª Cor 13, 13). Es evidente que la esperanza no se ha de entender en el sentido restrictivo de don particular o extraordinario, concedido a algunos para el bien de la comunidad, sino como *don del Espíritu Santo ofrecido a todo hombre* que en la fe se abre a Cristo. A este don hay que prestarle una atención particular, sobre todo en nuestro tiempo, en el que muchos hombres, y también no pocos cristianos, se debaten entre la ilusión y el mito de una capacidad infinita de autoredención y de realización de sí mismos y la tentación del pesimismo al sufrir frecuentes decepciones y derrotas" (SE 1).

A través de la esperanza el cristiano es capaz de “pasar más allá del velo” (cf Hb 6, 19): “En efecto, el Espíritu ha sido dado a la Iglesia para que, por su poder, toda la comunidad del pueblo de Dios, a pesar de sus múltiples ramificaciones y diversidades, persevere en la esperanza: aquella esperanza en la que “hemos sido salvados” (Rm 8, 24). Es la *esperanza escatológica*, la esperanza del cumplimiento definitivo en Dios, la esperanza del Reino eterno, que se realiza por la participación en la vida trinitaria. El Espíritu Santo, dado a los apóstoles como Paráclito, es el *custodio y el animador de esta esperanza en el corazón de la Iglesia*” (DeV 66), el dinamismo que inspira el estilo de vida de los cristianos: “Será por tanto importante redescubrir al Espíritu como Aquel que construye el reino de Dios en el curso de la historia y prepara su plena manifestación en Jesucristo, animando a los hombres en su corazón y haciendo germinar dentro de la vivencia humana las semillas de la salvación definitiva que se dará al final de los tiempos. En esta *dimensión escatológica*, los creyentes serán llamados a redescubrir la virtud teologal de la *esperanza*, acerca de la cual “fuisteis ya instruidos por la Palabra de la verdad, el evangelio” (Col 1, 5). La actitud fundamental de la esperanza, de una parte, mueve al cristiano a no perder de vista la meta final que da sentido y valor a su entera existencia y, de otra, le ofrece motivaciones sólidas y profundas para el esfuerzo cotidiano en la transformación de la realidad para hacerla conforme al proyecto de Dios. Como recuerda el apóstol Pablo: “Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo. Porque nuestra salvación es en esperanza” (Rm 8, 22-24). Los cristianos están llamados a prepararse al gran jubileo del inicio del tercer milenio *renovando su esperanza en la venida definitiva del reino de Dios*, preparándolo día a día en su corazón, en la comunidad cristiana a la que pertenecen, en el contexto social donde viven y también en la historia del mundo. Es necesario, además, que se estimen y

profundicen *los signos de esperanza presentes en este final de siglo*, a pesar de las sombras que con frecuencia los esconden a nuestros ojos: *en el campo civil*, los progresos realizados por la ciencia, por la técnica y sobre todo por la medicina al servicio de la vida humana, un sentido más vivo de responsabilidad en relación al ambiente, los esfuerzos por restablecer la paz y la justicia allí donde hayan sido violadas, la voluntad de reconciliación y de solidaridad entre los diversos pueblos, en particular en la compleja relación entre el Norte y el Sur del mundo...; *en el campo eclesial*, una más atenta escucha de la voz del Espíritu a través de la acogida de los carismas y la promoción del laicado, la intensa dedicación a la causa de la unidad de todos los cristianos, el espacio abierto al diálogo con las religiones y con la cultura contemporánea..." (TMA 45b-46).

En conclusión, aparece siempre más claramente que la espiritualidad del tercer Milenio no puede ser una espiritualidad cerrada en sí misma o de rechazo del mundo que viene, sino de plena transfiguración porque ha de estar invadida por el Espíritu de la vida y de la esperanza: ¡será una espiritualidad de resurrección! "En la perspectiva del tercer milenio después de Cristo, mientras "el Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús: ¡Ven!" (Ap 22, 17), esta oración suya comporta, como siempre, una dimensión escatológica destinada también a dar pleno significado a la celebración del gran Jubileo. Es una oración encaminada a los destinos salvíficos hacia los cuales el Espíritu Santo abre los corazones con su acción a través de toda la historia del hombre en la tierra. Pero al mismo tiempo, *esta oración se orienta hacia un momento concreto de la historia*, en el que se pone de relieve la "plenitud de los tiempos", marcada por el año dos mil. La Iglesia desea *prepararse* a este Jubileo por medio del Espíritu Santo, así como por el Espíritu Santo fue preparada la Virgen de Nazaret, en la que el Verbo se hizo carne" (DeV, 66).

En la plenitud de la alegría y de la esperanza cristiana, toda la Iglesia y la humanidad entera invocan, sin cansarse,

la efusión renovada del Espíritu sobre el Nuevo Milenio que está a las puertas, aclamando con las palabras de la *Secuencia* de Pentecostés:

Ven, Espíritu divino, manda tu luz desde el cielo. Padre amoroso del pobre; don en tus dones espléndido; luz que penetra las almas; fuente del mayor consuelo. Ven, dulce huésped del alma, descanso de nuestro esfuerzo.

INDICE GENERAL

PRESENTACIÓN	7
SIGLAS Y ABBREVIATURAS	9
INTRODUCCIÓN	11
1. LA MEDIACIÓN DEL ESPÍRITU EN LA TRINIDAD Y EN LA SALVACIÓN	15
1. Dios "es" Trinidad	17
2. Cada Persona divina posee algo propio que la distingue	19
3. "En el Espíritu Santo"	23
3.2 Dios llega a ser experiencia viva, a través de su Palabra, en el Espíritu	24
3.3 La Palabra nos habla hoy en el Espíritu	25
3.4 Dios se dirige a nosotros a través de su Iglesia "en el Espíritu"	28
3.5 Se "conoce" a Dios sólo si existe comunicación con Él en el Espíritu	28
4. Conclusión	29
2. EL ESPÍRITU Y LA CREACIÓN	31
1. Dios Padre crea, por medio de la Palabra, con la fuerza de su Espíritu	34
2. El significado salvífico de la creación en el Espíritu	36
3. Lo creado es "bueno" porque existe en el Espíritu y por el Espíritu	38
4. Conclusión	41
3. EL ESPÍRITU Y EL HOMBRE	45
1. El hombre es "espiritual" por obra del Espíritu y en el Espíritu	48
2. El Espíritu imprime en el hombre la imagen de Dios	50
3. Conclusión	54
4. EL ESPÍRITU SANTO Y CRISTO	57
1. Jesús posee el Espíritu	59
2. El crucificado-resucitado da generosamente el Espíritu	62
3. Conclusión	66
5. EL ESPÍRITU SANTO Y LA IGLESIA	69
1. La Iglesia es una en virtud del Espíritu	72
2. La Iglesia es santa en virtud del Espíritu santificador	75
3. La Iglesia es católica en la plenitud del Espíritu	78
4. La Iglesia es apostólica, por el envío perenne del Espíritu	79
5. La Iglesia se difunde evangelizando en el Espíritu	83
5.1 La vocación evangelizadora de la Iglesia	83
5.2 "Él es el protagonista de la misión" (RM 30)	84
5.3 Jesús y los Apóstoles evangelizan con la fuerza del Espíritu	85
5.4 Sólo el apóstol "espiritualizado" puede evangelizar con eficacia	86
6. Conclusión	87
6. MARÍA Y EL ESPÍRITU	91
1. María, dócil morada del Espíritu	93
2. María, en virtud del Espíritu, llega a ser Madre de Dios	96
3. María, en el Espíritu, continúa siendo Madre del Cuerpo de Cristo	99
4. Conclusión	101

7. EL ESPÍRITU SANTO EN LA LITURGIA	105
1. El Espíritu Santo, alma de la Liturgia	108
1.1 La Liturgia perpetua Pentecostés	108
1.2 El Espíritu, en la liturgia, hace presente el pasado	109
1.3 El Espíritu, en la liturgia, hace pregonar el futuro	110
1.4 El Espíritu, en la liturgia, reúne a los fieles en la unidad	110
1.5 El Espíritu, en la liturgia, vivifica la Palabra	111
2. La presencia y la acción del Espíritu Santo en los diversos sacramentos	111
2.1 El Bautismo	112
2.2 La Confirmación	117
2.3 La Eucaristía	122
2.4 En el Espíritu, toda la vida llega a ser liturgia y culto	130
3. Conclusión	131
8. EL ESPÍRITU EN LA VIDA DEL CRISTIANO	135
1. El Espíritu hace partícipes de la vida divina	137
2. El Espíritu dispone a la acogida de la vida divina con la fe	139
3. En el Espíritu se llega a ser hijos en el Hijo	142
3.1 La "vida en Cristo", en el Espíritu, se expresa en una vida filial	143
3.2 El Espíritu, maestro de oración	145
3.3 Testigos en el Espíritu	149
3.4 La ascensis en el Espíritu	153
3.5 La lucha contra la "came" para conseguir el "fruto" del Espíritu	154
3.6 El arrepentimiento en el Espíritu	156
3.7 Renovación en el Espíritu	158
4. Conclusión	161
9. LA ESPOSA Y EL ESPÍRITU DICEN: ¡VEN!	167
1. El Espíritu prenda de resurrección	170
2. La espera y el juicio en el Espíritu	171
3. Las realidades últimas comienzan desde ahora en el Espíritu	172
4. En la palpitante espera	173
5. "Cruzar el umbral de la esperanza"	175

Este libro se editó en fuente Palatino y Helvética
en el Centro de Publicaciones del CELAM
Octubre de 1997